

TOMÁS MORO

UTOPIA



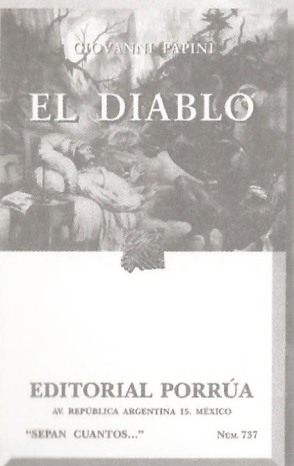
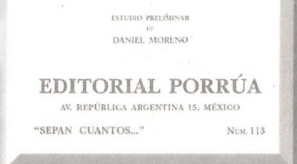
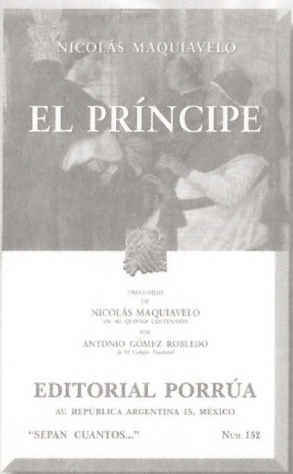
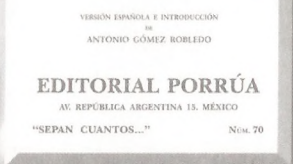
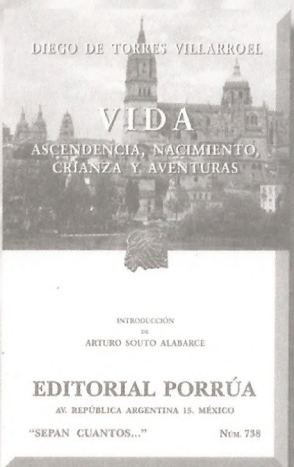
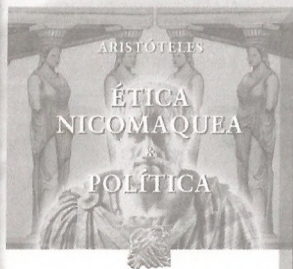
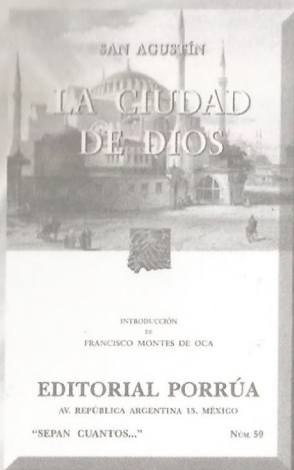
PRÓLOGO
MANUEL ALCALÁ
de la Academia Mexicana de la Lengua

EDITORIAL PORRÚA

AV. REPÚBLICA ARGENTINA 15. MÉXICO

“SEPAN CUANTOS...”

NÚM. 282



UTOPIÁ



TOMÁS MORO

TOMÁS MORO

UTOPIA

PRÓLOGO DE
MANUEL ALCALÁ
DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

CON ILUSTRACIONES

DECIMOCTAVA EDICIÓN



EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 2008

Primera edición en español, Córdoba, 1637
Primera edición en la Colección "Sepan cuantos...", 1975

Copyright © 2008

El prólogo y todas las características de esta edición son propiedad de

EDITORIAL PORRÚA, S. A. de C. V. — 2

Av. República Argentina, 15, 06020 México, D. F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Derechos reservados

ISBN 970-07-6897-X Rústica

ISBN 970-07-6898-8 Tela

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

PRÓLOGO

"Tomás Moro es más importante en este momento que en cualquier otro desde su muerte, más aún quizá que en el gran momento de ella; pero no es tan importante como lo será de aquí a unos cien años. Se le llegará a considerar como el más grande de los ingleses, o por lo menos como el mayor personaje histórico de la historia inglesa."

G. K. CHESTERTON.

1

Cae la tarde en Uruapan y en Pátzcuaro, las viejas ciudades de los purépechas. Es la tarde del miércoles 14 de marzo de 1565, y la muerte troncha, entonces y en una u otra de aquéllas, una fecunda y rica vida de noventaicinco años: la de Vasco de Quiroga.¹ La tierra michoacana recoge así el último aliento del bienamado "Tata Vasco". De sus casi cien años de vida, sólo consagra a México —pero con qué plenitud— los últimos treinticinco. Los ocho primeros de éstos los pasa como Oidor, luego Presidente de la Audiencia de la Nueva España; fundador, además, del Colegio de San Nicolás. Germen éste de la actual Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Los veintisiete años que le quedan por vivir —consagrado ya obispo de Michoacán por Fray Juan de Zumárraga— los entrega en cuerpo y alma a sus Fundaciones.

Con ellas —en frase de Alfonso Reyes— "trajo hasta nosotros aquel sentido utópico que, a la sola aparición de América, se apoderó del pensamiento europeo; el que, con la masa de nuestra gente, comenzó a modelar un mundo mejor, bajo las inspiraciones de Tomás Moro y Juan Luis Vives".²

¹ El guanajuatense Juan José Moreno da por sentado que Quiroga murió en Uruapan en su obra *Fragmentos de la vida y virtudes del Ilmo... Sr. D. Vasco de Quiroga*. Impreso en México en la Imprenta del Real y más antiguo Colegio de San Ildefonso, año de 1766. Se reimprimió en Morelia en la Casa de Agustín Martínez Mier, en 1939, y posteriormente en *Don Vasco de Quiroga, Documentos*, Introducción y notas críticas por Rafael Aguayo Spencer, México, Editorial Polis, 1940.

Se pronuncia por Pátzcuaro, respetando la fecha dada por Moreno, Fintan B. Warren, O.F.M.: *Vasco de Quiroga and his Pueblo-Hospitals of Santa Fe*, Academy of Franciscan History, Washington, D.C., 1963, pp. 106-107.

² Prólogo a *El Deslinde, prolegómenos a la teoría literaria*, en sus *Obras completas*, tomo XV, p. 21. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

Ver también del propio Reyes "Utopías americanas" en su *Última Tule*, Imprenta Universitaria, México, 1942, pp. 153-166, o en sus *Obras completas*, tomo XI, pp. 95-102, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

No es éste el sitio de ver cómo Don Vasco hace realidad en México lo que en las páginas del Canciller de Enrique VIII no existía en tierra alguna. Que tal es, cabalmente, lo que el título de su obra implica: *Utopía*, “voz griega cuyo significado es no hay tal lugar”, como nos dice Quevedo en la *Noticia, recomendación y juicio* a la traducción española de la *Utopía* impresa en Córdoba en 1637.³ Silvio Zavala ha visto y demostrado con claridad y penetrante lucidez todo lo que el “Obispo de Utopía” —en términos de Benjamín Jarnés— debe a ese librito. A las obras de Zavala en especial, y a otras que doy en nota, remito al curioso lector que quiera adentrarse en la apasionante y fecunda aventura de la *Utopía* en la Nueva España.⁴ Aventura que

³ Francisco de Quevedo, *Obras completas en prosa*. M. Aguilar, Madrid, 1945, p. 1551.

Se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid la edición latina de la *Utopía* impresa en Lovaina en 1548 con autógrafo y notas marginales del propio Quevedo. Cabe señalar que el autor de la vida de *El Buscón* no supo calar en la *Utopía* ni ver si era realizable, como lo hizo Vasco de Quiroga. Para el señor de la Torre de Juan Abad, la obra de Moro era simplemente un ataque teñido de erasmismo contra la tiranía inglesa; ataque que su autor, para precaverse, envuelve en una ficción. Por otra parte, en una larga carta del 12 de julio de 1635 a Luis XIII de Francia, Quevedo lo amonesta con palabras de la *Utopía* misma. *Obras completas en prosa*, pp. 1777-1779.

Sobre los comentarios de Quevedo a ese ejemplar de la *Utopía*, ver: Royston O. Jones: “Some notes on More’s Utopia in Spain”, en *The Modern Language Review*, vol. XLV, No. 4, octubre de 1950, pp. 478-482.

⁴ Silvio Zavala: *Recuerdo de Vasco de Quiroga*. Editorial Porrúa, S. A. México, 1965. Recoge los seis siguientes importantes estudios y ensayos, muchos de ellos agotados:

La “*Utopía*” de Tomás Moro en la Nueva España y otros ensayos. México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, 1937 (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas. 4).

Ideario de Vasco de Quiroga. El Colegio de México, México, 1941.

“Letras de Utopía”, en *Cuadernos Americanos*, México, año I, No. 2, 1942, pp. 146-152.

“L’utopie réalisée: Thomas More au Mexique”, en *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*, 3er. año, I (París, enero-marzo, 1948), pp. 1-8.

Sir Thomas More in New Spain: A Utopian Adventure of the Renaissance. Diamante III. The Hispanic & Luso-Brazilian Councils, Londres, 1955.

“Nuevas notas en torno a Vasco de Quiroga”, en *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*. Centre de Recherches de l’Institut d’Études Hispaniques, París, 1966, pp. 453-464.

Del propio Zavala y no recogidos en *Recuerdo de Vasco de Quiroga*:

“¿América Utopía? La utopía de América en el siglo xvi”, en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas. Año VII, No. 58, septiembre-octubre de 1946, pp. 117-127.

Personalidad de Vasco de Quiroga. Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1970.

La defensa de los derechos del hombre en América Latina (siglos xvi-xviii). UNESCO, París, 1963.

“Nouvelles études sur Vasco de Quiroga”, en *Moreana*, Angers, núms. 15-16, noviembre de 1967, pp. 378-384.

Justino Fernández y Edmundo O’Gorman: *Santo Tomás Moro y “La Utopía” de Tomás Moro en la Nueva España* (Una conferencia por Justino Fernández y un ensayo por Edmundo O’Gorman). México, Ediciones Alcanía, 1937.

revive en los colores de Juan O'Gorman y en la música de Miguel Bernal Jiménez.⁵

II

En 1478 Vasco de Quiroga, rapaz de ocho años, corretea por las callejas del pueblecillo que lo vio nacer: Madrigal de las Altas Torres. Pero dejemos esas tierras de Ávila por Londres, donde en Milk Street —la Calle de la Leche— y el 7 de febrero de ese mismo 1478 nace el segundo vástago y primer varón de John More, abogado de hidalga estirpe, y de su mujer Agnes Graunger. Se le pone por nombre Tomás y a su tiempo se le envía a la escuela aneja al Hospital de San Antonio, en Threadneedle Street. Ahí, bajo la dirección del buen erudito y humanista Nicholas Holt, empieza su formación latina. Antes de terminar ésta, deja la escuela para convertirse en paje de John Morton, Arzobispo de Canterbury y futuro Cardenal y Lord Canciller. ¿Pensaba entonces el tierno Tomás que con el correr de los años llegaría también él a ocupar el cargo de Canciller? En todo caso, su trato con el Cardenal Morton lo deja marcado con una profunda y definitiva influencia para toda su vida. Lo que de aquél pensaba y lo que le debía lo dirá por boca de Hitlodeo en el primer libro de su *Utopía*.

José Antonio Maravall: "La utopía político-religiosa de los franciscanos en la Nueva España", en *Estudios Americanos*, Sevilla, tomo I (1948-1949), pp. 199-227.

Fintan B. Warren, O.F.M.: *Vasco de Quiroga and his Pueblo-Hospitals of Santa Fe*. Academy of Franciscan History, Washington, D.C., 1963.

Francisco López Estrada: "Santo Tomás Moro en España y en la América Hispana", en *Moreana*, Angers, No. 5, febrero de 1965, pp. 27-40.

Enrique Florescano: "Tomás Moro. La Utopía y el experimento de Vasco de Quiroga", en *La palabra y el hombre*, Revista de la Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., II época, No. 25, 1963, pp. 21-49.

E. Cardenal de la Peña: *Vasco de Quiroga precursor del seguro social*. Instituto Mexicano del Seguro Social, México, 1968.

⁵ En el gran mural pintado por Juan O'Gorman entre febrero de 1941 y febrero de 1942 en la Biblioteca Pública Gertrudis Bocanegra de Pátzcuaro, se ve abajo, en la parte central, a Tomás Moro y a Vasco de Quiroga. Están de pie y de cuerpo entero. Aquél, a la derecha de éste y justo atrás. Sobre una mesa a la izquierda de Don Vasco, un libro abierto: la *Utopía*. De él salen raíces o venederos que van a dar más arriba a una fuente de la que brota, alto y copioso, un chorro de agua. Sobre la fuente, en una cartela que la pintura finge clavada al muro con una alcañata, se lee en grandes letras UTOPIA. La mano izquierda de Don Vasco, extendida casi a la altura del hombro, parece mostrar la fuente y el letrado. La mano derecha, que pende vertical, sostiene una red de pescador.

Su retrato está sin duda inspirado en el de cuerpo entero también que se conserva en la sacristía de la Basílica de Pátzcuaro. Aunque en éste el obispo, igualmente de tres cuartos, está mirando a su derecha, mientras que en el mural, también de tres cuartos, mira a su izquierda. El Tomás Moro de O'Gorman no puede negar su evidente filiación con el cuadro de Hans Holbein el joven que se conserva en la Galería Frick de Nueva York.

La partitura de *Tata Vasco*, drama sinfónico en cinco cuadros, de Miguel Bernal Jiménez se imprimió en Pátzcuaro en 1941. Señalo que no se la ha oído con la frecuencia que debiera y que merece.

Hacia 1492 —cuando Colón abre el camino de América para que pase después la *Utopía* a México— el mozo Tomás va con sus quince años a estudiar a Oxford. Ahí empieza realmente su vida intelectual y su contacto con el movimiento que había de transformar a la Inglaterra medieval en la del Renacimiento y la Reforma; vale decir, el florecimiento de los estudios del griego y del latín, lenguas que dominaba a la perfección Tomás al salir de Oxford. A ellas, y al mundo de la cultura clásica que abren, se sumará el estudio de la teología y la constante frecuentación de la Biblia: tres pilares sobre los que se apoya la sólida y bien equilibrada mente de Moro.⁶ El cuarto será el derecho.

Pues no eran las humanidades clásicas lo que John More pensaba para su hijo, sino el derecho. Por ende lo envió primero a New Inn y luego a Lincoln's Inn, donde en 1500 se graduó de abogado. Cabe recordar que también Don Vasco lo era y que ejerció la abogacía en España —en Valladolid— hasta sus sesenta años, cuando pasó a México.

Con todo, no eran las leyes la pasión de Tomás, sino el humanismo. Para éste fue capital su amistad con Erasmo; amistad que empieza cabalmente durante sus años en Lincoln's Inn. Bien sabido es que la obra que ha hecho famoso a Erasmo hasta nuestros días, el *Elogio de la locura* o de la *estulticia*, está dedicada a Moro y que fue ideada pensando en él y para aligerar el camino en un viaje de Italia a Inglaterra. Ya llegado a ésta, y precisamente en casa de Moro, escribe Erasmo su *Elogio de la estulticia* en unas cuantas semanas.⁷

Pareja con su actividad de abogado, ejerce Moro la docencia en Furnival's Inn, donde da una serie de conferencias sobre *La Ciudad de Dios* de San Agustín.

A sus veintiséis años, en 1504, lo hallamos en el Parlamento, donde con vigor ataca la rapacidad de Enrique VII. Ello le acarrea una multa de cien libras y la prisión en la Torre de Londres hasta que hubo pagado aquéllas. También lo lleva a encerrarse en su casa cerca de la Cartuja (Charterhouse) y a pensar en serio meterse cartujo. Por fortuna tiene amigos que lo disuaden y lo llevan a un sólido ideal de la religión y de sus deberes pero fuera del claustro, a la par que hacen renacer en él su pasión por las humanidades. Entre ellos están su antiguo maestro de Oxford el humanista Thomas Linacre, William Grocyn y el erasmista John Colet. En ese período de su vida, la influencia decisiva es, cabalmente, la de este último; y, por él, la de Pico de la Mirándola. Lo es tan decisiva que por consejo del propio Colet da de mano definitivamente a sus propósitos monásticos y se encamina al matrimonio.

⁶ Para la Biblia en Moro, ver las dos obras de Germain Marc'Hadour: *Thomas More et la Bible*. La place des livres saints dans son apologetique et sa spiritualité. Librairie Philosophique J. Vrin, Paris, 1969. Y *The Bible in the Works of St. Thomas More*, A Repertory, B. de Graaf, Nieuwkoop, 1969-1972. Cinco volúmenes.

⁷ Para la amistad entre Erasmo y Moro, ver Germain Marc'Hadour: *Thomas More vu par Erasme*, Angers, 1969. Tesis doctoral mimeografiada.

En 1505 se casa con Jane, hija mayor de John Colt. Con ella vivirá seis felices años durante los cuales Jane le dio cuatro hijos. Entre ellos la maravillosa Margaret —Meg, como cariñosamente la llamaba—, que habrá de casarse con William Roper. Meg, tan parecida a su padre en carácter, discreción y cultura, y que será su solaz y consuelo en los días de dura prueba. A Erasmo precisamente debemos una encantadora visión del hogar de Tomás Moro cuando lo visitó en 1505 y en 1510. Pero ese hogar se deshace a los seis años de casado por la muerte de su mujer. Sin que ello implique olvido de su amada Jane, al mes de haber enviudado contrae nuevo matrimonio con Alice Middleton, una viuda siete años mayor que él, madre de una hija de diez años, y que se ocupó con cariño de los cuatro huérfanos. Poco después de esta segunda boda deja la casa que conociera Erasmo en Bucklesbury y se cambia a Crosby Place, en Bishops-gate.

Son años ellos que dedica a viajes a París y a Lovaina, a sus estudios de jurisprudencia y a varias traducciones: las de obras de Pico de la Mirándola y la de los *Diálogos* de Luciano de Samosata.

Al acceder Enrique VIII al trono en 1509, Moro vuelve a la vida pública, de la que lo había desterrado el difunto padre del nuevo monarca. Se le nombra "Bencher" de su Colegio y luego "Under-Sheriff" o Alguacil de Londres, cargo honroso en aquel entonces y de gran responsabilidad. El ejercicio de la abogacía le proporcionaba además muy buenas entradas.

El rompimiento de los esponsales entre el Príncipe Carlos, hijo del Archiduque de Austria Felipe, y María, la hermana de Enrique VIII, provoca una tirantez en las relaciones entre Inglaterra por un lado y España y Flandes por otro; tirantez que repercute muy seriamente en el comercio de la lana inglesa y de los paños flamencos. Para aflojar aquélla y remediar el descalabro del comercio entre Londres y Amberes, Enrique VIII envía una embajada a Flandes en la primavera de 1515. Los mercaderes londinenses piden estar representados en ella en la persona de Tomás Moro. Así va éste en su primer embajada (pues habrá de ser posteriormente embajador de diversas ocasiones y lugares), el 18 de mayo, a Brujas, donde permanecerá cuatro meses. Luego pasa a Amberes y ahí conoce a otro gran amigo de Erasmo, el humanista Petrus Aegidius —Pieter Gilles en su lengua materna y Pedro Egidio en la nuestra.⁸ Cabalmente en el puerto han-

⁸ A la triple amistad Erasmo-Moro-Pedro Egidio debemos el más antiguo retrato del primero. En efecto, para regalarlo a Tomás Moro, Erasmo hizo pintar en 1517 un díptico a Quentín Metsijs con sendos retratos: el suyo y el de Pedro Egidio. En cartas a ambos amigos del 7 de octubre del mismo año, Moro expresa su agradecimiento y su júbilo por el doble retrato. Luego, en un poema latino finge que habla primero el díptico y luego el propio Moro para reiterar sus gracias.

Su entusiasmo por los retratos es tal que son varias las cartas en que expresa su agradecimiento o habla del díptico. Todavía el 5 de noviembre de 1517 vuelve a la carga epistolar y poética, pues escribe nuevos versos alusivos.

Unidos por la triple amistad y los pinceles del pintor antuerpiense, Erasmo y Pedro Egidio no siguen ya frente a frente en el díptico. Éste se dividió con la re-

seático del Escalda escribe, como veremos, el libro segundo de la *Utopía*. Tal fue el buen éxito de su embajada que tanto el rey como su canciller Thomas Wolsey piden a Moro que deje el ejercicio de su profesión para dedicarse de lleno a las cosas del Estado y de la política. Moro rehúsa, y expondrá por boca de Hitlodeo, en el Libro primero de la *Utopía*, las causas de su rechazo. Pero éste no durará largo tiempo.

La paradoja quiso que la Corona se apoderase de un barco del Papa surto en Southampton y que el Legado papal escogiese precisamente a Moro como abogado. Su defensa fue tan hábil y lógica que Enrique VIII no pudo menos que insistir en traerlo a su lado en la política.

Y empieza así su ascendente carrera pública. Primero será "Master of the Requests" en 1518; después, miembro del "Privy Council". En 1521 accede a la baja nobleza o "gentry", por lo que desde esa fecha hasta su muerte se le llamará Sir Thomas, para cambiar siglos después en el Beato Tomás (1886) y finalmente —al ser canonizado por Pío XI en 1935— en Saint Thomas.

Pero bajémoslo de los altares, de los que aún está lejos en 1521, para seguir su carrera en la tierra. En 1525 se le nombra Canciller del Ducado de Lancaster. Años son éstos de intimidad con el Rey, con quien discurre de astronomía, geometría y teología. Años en que el monarca en persona lo visita en su nueva casa de Chelsea. Su yerno William Roper nos ha descrito una de esas visitas reales y cómo Enrique VIII, de sobremesa y por más de una hora, se paseó por el jardín con Sir Thomas a quien amistosamente le tenía echado un brazo al hombro. El favor real ni enneguecía su humildad ni ofuscaba su juicio.

Al marido de su hija Meg que lo felicitaba por tal privanza le dice: "Sí, hijo mío, doy gracias a Su Majestad el Rey por sus singulares favores, pero no me envanezco por ello y sé muy bien que si mi cabeza pudiera hacerle ganar una fortaleza en Francia no dejaría de caer".

Siempre en ascenso su carrera, reemplaza al Cardenal Wolsey en el primerísimo puesto de Canciller del reino en 1529. Señalo, de pasada, que fue el primer laico en llegar a tal cargo que antes de él había siempre estado en manos de eclesiásticos. En ese puesto se desempeñará con tal desembarazo, prontitud y eficacia que un buen día llegó a no haber asunto alguno pendiente en la corte. Y Sir Thomas hizo constar en acta tan insólito caso.

sulta que el retrato de Pedro Egidio fue a parar a la Colección Radnor de Longford Castle en Inglaterra. El de Erasmo se perdió, pero tenemos una copia de él que se conserva en la Galería Nazionale d'Arte Antica del Palazzo Corsini en Roma. Ambos retratos se reproducen aquí.

Ver para esto: Georges Marlier: *Érasme et la peinture flamande de son temps*. Éditions du Musée Van Maerlant, Damme, 1954, pp. 71-111. Y Alois Gerlo: *Érasme et ses portraitistes: Metsijs-Dürer-Holbein*. B. de Graaf, Nieuwkoop, 1969, 2a. ed., pp. 9-27.

Pero al nombrar Canciller a Moro, el Rey no contaba con la huésped. Pensaba, en efecto, hallar en Sir Thomas un apoyo incondicional para lograr el divorcio de su esposa —la viuda de su hermano Arturo— Catalina de Aragón. Frente al divorcio real, se mantuvo inflexible y, al ver lo inminente de la boda con Ana Bolena, presentó al Rey su renuncia so pretexto de mala salud. Aquélla le fue aceptada el 10 de mayo de 1532, fecha que marca el principio del ocaso de su carrera política.

Sir Thomas dejó el cargo igual que había llegado a él: pobre. Tan necesitado salió que el clero, por convocación especial, votó en su favor la cantidad de cinco mil libras. Suma que rehusó declarando que prefería ver la arrojasen al Támesis antes que aceptarla; y eso que sus entradas anuales no llegaban, después de la renuncia, a las cien libras. ¡Cuando él, como abogado, había llegado a las cinco mil!

Volvió a su vida encerrada como en los años de la enemistad con Enrique VII. Rehusó asistir a la boda de Enrique VIII con Ana Bolena, con lo que se echó encima la venganza real.

Hábilmente escapó de las falsas acusaciones que el Rey le hizo. Se le preguntó después en el "Privy Council" —del cual él mismo había sido miembro al principio de su carrera política— por qué no apoyaba la postura del Rey frente a la Santa Sede. Contestó repitiendo las conversaciones que con Enrique VIII había tenido al respecto. Ello no hizo sino acelerar su desgracia. Ésta se agrava al negarse Sir Thomas a prestar juramento al Acta de Sucesión, lo que implicaría abjurar la autoridad del Papa en materia eclesiástica. Así, el 17 de abril^{8 bis} de 1534 se le encierra por segunda vez en la Torre de Londres. Su ingenio y donaire no se marchitan entre los muros de la cárcel. En ella escribe algunas de sus mejores páginas, como se verá más adelante.

So pretexto de que en la prisión departía con su compañero de infortunio el Cardenal John Fisher (que será también, y en las mismas fechas que Moro, su compañero de beatificación y de canonización), se le pone en riguroso aislamiento. Y aun se le niega papel, pluma y tinta con que escribir.

El primero de julio de 1535 empieza su proceso.⁹ En el latín del acta, larga y farragosa, brilla empero el ingenio, la precisión y entereza de espíritu del futuro Saint Thomas. "Si fuese capaz, Señores —dice a los miembros del jurado—, de burlarme de un juramento no estaría hoy, en este sitio, en el banquillo de los acusados. Señor Rich [que tal era el nombre del Procurador Real], si Vuestra Señoría no es un perjurio, consiento en no ver jamás la faz de Dios, cosa que no diría ni siquiera para ganar el mundo entero." Y después, lleno de compasión por todos los componentes del tribunal, sonriente

^{8 bis} Brian Byron: *Loyalty in the Spirituality of St. Thomas More*. De Graaf, Nieuwkoop, 1972.

⁹ Se puede leer todo el proceso en: *Acta Thomae Mori. History of the Reports of his Trial and Death with an unedited contemporary narrative*, edited by Henry Vocht, Lovaina, 1947. Ver también: E. E. Reynolds: *The Trial of St. Thomas More*. Burns & Oates, Londres, 1964.

—con esa misma sonrisa con la que solía acompañar a sus invitados hasta la puerta de su casa en Chelsea y aplacar las más tormentosas disputas filosóficas—, les dice: “Es mi esperanza y mi más ferviente plegaria que Vuestras Señorías que han de esta manera concurrido a mi sentencia en la tierra me vuelvan a encontrar en el cielo donde juntos estaremos alegres para siempre”.

A la semana casi de incoado el proceso, el día 6, se le condena a ser ahorcado, despanzurrado y descuartizado. Condena que el Rey conmuta para que sea simplemente decapitado. Al llegarle la nueva de la conmutación, Moro comenta con irónica sonrisa: “¡Dios guarde a mis amigos del perdón del Rey!”

El ingenio, buen humor y entereza no lo abandonan ni a las puertas mismas de la muerte. Viendo la escalera del patíbulo no muy sólida y más bien a punto de caer desbaratada, dice a uno de los alguaciles: “le ruego que me ayude a subirla sano y salvo, que para bajarla yo me las arreglo solo”. Al verdugo que iba a vendarles los ojos le dice que él por su propia mano se pondrá la venda. Reclina él mismo la cabeza en el tajo y pide al verdugo que espere a que aparte la barba y no la corte el hacha, pues “aquella —le dice— no ha cometido traición alguna”.

Su cabeza fue luego expuesta en el Puente de Londres; sus parvos bienes confiscados, su viuda desahuciada de su casa de Chelsea y despojada de lo que Moro le había legado.

Por su vida toda y la forma como encaró la muerte, Moro igualó muerte y vida con su pensamiento, tal y como lo expresa en la *Utopía*, cuyos habitantes reconocían un poder superior al del Estado, a saber, el del hombre: “que aquel que no tenga otro temor más que el de la ley, que no pueda ser ciudadano de Utopía”.¹⁰

¹⁰ Copiosas por demás son las biografías de Tomás Moro. Señalo sólo las más importantes y asequibles. Recoge datos de primera mano la que escribió su yerno William Roper: *The Mirror of Vertue in Worldly Greatness; or the Life of Syr Thomas More*. Se conservó manuscrita hasta su primera edición de 1626 en París. De ella hay edición crítica de 1935 por E. V. Hitchcock, Londres, Early English Text Society. Hay reimpresión de 1958. Puede leerse una buena traducción francesa moderna de Pierre Leyris en *Thomas More, écrits de prison*, aux éditions du Seuil, París, 1953, Cresacre More, su bisnieto, escribió hacia 1627 y publicó en París sin fecha *The Life and Death of Sir Thos. More, Lord High Chancellor of England*. Un sobrino nieto de Moro, el jesuita Ellis Heywood, secretario del Cardenal Reginald Pole, publicó en Florencia en 1556 *Il Moro*; obra fundamental que recoge conversaciones del autor con el biografiado, al igual que gran número de anécdotas. (Ver para la obra de Heywood: Nello Vian: “San Tommaso Moro tra la saga e il mito”, en *Miscellanea Pio Paschini*, Roma, 1949, vol. II, pp. 213-222.)

Dejo pasar por alto las numerosas biografías de los siglos xvi, xvii, xviii y xix para venir a las principales de nuestros días. El padre T. E. Bridgett publicó en dos tomos en 1891 la mejor biografía que hasta la fecha se haya escrito: *Life and Writings of Sir Thomas More. Lord Chancellor of England and Martyr under Henry viii*. Londres, Burns & Oates. Actual todavía, la hermosa y simpática obra de Henri Bremond: *Le Bienheureux Thomas More*, Librairie Victor Lecoffre, París, 1904. La quinta reedición es de 1930. De las más recientes sobresalen: E. M. G. Routh: *Sir Thomas More and his Friends*, 1934. Más importante y difundida que la anterior, con numerosas reediciones: R. W. Chambers: *Thomas*

Así pues, el año en que muere Tomás Moro es el mismo en el que su heredero espiritual en México, Vasco de Quiroga, escribe su *Información en Derecho* que marca ya la madurez de su ideario. Mucho después escribirá sus *Ordenanzas* donde es más manifiesta la influencia de Moro.

III

Vida tal, no es de sorprender que no sólo mereciese numerosas biografías —de las que unas pocas he dejado indicadas en la nota 10— sino que también haya sido incentivo para obras de imaginación.

En primer lugar, señalo el *Tomás Moro* de Fernando de Herrera, el docto comentarista de la lírica de Garcilaso de la Vega. Es la última de sus obras y, aunque pareciera deberse incluir entre las históricas del poeta sevillano, tengo para mí que halla mejor acomodo entre las de imaginación, pues es más un panegírico que una biografía. En efecto, por una parte, es patente en ella la rebusca de la frase a lo Tito Livio y el eco de las reflexiones morales a lo Salustio aplicables a Moro. Por otra, no es su vida toda lo que nos narra y le atrae. No. Lo que en aquél admira es un carácter noble y digno; es la energía heroica del caballero que sacrifica su vida para obedecer a la voz de su conciencia más que a la de la política o de la religión. Por ello —con un estilo más bien dramático— esta obrilla se centra casi toda en la oposición de Moro al divorcio de Enrique VIII, en su proceso y su muerte. Sobre una depurada economía de datos biográficos, Herrera construye sus largos períodos oratorios que son la verdadera razón de ser del librito, que con 48 pliegos sale de la imprenta en Sevilla en 1592.¹¹

More, The Bedford Historical Series, Londres, Jonathan Cape, 1935. Hay una cómoda edición en la Penguin, de 1963. Hay, además, traducción española por Francisco González Ríos, Buenos Aires, 1946. Lo más completo en español es el libro de Andrés Vázquez de Prada: *Sir Tomás Moro Lord Canciller de Inglaterra*, 2ª ed., Ediciones Rialp, Madrid-México-Buenos Aires-Pamplona, 1966. Del *Thomas More* de Daniel Sargent, hay traducción española de Pedro Zuloaga: Editorial Jus, S. A., México, 1968, segunda edición. Algernon Cecil: *A Portrait of Sir Thomas More*, 1937, en que se insiste más en el aspecto literario y político de Moro. W. E. Campbell: *Erasmus, Tyndale and More*, 1949. E. A. Reynolds: *St. Thomas More*, 1958. Muy útil es el libro de Germain Marc'Hadour: *L'univers de Thomas More*, Chronologie critique de More, Érasme et leur époque. Librairie Philosophique J. Vrin, París, 1963. Además hay que tener en cuenta para todo lo que se refiere a Moro, su vida, sus obras y estudios sobre él la revista trimestral *Moreana*, órgano de la Asociación Amici Thomae Mori, que Germain Marc'Hadour viene publicando en Angers, Francia, desde 1963. Muy útiles son los tres volúmenes de Frank and Majie Sullivan: *Moreana. Material for the Study of Saint Thomas More*. Loyola University at Los Angeles, 1966.

¹¹ Hay las siguientes ediciones:

Tomás Moro de Fernando de Herrera al Ilustrísimo Señor don Rodrigo de Castro, Cardenal y Arzobispo de Sevilla. Con privilegio, Impreso en Sevilla por Alonso de la Barrera, 1592. *Tomás Moro de Fernando de Herrera a Don Pedro Fernández de Castro...* en Madrid. Por Luis Sánchez, año MDCXVIII. *Tomás Moro de Fernando de Herrera*, edición apócrifa de la anterior. *Tomás Moro de Fernando de Herrera a Don Pedro Fernández de Castro*, edición del Marqués

Alrededor de esa fecha, Anthony Munday, junto con Thomas Dekker y Henry Chettle, escribe la tragedia *Sir Thomas More* que permanecerá manuscrita hasta 1844 en que la publica A. Dyce para la Shakespeare Society. De mayor interés es el hecho de que con toda probabilidad el propio Shakespeare escribió o retocó varias de las escenas; tal la del tumulto y alboroto en Londres contra genoveses y franceses. A mayor abundamiento, los expertos opinan que parte del manuscrito mismo se debe materialmente a la pluma del autor de Hamlet. A. L. Rowse señala pertinentemente, entre otras cosas, que el estilo, lo coherente de la postura del personaje, su manera de pensar son muy de lo que hallamos en otras obras de Shakespeare. Y pasa luego a hacer un cotejo con las escenas de tumulto que vemos en la primera parte de *Enrique VI*, en *Julio César* o en *Coriolano* para terminar con un paralelo entre pasajes fundamentales de *Otelo* y de *Tito Andrónico* con otros del *Sir Thomas More*. R. C. Bald estudia el caso a fondo y pone de manifiesto cuáles son las adiciones que hace el propio Shakespeare.¹²

En la línea de la tradición teatral que se inaugurara con la obra de Munday, Dekker y Chettle antes mencionada, se sitúan varias piezas de desigual valor. Del siglo XVIII tenemos dos tragedias en Alemania: *Thomas Morus*, representada en el Colegio Jesuita de Munich en 1723 y el *Thomas More* de 1788; en Inglaterra, la de J. Hurdís: *Sir Thomas More* en cinco actos y en verso (Londres, 1792). Del xx señalo tres: el *Thomas More* drama en tres actos refundido y puesto en verso por R. P. García y García de Castro (Madrid, 1928) y de H. D. C. Pepler *The Field is Won* (Londres, Samuel French, 1935). En cuanto a la tercera, merece algo más que la simple mención de autor y título.

Es la extraordinaria pieza del dramaturgo inglés Robert Bolt, nacido en 1924, *A Man for all Seasons*.¹³ Se estrenó en el Globe Theatre de Londres el primero de julio de 1960, al año siguiente pasó a Nueva

de Jerez de los Caballeros, 1892. *Estudio y edición del "Tomás Moro" de Fernando de Herrera* por Francisco López Estrada, en *Archivo Hispalense*, Sevilla, 1950, tomo XII, números 39-41, pp. 9-56.

Para estudios sobre el *Tomás Moro* de Herrera, además del de López Estrada en su edición, ver, el propio autor, los dos siguientes: "Sobre las ediciones de Tomás Moro de Fernando de Herrera", en *Revista de Bibliografía Nacional*, Madrid, 1946, tomo VII, pp. 221-229, y "Las fuentes históricas del 'Tomás Moro' de Fernando de Herrera", en *Revista Bibliográfica y Documental*, Madrid, 1949, tomo III, pp. 237-243. Adolphe Coster: *Fernando de Herrera (El Divino)*, Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1908, pp. 182-183, 200, 207, 348 y 362-369. Royston O. Jones: "El Tomás Moro de Fernando de Herrera", en *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, 1950, tomo XXX, pp. 423-438.

¹² A. L. Rowse: *William Shakespeare. A Biography*, Macmillan & Co. Ltd., Londres, 1963, pp. 106-109 y 397. E. K. Chambers: *William Shakespeare. A Study in Facts and Problems*, Oxford, at the Clarendon Press, 1930, vol. I, pp. 499-515. R. C. Bald: "The Book of Sir Thomas More and its Problems", en *Shakespeare Survey*, 2, Cambridge at the University Press, 1949, pp. 44-65. A. W. Pollard: "Shakespeare's Hand in the play of 'Sir Thomas More'", en *Sir Thomas More. Papers* by A. W. Pollard, W. W. Greg y otros: Cambridge University Press, 1923, p. 8.

¹³ Robert Bolt: *A Man for all Seasons. A Play of Sir Thomas More*. Heinemann, Londres, 1962. Hay numerosas reediciones. La última es de 1973.

York y pronto se vio traducida a dieciséis lenguas. A saber, alemán, checo, danés, finlandés, francés, hebreo, holandés, italiano, japonés, noruego, polaco, portugués, ruso, sueco, turco y yugoslavo. El meollo de ella es mostrarnos a Moro luchando a brazo partido en defensa de la integridad de su conciencia frente a la presión política y carcelaria que ejerce sobre él Enrique VIII por venganza. Cosa que ya había hecho antes Fernando de Herrera, como dejé dicho. La obra de Bolt se mantiene fiel a los datos históricos y tiene escenas que repiten palabras del propio Moro. Pero no son aquéllos lo que importa en la pieza sino su interpretación y el calar hondo en la psicología del personaje.

De las tablas pasó con el mismo título a la pantalla cinematográfica bajo la dirección de Fred Zinneman y con la actuación de Vanesa Redgrave y Paul Scofield. El propio Bolt —a quien se deben también los guiones cinematográficos del *Doctor Zhivago* y de *Lawrence de Arabia*— se encargó del de la película sobre Moro. Por obvios motivos, difiere aquélla un tanto —con omisiones y adiciones de interés— de la obra teatral. Tuvo una gran acogida en el mundo entero y, si mal no recuerdo, en español se llamaba *Un hombre para la eternidad*.

En 1851 Anne Manning nos da una apreciable novela histórica sobre el hogar de Moro: *The Household of Sir Thomas More*, de la que hay reedición de 1905.

Cierro este apartado señalando dos casos de la presencia de Moro en la vida de nuestros días. Los alumnos de la importante *École Nationale d'Administration* —la famosa E.N.A. de París— escogieron al autor de la *Utopía* como padrino de la generación 1969-1970. Y ello —hay que subrayarlo— a raíz de los sucesos estudiantiles de Mayo del 68. Después de los recientes cambios habidos en la Iglesia Católica en virtud de los cuales varios santos han quedado “fuera de circulación”, Inglaterra perdió a su patrono, ya que San Jorge fue uno de aquéllos. Lo reemplaza, cabalmente, Santo Tomás Moro.

IV

Si la novela, el teatro y el cine se han apoderado de la figura de Moro, también la pintura y la escultura lo han hecho suyo.

Aquélla, nada menos que con los pinceles de ese gran retratista que se llamó Hans Holbein el joven. Aquí volvemos a toparnos con la amistad de Erasmo para con Moro. El humanista de Rotterdam era amigo y protector del pintor de Augsburgo. Cuando éste llega a Inglaterra en 1526 —un tanto en calidad de refugiado— trae consigo una muy especial carta de recomendación de Erasmo para Moro. Éste acoge al pintor —diecinueve años más joven que él y que habrá de sobrevivirle ocho— con su proverbial cortesía, señorío y sencillez. Lo ayuda en sus difíciles principios londinenses, lo presenta en los medios cortesanos y lo aloja en su propia casa.

En ella y en 1527 pinta Holbein tres cuadros que nos interesan aquí. Desde luego el magnífico retrato de Sir Thomas —quien ya os-

tenta ese título entonces— que se puede admirar en la Galería Frick de Nueva York. De la paleta del alemán sale un Moro en la plenitud de los cincuenta años en los que frisa entonces. El retratado respira serena a la par que amable severidad. No es difícil adivinar en su penetrante y grave mirada las virtudes y cualidades que eran suyas. Holbein nos pinta también a la segunda mujer de Moro —ya entonces Lady Alice— que se acercaba por esos días a sus sesenta años. El cuadro, pequeño, es un estudio a color —sobre un boceto perdido— para el retrato de la familia de Moro. Se conserva en la colección de Lord Paul Methuen en Corsham Court, cerca de Bath. En tercer lugar, pero ocupando un primerísimo sitio, nos retrata a Moro con su familia.

De izquierda a derecha vemos a su hija Elizabeth que casó en 1525 con William Dauncey y que en el cuadro parece estar embarazada. Le sigue, mostrando un libro a John More, el padre de Sir Thomas, Margaret Gigs. Fue hermana de leche de Meg, la hija predilecta de Moro. Casó con el secretario de éste, John Clement, a quien Ambrosio Holbein puso en la viñeta que adorna el principio del libro primero de la *Utopía* en la edición de Basilea de 1518. Viñeta que, ya dije, quiere recoger la escena de la conversación entre Hítlodeo, Moro y Pedro Egidio. John More, sentado en un banco a la derecha de su hijo, no parece prestar mucha atención al libro que se le muestra. Entre padre e hijo, en un segundo plano, nos sonríe de pie y de tres cuartos de perfil la nuera de Moro, Anne Cresacre. Su marido John queda de pie, junto al banco donde está sentado su padre, y parece ignorar la presencia a su izquierda de un robusto y carirredondo personaje: Es Henry Patenson, el bufón de Sir Thomas. Éste lo recogió pobre, sin oficio y medio lisiado por una caída que tuvo de la torre de una iglesia.

Completan el cuadro sus otras dos hijas y su segunda mujer. Aquéllas son, siempre en el mismo orden, Cecilia, que casó en 1525 con Gil Heron, y la varias veces mencionada esposa de William Roper desde 1521, Margaret o Meg.

En cuanto a la postura de Alice Middleton hay algo curioso que decir. En el boceto —que el lector puede ver como lámina de esta edición—, Lady Alice lee arrodillada en un reclinatorio. Un travieso monito juguetea trepándose por las faldas de su ama. Moro, un sí es no es bromista como siempre, pensó después de pintado el boceto que le echarían a él la culpa de que el animalito distrajesse los rezos de su mujer. En consecuencia, indicó a Holbein que la sentase y alejara un tanto al monito. Obedeciendo la indicación, Holbein escribe al lado de la figura de Lady Alice una breve anotación: “diese soll sitzen”, ésta debe estar sentada. Y así, sentada la vemos en las copias del lienzo original perdido de que hablo en la nota 14.

Completan el ambiente unos instrumentos músicos, unos libros desparramados por el suelo junto a un escabel, un reloj de pared y el sobrio mobiliario.

Se respira en el cuadro una profunda vida de familia, vida que preside la figura central de Moro abstraído en alguna piadosa o pro-

funda idea y que nos hace patente con qué intensidad vivía y sentía Sir Thomas la de su propia familia. Lo que explica en gran parte el porqué hará de la familia en su *Utopía* el núcleo primordial de la sociedad ideal que propugna.

Con todo, esa familia no está toda en el cuadro. No hallamos, desde luego a su primera mujer, la bienamada Jane. Y ello a pesar de que el amor por la segunda nunca amenguó el que profesó siempre a la primera. Que en uno de sus versos latinos anhelaba pudieran vivir juntos los tres: "O! simul O! juncti poteramus vivere nos tres." Y si está Margaret Gigs, a quien Moro quiso como una hija, sin embargo, no aparece su hijastra Alice ni su marido, el rico Sir Gil Alington.

La pintura se hizo para ser regalada a Erasmo. Por desgracia se ha perdido y sólo tenemos, de mano de Holbein, el boceto a pluma que se conserva en el Museo de Basilea. De otros pinceles, han llegado hasta nosotros varias copias.¹⁴

No hay que olvidar el poco conocido retrato de un Moro ya viejo pintado poco antes de su muerte y que se conserva en Roma en el Colegio Romano de la Santa Cruz.^{14 bis}

Rubens, inspirado en el retrato de Holbein, también nos dejó uno de Moro, pintado entre 1630 y 1635. Se conserva en el Museo del Prado de Madrid con el número 1688. A pesar de ser una buena pintura, es, sin embargo, inferior a la de Holbein y no tiene la vida que éste supo dar a su cuadro.¹⁵ En la Biblioteca Gertrudis Bocanegra de Pátzcuaro, inspirado también en Holbein, tenemos el retrato del gran mural de Juan O'Gorman que indiqué en la nota 5.

De la tela de Holbein, Moro ha pasado a las manos del escultor. Tres estatuas de él me vienen a la memoria: todas ellas en Londres. La que en la segunda mitad del siglo pasado se colocó en el Victoria Embankment, frente a la City of London School, y la que del escultor George Arnold se erigió en 1889 en Carey Street frente a la Lincoln's Inn, de la que fue miembro Moro, como ya he dicho. Ignoro si

¹⁴ *The Paintings of Hans Holbein*. First Complete Edition by Paul Ganz. The Phaidon Press, Londres, 1956. Para el retrato de Moro, ver las páginas 231-232 y las láminas 71, 72, 73 y 74. Para el de Lady Alice, la página 232 y la lámina 76. Para el cuadro de la familia, las páginas 276-284 y las figuras 54, 55 y 56. La copia más antigua del cuadro perdido es la de R. Locky, hecha en 1530 y que se conserva en la colección de Lord St Oswald en Nostell Priory. Para una encantadora semblanza de ese cuadro de la familia de Moro, ver las páginas 45-54 de la obra de Henri Bremond que señalé en la nota 10. Sobre los dibujos previos para el cuadro de familia, ver K. T. Parker: *The Drawings of Hans Holbein at Windsor Castle*. Londres, The Phaidon Press, 1945.

^{14 bis} Andrés Vázquez de Prada: *Sir Tomás Moro Lord Canciller de Inglaterra*, segunda edición. Ediciones Rialp. Madrid-México-Buenos Aires-Pamplona, 1966, pp. 366-372.

¹⁵ J. Allende Salazar y F. J. Sánchez Cantón: *Retratos del Museo del Prado*, Madrid (Junta de Iconografía Nacional), J. Cosano, 1919, pp. 21-22. Puede verse una buena reproducción entre las páginas 102 y 103 de la obra de Silvio Zavala que encabeza mi nota 4.

Importante para esto de los retratos de Moro, la obra de Stanley Morison: *The Likeness of Thomas More. An Iconographical Survey of three Centuries*. Edited and supplemented by Nicholas Barker, Londres, 1963.

los bombardeos respetaron esas estatuas. La que sí existe aún es la hermosa estatua sedente en bronce, tamaño heroico, y obra del escultor L. Cubitt Bevis. Se la inauguró en julio de 1969. Está en la esquina de Cheyne Walk con Church Street, frontera a la Old Church de Chelsea, donde deberían reposar los restos de Moro, con la excepción del cráneo que está en San Dunstan de Canterbury en la tumba de los Roper. Lleva una escueta inscripción: "Sir Thomas More, scholar, statesman, saint".

V

Desde la *República* de Platón y más especialmente desde sus *Leyes*, el hombre, frente a la realidad social, política y económica que lo rodea, busca otra ideal más justa, más humana, más vividera. A porfía bullen en su mente las ideas *utópicas* para cuajar luego —espoleado por los sucesos de su tiempo— en los escritos de su pluma. Escritos que nos dan ora utopías religiosas, ora políticas, ora económicas, ora sociales.

Al derrumbarse el mundo antiguo en Roma frente a las hordas de Alarico que la incendian y saquean, San Agustín siente también ese deseo de una sociedad igual. Escribe entonces —de 412 a 426— *La Ciudad de Dios* en la que expone, entre otras cosas, su grandiosa teoría de la ciudad mística de las almas predestinadas, opuesta a la ciudad temporal.

Es muy del Renacimiento el anhelo de un mundo libre de impurezas. De ese afán nacen la *Querella de la paz* (1529) de Erasmo y la *Concordia y discordia en el linaje humano* (1529) de Juan Luis Vives que son utopías político-pacifistas ambas. Nacen también del propio Vives *Del socorro de los pobres* (1525), que es su utopía social, y *De las disciplinas* (1531) que es su utopía pedagógica. Nacen, igualmente, el *Diálogo de doctrina cristiana* (1529) de Juan de Valdés, que es la utopía religiosa, y, de su hermano Alfonso, la utopía política en el *Diálogo de Mercurio y Carón* (1529).

Continúa el afán en el siglo xvii en el que se escriben la *Christiánópolis* (1619) de Juan Valetín Andrea, la *Nueva Atlántida* (1627) de Francis Bacon, *La ciudad del sol* (1637) de Tomasso Campanella, *La historia de los Sevarambes* (1672) de Denis Varaisse d'Allais.

El xviii sigue con la ilusión y nos da su utopía pedagógica con el *Emilio* (1762) de Juan Jacobo Rousseau, el famoso *Candide* (1759) de Voltaire, las *Memorias del año 2500* (1772) de Louis Sebastian Mercier, la *Descripción de Spensonia* (1795) de Thomas Spence.

En el xix abundan —y no descuellan precisamente todos por su calidad— los escritores utópicos. El padre del fourierismo, Charles François Marie Fourier, nos da la utopía económica con su *Tratado de la asociación doméstica agrícola* (1822) y con su *Nuevo mundo industrial* (1829); con su *Nuevo mundo amoroso* nos entrega la autopía social. Étienne Cabet forja su *Viaje a Icaria* (1845) y James Silk Buckinham nos entrega, con un plano para la ciudad ideal, su

libro *Males nacionales y remedios prácticos* (1848). En la siguiente década el autor de *Los últimos días de Pompeya*, George Edward Bulwer-Lytton, tira también su cuarto a espadas y escribe *El advenimiento de la nueva raza o la Nueva Utopía*. Por la misma fecha, Robert Pemberton escribe *La colonia feliz*. El alemán Theodor Hertzka nos da *Tierra de libertad, una anticipación social* (1889) y nos lleva —ingenuo de tomo y lomo— de *Visita a la tierra libre, o el nuevo paraíso reconquistado* (1894). Señalo que con el primero de sus libros quiere echar los cimientos de la utopía y que, con el segundo nos propone el ideal de la república en acción. El conocido autor de *El ombú*, William Henry Hudson, naturalista y escritor de expresión inglesa nacido en Quilmes en las afueras —entonces— de Buenos Aires, nos da en 1887 *Una edad de cristal*. Muchas veces reeditado fue el libro de William Morris *Noticias de ninguna parte* (*News from Nowhere*) cuya primera edición es de 1890. Cierro ese fárrafo del xix con el norteamericano Edward Bellamy que se lanza con dos obras: *Mirando hacia atrás* (*Looking Backward*) (1888) e *Igualdad* (1897).

El menguado siglo xx en que nos debatimos no da de mano al dos veces milenario anhelo. Se inicia con las *Ciudades jardín del mañana* (1902) que había aparecido cuatro años antes con el más modesto título de *Mañana*, y con *Neustria: utopía individualista* (1901), ambos de Émile Thirion. En ella hace suponer que una colonia de girondinos logra establecerse feliz en América del Sur. El alemán Theodor Herzl nos da en 1903 *Vieja y nueva tierra* (*Altneuland*). Herbert George Wells, el conocido autor de *El hombre invisible* y de *Los primeros hombres en la Luna*, sueña también con su utopía y escribe *Anticipaciones* (1901) y *Una utopía moderna* (1905). Ralph Adams Cram nos da en 1919 *Ciudades amuralladas*. En el terreno del socialismo utópico está el sólido ensayo de Martin Buber *Caminos de utopía* que el lector puede hacer suyo en un cómodo tomito de los Breviarios del Fondo de Cultura Económica. El escritor inglés Robert Graves, nacido en 1895 y autor, entre muchos otros de esos dos excelentes libros que se intitulan *I Claudius* y *Claudius the God* se ha dejado recientemente tentar por el tema. Y al igual que Moro, sitúa su novela utópica en una isla: *Siete días en Nueva Creta* se llama en la traducción española publicada en Barcelona en 1973.

Pero ¿a qué seguir con tan cargante nómina? Para quitarse el mal sabor de ella, encamino al lector hacia las lúcidas y vivificantes páginas de nuestro Alfonso Reyes *No hay tal lugar...* y hacia las finas e irónicas líneas de la recentísima ficción de Jorge Luis Borges *Utopía de un hombre que está cansado*.¹⁶

¹⁶ Alfonso Reyes: *Obras Completas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, tomo XI, pp. 336-389. El relato de Jorge Luis Borges apareció en *La Nación* de Buenos Aires, el domingo 5 de mayo de 1974.

Ver, para las utopías en general: Henry Morley: *Ideal Commonwealths* que, desde la fecha en que se publicó en Londres en 1886 por G. Routledge, ha tenido numerosas reediciones. Lewis Mumford: *The Story of Utopias*, 1922. *Utopías del Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941. Karl Mannheim: *Ideología y utopía*, 1942. Eugenio Imaz: *Topía y Utopía*, Tezontle,

Sólo le señalo, para cerrar este apartado, la labor que viene desarrollando desde hace casi medio siglo —a pesar de su clausura temporal de 1937 a 1947 y eliminación criminal de varios de sus distinguidos miembros por el nazismo— la Academia Utópica de Berlín. En su muy rico archivo se investigan los aspectos históricos y filosóficos del tema de la Utopía. La investigación culminará en el ya bastante adelantado —y voluminoso cuando aparezca— *Diccionario Enciclopédico de la Utopía*.

VI

Entre todas esas utopías, la de Moro ocupa un lugar de honor. Es, además, la que ha dado nombre al género; por ella se ha acuñado en casi todas las lenguas el sustantivo utopía, y en la nuestra también sus derivados utópico y utopista. Pero para que apareciera, precisaba nuestra América, como lo ha señalado Eugenio Ímaz: “Por aquel entonces Américo Vespucio descubría el Nuevo Mundo a los europeos. La presencia de América ha hecho surgir la Utopía, ha hecho posible el viaje de Hitlodeo, compañero imaginario de Américo Vespucio. Rafael Hitlodeo —‘hábil narrador’— había viajado, nos dice Moro, mejor que a lo Ulises, a lo Platón. Pero Platón puso entre el mar y su utopía la distancia de quinientos estadios. Rafael, con Vespucio, buscó por el mar. Buscó la Atlántida que Platón nos da por perdida para siempre”.¹⁷

Además de esa presencia de América, hay otras circunstancias que llevan a Moro a escribir su *Utopía*. Ya hablé de su embajada a Flandes en 1515. El prolongado tira y afloja de las negociaciones en Brujas permitióle ir a Amberes y ahí hablar largo y tendido, sobre temas de interés común, con sus amigos Erasmo y Pedro Egidio. A éste, cabalmente, dedicará la *Utopía*. Ambrosio Holbein, hermano de Hans Holbein el joven, nos ha dejado un grabado en el que vemos a los tres amigos departiendo a la sombra de un árbol del jardín de Pedro Egidio. ¿De qué hablan? Sin duda de las noticias del día, de la situación de la paz y de la guerra, de los estudios en que se ocupaban, de los libros que leían a la sazón, o que habían leído.

México, 1946. Ernest Lee Tuveson: *Millenium and Utopia. A Study in the Background of the Idea of Progress*, 1949. Willy de Spens: “Les royaumes d’Utopie”, en *La Table Ronde*, París, No. 168, enero de 1962, pp. 60-68; No. 169, febrero de 1962, pp. 66-75 y No. 170, marzo de 1962, pp. 59-65. La revista *Daedalus*, Journal of the American Academy of Arts and Sciences, dedicó su número de la primavera de 1965 a una serie de ensayos sobre las utopías. *Utopias and Utopian Thought* edited by Frank E. Manuel, Houghton Mifflin, Boston, 1966. Jorge Molina Quirós: *La novela utópica inglesa*, Editorial Prensa Española, Colección Vislumbres, No. 9, Madrid, 1967. Jean Servier: *Histoire de l’Utopie*, Gallimard, París, 1967. Hay traducción española: *Historia de Utopía*, Monte Ávila, Caracas, 1969. Recomiendo también de Ortega y Gasset *El tema de nuestro tiempo*, la parte del Apéndice titulada “El ocaso de las revoluciones”.

¹⁷ *Utopías del Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941, p. XIV.

Entre éstos, indudablemente, el de las *Navegaciones* de Américo Vespucio que había aparecido ocho años antes y que circulaba profusamente apasionando a los humanistas y hombres de ciencia. Ello llevaría a los tres amigos a hablar de las nuevas tierras descubiertas y de sus moradores, y a discutir sobre la forma de gobierno de éstos. Así saldría a relucir Platón, su *República* y sus *Leyes*. La *Ciudad de Dios* de San Agustín —sobre la que Moro, dije, había dado un curso— vendría también sobre el tapete. Con esos estímulos, Moro rumiaría sus propias ideas acerca del arte de gobernar. Una de ellas, muy clara, le hace desde luego rechazar la idea de Platón de un Estado organizado sólo en pro de una aristocracia privilegiada. Para Moro hasta el menor miembro de la comunidad debe salir beneficiado en una sociedad cuya unidad fundamental es la familia. En cambio, de la *República* toma la idea básica de un Estado socialista y democrático. También importante es su deuda con otros diálogos platónicos, en especial *Timeo* y *Critias*.

Así se gesta la *Utopía*, que escribe en Amberes; o, por mejor decir, el segundo libro de aquélla. Que el primero lo escribirá posteriormente, ya de regreso en Londres, en el verano de 1516 con toda posibilidad.

Admira en Amberes —entonces una de las cuatro ciudades hanseáticas— el tráfico del puerto y su floreciente comercio, sus calles limpias y anchas que contrastan con las estrechas, mal empedradas y malolientes de su Londres. Todo esto lo idealiza para describirnos, por boca de Hitlodeo, la ciudad de Amauroto situada en el centro de la isla de los utópicos. Al hablar de sus casas, nos dice que tienen “además de una puerta a la calle, un postigo sobre el huerto; ambos son de dos hojas que se abren fácilmente a una simple presión de la mano y se cierran solas dejando entrar a todo el mundo... Tienen estos huertos en gran estima y cultivan en ellos viñas, frutales y hortalizas y flores tan hermosas y cuidadas, que nunca he visto nada tan exuberante ni de tan buen gusto”.

Y aquí nos quedamos perplejos, con la sensación de lo ya visto, de lo ya conocido: ¡oh los tulipanes de Holanda! ¡oh las casas y calles flamencas de los cuadros de Vermeer!

Como no menos perplejo, aunque por otro motivo, se queda uno al leer que los utópicos trabajan sólo seis horas al día: tres por la mañana y tres por la tarde, con un reposo de dos horas después del almuerzo. Por paréntesis digo que Vasco de Quiroga, inspirado en Moro, fija también en seis horas de trabajo en común la jornada de los habitantes de los hospitales de Santa Fe de México y de Michoacán.

El libro primero, escrito en Londres con posterioridad al segundo, como he venido diciendo, es una crítica muy fuerte de la Inglaterra de su época en especial y de los demás países y sistemas políticos europeos en general. Moro no deja títere con cabeza. Su pluma ataca, uno tras otro, el despotismo de las monarquías, el servilismo de los cortesanos, la venalidad de los cargos públicos, la obsesión de las con-

quistas, el lujo y la injusticia de nobles y monjes al parigual. A la realidad de que nos habla ese libro primero, Moro opone en el segundo la descripción pormenorizada de un Estado socialista y democrático en una isla remota —no lejos de América— en la que las reformas que sería necesario hacer en Europa han sido ya logradas.

Y ¿cuál es la estructura de la *Utopía*?

No cabe duda de que el plan fundamental se debe a los *Viajes o Navegaciones* de Américo Vespucio. En efecto, Pedro Egidio, a punto de presentar a Rafael Hitlodeo con Tomás Moro, le dice a éste que el marino, “en su deseo de conocer nuevas tierras, juntóse a Américo Vespucio, de que fue compañero inseparable en los tres últimos de los cuatro viajes que andan en manos de todos; mas no regresó con él en el postrero, sino que solicitó y obtuvo de Américo, casi por la fuerza, ser uno de los veinticuatro que se quedaron en una ciudadela situada en los confines alcanzados en dicho viaje”. Y es cabalmente en el curso de esos viajes por muchos países en el que se supone que el imaginario viajero Hitlodeo descubre y visita Utopía. A mayor abundamiento, una relectura de los cuatro viajes vespucianos pone de manifiesto con qué atención los leyó Moro y cuántos pormenores sacó de ellos.¹⁸

Una vez montado el escenario para su obra, gracias a la pluma del navegante florentino, Moro trae a él a sus personajes con un elemento dramático de lo más sencillo. Tan sencillo que en el libro segundo —el que habla precisamente de Utopía— no existe. Lo que existe son ocho ensayos precedidos de una introducción en la que se nos describe el país de Utopía de una manera general. Pasa luego cada uno de los ensayos —de desigual amplitud— a hablarnos de las ciudades y en especial de Amauroto, de los magistrados, de los oficios, de las relaciones mutuas de los utópicos, de sus viajes, de los esclavos, enfermos, matrimonio y otros varios asuntos, de la guerra, y, finalmente, de las religiones de los utópicos.

Estos ensayos nos dan el pensamiento social, político y religioso de Moro. Pensamiento que sin duda estuvo latente por varios años, que debe de haber expresado antes en sus conferencias sobre *La Ciudad de Dios*, y que aflora y cristaliza gracias a sus ocios antuerpienses. Añado que en esa cristalización fueron también factores importantes sus conversaciones con Cutberto Tunstall, el jefe de la embajada a Flandes, sobre temas de política del Estado —amén, ya lo dije, de las

¹⁸ Pueden leerse en la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, coordinada e ilustrada por don Martín Fernández de Navarrete en la reedición de José Natalicio González, Editorial Guaranía, Buenos Aires, 1945, tomo III, pp. 209-289 y el correspondiente apéndice de documentos y reflexiones críticas en las páginas 291-334.

Una versión directa y fiel del original italiano hecha por el desaparecido y no olvidado Francisco de la Maza, junto con el facsímil del original, nos lo da el volumen publicado por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México: *Carta de Américo Vespucio de las islas nuevamente descubiertas en cuatro de sus viajes*, Imprenta Universitaria, México, 1941.

habidas con Erasmo y Pedro Egidio y sin olvidar las que tendría con mercaderes y viajeros españoles o de otros países. Recuértese a propósito de lo último que Hitlodeo es portugués. Igualmente factor capital el que ya señalé de su callejeo por las ciudades flamencas: Amberes y Brujas en especial.

Ya encarnadas sus ideas y teorías en un pueblo imaginario, sólo le faltaba darles un aire de verosimilitud: esa verosimilitud en la que tanto insiste Cervantes. Es lo que hace en las páginas iniciales del libro primero con el expediente, que se diría vivido, del encuentro —al salir de misa en la catedral de Amberes— con Rafael Hitlodeo. Encuentro que debe a su amigo Pedro Egidio. Ya los tres en el jardín de su casa, Hitlodeo —que ha estado en Inglaterra y comido a la mesa del Cardenal John Morton, amigo y protector de Moro— se enfrasca con éste en una charla sobre las causas de la miseria y del crimen, sobre la administración de la justicia, sobre las ventajas de tal o cual forma de gobierno. Y así, rodando la plática, cátese que Hitlodeo dice que todo es mucho mejor en el país del rey Utopo que visitó en sus largos viajes. Moro le ruega le cuente pormenorizadamente lo que vio. Pero como se acerca la hora de comer, Moro los invita a almorzar y a postergar el relato de Hitlodeo para la sobremesa en el jardín. Y así, con la expectación de las maravillas de Utopía, se cierra el libro primero.

Maravillas sobre la factibilidad de las cuales Moro se muestra cauteloso. Tan cauteloso que a sabiendas e intencionalmente acuña el título de la obra en que las cuenta: *Utopía*, que vale “no hay tal lugar”. El nombre del país y el de su epónimo rey Utopo dejan ya, de entrada, bien claro que nos hallamos frente a lo no existente. Su sólido conocimiento del griego le permite forjar otras palabras que apuntan a esa no existencia. Desde luego, el nombre mismo de Hitlodeo, narrador de las maravillas utópicas, no corresponde exactamente al de “hábil narrador” que emplea Eugenio Ímaz. Es, más bien, el “bromista”, el “narrador de boberías”. Que bobería o tontería es lo que precisamente significa en griego el primer elemento de su nombre: *υθλος*. Y el correspondiente verbo *υθλεω* vale “bromear”, “chancearse”, “decir tonterías”.

Hay una carta de John Ruskin de julio de 1870 en la que pone de manifiesto lo que de travesura y broma tiene la *Utopía*. El párrafo que interesa dice: “Gracias por haberme conseguido la *Utopía*. Qué libro tan infinitamente sabio e infinitamente disparatado es. Cuerdo y sensato en todo lo que pide y, al mismo tiempo, loco en aventurarse a pedirlo, transformando así para siempre su propia sabiduría en locura y desatino. Logra ser tal vez el libro realmente más travieso y bromista que se haya escrito, con excepción del *Quijote*”.¹⁹

Así, en todo ese contexto de irrealdad y broma, no es de sorprender que el río que cruza Amauroto, la capital, sea el Anhidro, esto es “el sin agua”, ni que el cargo del jefe supremo sea el del Ademo, vale decir “el sin pueblo”.

¹⁹ Sir Edward Tyas Cook: *Life of John Ruskin*, 1911, tomo I, p. 371.

Ya al terminar el segundo libro, Moro se cura en salud y, más explícito y un tanto escéptico, nos dice lo que piensa de los relatos de Hitlodeo: "Entre tanto, debo confesar que así como no me es posible asentir a todo lo dicho por un hombre ilustrado sobre toda ponderación y conceder profundo del alma humana, tampoco negaré la existencia en la república utópica de muchas cosas que más deseo que espero ver implantadas en nuestras ciudades". Con ese "más deseo que espero", Moro nos manifiesta sin rebozo su duda de que pueda lograrse en su mundo occidental el ideal de la *Utopía*.²⁰

Y, con todo, mucho de aquél se realizó y se implantó. No en Europa, es cierto, sino en México por gracia y obra de amor de Vasco de Quiroga.

Al igual que al *Quijote*, a la *Utopía* se le han buscado mil trazas y se la ha traído a mal traer para hacerla fuente de todas las doctrinas y realidades político-sociales. Me ciño a ejemplos en dos campos.

Ya en 1890 Kautsky al hacer la primera y más completa interpretación del Moro socialista dijo que es un precursor fundamental del comunismo. Lisa y llanamente afirma que "su socialismo le ha hecho inmortal".^{20 bis}

Por su parte, tanto Marx como Engels tuvieron a la *Utopía* como libro de cabecera y la estudiaron a fondo para rastrear en ella una corriente histórica-doctrinal del socialismo.^{20 ter} Quienes matizan muy bien esto del comunismo de Moro y nos dan una recta interpretación de la doctrina comunitaria de la *Utopía* son H. W. Donner y W. E. Campbell.^{20 quater}

²⁰ La mejor edición de la *Utopía* es la de Edward Surtz y J. H. Hexter, New Haven and London, Yale University Press, 1965. Es el volumen IV de las *Obras completas* de Moro a que aludo en la nota 24.

Una muy buena edición anotada del texto latino es la que da J. H. Lupton: *The Utopia of Sir Thomas More*, Oxford at the Clarendon Press, 1895. Incluye también la primera traducción inglesa de Ralph Robynson. Lo que éste no tradujo, lo vierte al inglés el propio Lupton.

El mejor estudio para adentrarse en el pensamiento de la *Utopía* es el de H. W. Donner: *Introduction to Utopia*, Sidgwick and Jackson, 1945. Muy útiles también los siguientes: Russell Ames: *Citizen Thomas More and his Utopia*, Princeton University Press, Princeton, 1949. Edward L. Surtz, S. J.: *The Praise of Wisdom. A Commentary on the Religious and Moral Problems and Backgrounds of St. Thomas More's Utopia*, Loyola University Press, Chicago, 1957. Edward L. Surtz, S. J.: *The Praise of Pleasure. Philosophy, Education, and Communism in More's Utopia*, Harvard University Press, Cambridge, 1957. André Prévost: *Thomas More et la crise de la pensée européenne*, Mame (Tours), 1969. Hay traducción española de Manuel Morera: *Tomás Moro 1477-1535 y la crisis del pensamiento europeo*, Ediciones Palabra, S. A. Madrid, 1972. Martin Fleisher: *Radical Reform and Political Persuasion in the Life and Writings of Thomas More*, Librairie Droz, Ginebra, 1973.

^{20 bis} Karl J. Kautsky: *Thomas More und seine Utopie*, Stuttgart, 1890, pp. 216 y siguientes.

^{20 ter} Federico Engels: *Die Entwicklung des Socialismus von der Utopie zur Wissenschaft*. Berlín. 4ª edición, 1891.

^{20 quater} H. W. Donner: "On the Utopia of St. Thomas More", en *Studier i Modern Sprakvetenskan: Nyfilologiska Sällskapet*, I. Estocolmo, XV; Upsala, 1949. W. E. Campbell: "The Utopia of Sir Thomas More", en *The King's Good Servant*, Basil Blackwell, Oxford, 1948.

El propio Campbell, por lo demás, quiere ver en Moro un precursor de las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*.^{20 quinto}

VII

En su buen latín, salpicado de uno que otro anglicismo, y con un título bastante largo que omito por respeto al lector, apareció impresa en Lovaina por Thierry Martens a fines de 1516 la primera edición. Dista bastante de ser correcta y no lleva paginación. Al año siguiente sale en París, al cuidado de Thomas Lupset, discípulo de John Colet, la segunda edición en la imprenta de Gilles de Gourmont. La tercera —que Erasmo quería fuese la segunda y a cuyo interés se debe— ve la luz en Basilea en 1518 en las prensas de Froben. La componen en realidad dos impresiones con portadas diferentes: una apareció en marzo y otra en noviembre.

Luego, las ediciones menudean: el siglo xvi conoce quince salidas de las prensas flamencas, francesas, alemanas, suizas e italianas. Es que el libro es, en verdad, un “best seller”. Y como tal se difunde ampliamente. De la primera edición, Vasco de Quiroga poseyó un ejemplar abundantemente anotado de su puño y letra. Era uno de los seiscientos veintiséis libros que legó al Colegio de San Nicolás de Morelia. Su amigo Fray Juan de Zumárraga tuvo también su ejemplar que manejó y anotó profusamente. Es el de la impresión de noviembre de la edición de Basilea de 1518. Al pie de la portada se lee de la propia mano del dueño: “es del obispo de México fray Juan Zumárraga”. Hernando Colón, el erudito hijo del descubridor de América, poseyó un ejemplar de la edición de Basilea de 1518. Llevaba don Hernando un minucioso registro²¹ (libro de adquisiciones, diríamos en la jerga bibliotecaria actual) de su muy rica biblioteca, parte de la cual se conserva hoy con el nombre de Fernandina, en Sevilla. Bajo el número 1841 del registro, anota que compró su *Utopía* en Gante en 1520 y que le costó 25 maravedís. En la última hoja del ejemplar anota que se lo leyó en Bruselas el 26 y 27 de marzo de 1522: “Hunc librum perlegi Bruselis 26 et 27 diebus mensis Martii 1522”.

Las traducciones no se hacen esperar. Señalo las siguientes del siglo xvi. La alemana de Claudius Cantiuncula aparece en 1524. Al italiano hay dos versiones: la de 1548 y la de 1583. En francés tenemos tres: las dos parisinas de J. Leblond de 1550 y 1559 y la lyonesa de este mismo año debida a Jean Saugrain. Amberes ve publicarse dos traducciones holandesas en 1553 y en 1562. La inglesa de Ralph Robynson se imprime en Londres en 1551 por Abraham Vele o Veale, que tenía su taller bajo la enseña del Cordero. Conoció dos reedicio-

²⁰ quinto W. E. Campbell: *More's Utopia and his Social Teaching*. Londres, 1930.

²¹ Hay una hermosa reproducción facsimilar: *Catalogue of the Library of Ferdinand Columbus*, Reproduced in facsimile from the Unique Manuscript in the Columbine Library of Seville by Archer M. Huntington, New York, 1905. Fue impreso por Edward Hierstadt en edición de trescientos ejemplares.

nes: la de 1556 y la de 1597. Al italiano hay las versiones de A. F. Doni que se publica en Venecia en 1548 y la de F. Sansovino que sale a la luz también en Venecia en 1566. Esta última se ve reeditada en ese siglo xvi cuatro veces.

La primera traducción española que, ya dejé dicho, ve la luz en Córdoba en 1637, se debe a la pluma de Antonio de Medinilla y Porres, Justicia Mayor de aquella ciudad andaluza. Es de lamentar que esta buena versión no ofrezca la *Utopía* en su totalidad. En efecto, es únicamente la traducción del libro segundo. Lleva, como ya lo señalé anteriormente, una *Noticia, recomendación y juicio* de don Francisco de Quevedo.²² Tuvo dos reimpressiones en Madrid, en 1790 y en 1805 y otra más en Córdoba en 1865. Hay tres versiones modernas: la de Ramón Esquerro en 1937, la de Agustín Millares Carlo en 1941 y la de Ramón Pin de Latour en 1957.²³ De las otras lenguas de la Península Ibérica, señaló la traducción catalana de Josep Pin i Soler.

VIII

No es la *Utopía* el único libro que escribió Moro, aunque sí el más conocido y el que lo ha hecho famoso como escritor. Como tampoco es el *Elogio de la estulticia* —que tanto lazos tiene con la *Utopía*— el único libro de su amigo Erasmo, aunque sí el que le ha dado renombre hasta nuestros días; al punto que la mayoría de la gente lo conoce sólo por él. En el caso del humanista de Rotterdam su *Elogio* no representa su pensamiento todo, ni es su obra cumbre. En cambio, para el Canciller de Enrique VIII, la *Utopía* es, sin duda, su mejor obra y en la que nos da lo esencial y mejor de su pensar.

Ambos amigos escribieron mucho, pero menos el inglés que el flamenco.²⁴ Además, mientras que Erasmo escribió siempre en latín,

²² Ver, Francisco López Estrada: "La primera versión española de la *Utopía* de Moro, por Jerónimo Antonio de Medinilla (Córdoba, 1637)", en *Collected Studies in Honour of Américo Castro's Eightieth Year* edited by M. P. Hornik, Oxford, 1965.

²³ *Utopía* (El Estado perfecto). Traducción, prólogo y notas de Ramón Esquerro, Apolo, Barcelona, 1937. La traducción de Agustín Millares Carlo está incluida en *Utopías del Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941. La versión de Ramón Pin se publicó en la colección "Obras Maestras", Editorial Iberia, Barcelona, 1957.

²⁴ Las obras completas de Erasmo publicadas al cuidado de Jean Leclerc en Leiden de 1703 a 1706 comprenden diez tomos en folio en once gruesos volúmenes. De ellos, la Gregg Press Limited de Londres hizo una muy bella reedición facsimilar. En ocasión del quinto centenario del nacimiento de Erasmo, viénesse preparando desde 1963, por el *Consejo Internacional para la edición de las obras completas de Erasmo*, la publicación de éstas en edición crítica y anotada por todo un cuerpo internacional de erasmistas. La edición alcanzará unos cuarenta volúmenes. Hasta la fecha han salido sólo cuatro por la North-Holland Publishing Company de Amsterdam. El primer volumen apareció en 1969.

La más completa edición de las *Opera omnia* de Moro es la de Francfort en 1689. De la edición de *The Workes of Sir Thomas More Knyght sometyme Lorde Chauncellour of England wryten by him in the Englysh Tongue* de Londres, 1557, al cuidado de William Rastell, hay una reproducción facsimilar en siete

Moro no desdeñó de servirse también de su lengua vernácula. Y eso que ella estaba entonces un tanto en pañales, de los que habría de sacarla la pluma de Shakespeare.

Podemos, pues, por comodidad, separar las obras de nuestro autor en dos grupos: el de las latinas y el de las inglesas.

Mucho antes que en la *Utopía*, su pluma latina se ensayó escribiendo epigramas anteriores al 1500. Pero la mayoría de ellos se escriben entre 1509 y 1519. Se imprimen, junto con la *Utopía*, en las dos ediciones de Froben de Basilea, 1518. De las prensas del mismo impresor sale en 1520 una tercera edición corregida y aumentada. Es la última que aparecerá en vida de Moro y la que debe considerarse la de más autoridad.

De sus epigramas, unos son originales, otros traducidos del griego. Los temas de aquéllos son los siguientes: el rey y el gobierno, las flaquezas de las mujeres, la muerte, los astrólogos, los médicos, los clérigos indignos y los animales. En realidad se pueden agrupar todos esos temas en tres rubros capitales: la muerte y desengaño de la existencia, la libertad política de los ciudadanos, la fortuna y los azares de la vida. Hay, también, algunos de cortesía y circunstancia. Los traducidos lo son de la *Antología griega*. De ellos, varios son progimnasmas o ejercicios para hacerse la mano, o la pluma: traducciones que hacen del mismo epigrama y en justa poética —un poco casi de payada gauchesca— Tomás Moro y su amigo William Lily.

El largo epigrama que lleva el número uno, a la coronación de Enrique VIII, nos hace pensar ya —por sus ataques a la política de Enrique VII— en la *Utopía*: en especial en lo que Hitlodeo nos dice siete años después acerca de los tiranos en el primer libro de aquélla. Hay un pensamiento y actitud constantes respecto a la tiranía. Ello se confirma con el epigrama 62 donde se habla de la muerte como de la feliz tiranicida. En el epigrama 182 sobre la mejor forma de gobierno, Moro va más allá de lo que dice en la *Utopía*. En efecto, en ésta se prevé la destitución del rey por cargos de tiranía; pero en el epigrama nos dice paladina y extensamente que mucho mejor que un rey es un senado.

No puedo menos de poner de manifiesto la ternura casi franciscana para con los animales que nos revela la lectura de los epigramas sobre este tema. Ese conejo que, habiendo logrado escapar de una comadreja, cae en las redes de los cazadores (19), o el otro que por dos veces consecutivas cae en sus lazos (65). Aquella mosca atra-

volúmenes, que también da el texto en inglés moderno, hecha en Londres en 1931. Al igual que para las de su amigo Erasmo, existe para las obras de Moro un ambicioso proyecto de publicarlas todas en edición crítica anotada en unos catorce o veinte volúmenes. El proyecto se conoce con el nombre de *The Yale Edition of the Complete Works of Saint Thomas More*. Hasta la fecha, que yo sepa, han aparecido sólo cuatro tomos, todos por la Yale University Press. En 1961: R. W. Gibson y J. Max Patrick: *Saint Thomas More: A Preliminary Bibliography of his Works and of Moreana to the Year 1750* y E. E. Rogers: *Saint Thomas More: Selected Letters*. En 1963, al cuidado de R. S. Sylvester, apareció *The History of King Richard III*, y en 1965 la *Utopía* editada y anotada por Edward Surtz y J. H. Hexter.

pada en la tela de una araña (24), o bien lo industriosas que son las abejas (39). Y aquello que nos dice del pobre pato y el podenco (116).²⁵ Erasmo hablaba ya de esa pasión de Moro por los animales y cómo los pájaros de Chelsea iban sin temor a buscar alimento a su casa. Dejé dicho páginas arriba cómo Holbein, al pintar a Moro con su familia, no olvidó incluir en el cuadro a los animalillos preferidos del Canciller.

Al alimón con Erasmo, Moro tradujo del griego al latín los *Diálogos* de Luciano de Samosata. Cuando todavía gozaba del favor real, escribió en 1523 su *Vindicación de Enrique contra Lutero*.

El género epistolar anda un tanto de capa caída en nuestros días. El mote comercial norteamericano nos lo recuerda con su perentorio "no escriba, telegráfíe". Pero ello no era así en la época de Moro y Erasmo. Que ambos fueron constantes y prolíficos corresponsales con medio mundo. Si bien Moro escribió menos cartas que su amigo.²⁶ Su lectura arroja viva luz con múltiples matices sobre la personalidad de Sir Thomas.

Encerrado en los muros de la cárcel, escribió su *Tratado de la Pasión* en el que se prepara para el inevitable fin que barrunta ya. Y, pensando en su muerte, escribió en 1532 su propio y largo epitafio para el sepulcro que, al dimitir como Canciller, se había preparado en la iglesia de Chelsea. Señalo, de pasada, que fue casi totalmente destruida durante el bombardeo del 16 de abril de 1941 y que sólo se salvó la capilla de Moro. Éste le envió a Erasmo el texto con carta fechada de Chelsea en junio de 1533. Hace en el epitafio un resumen de su carrera, y, al hablar de sus gestiones como diplomático para restaurar la ansiada paz, tiene una frase de gran actualidad: "la paz que plazca al cielo confirmar y preservar por largo tiempo".

Durante casi toda su vida escribió Moro en latín y sólo en sus postreros siete años escribe la mayoría de sus obras en inglés. Un inglés heredado de los grandes escritores de devocionarios de los siglos XIV y XV, pero que él enriqueció y al que le dio mayor flexibilidad.²⁷

²⁵ *The Latin Epigrams of Thomas More*. Edited with Translations and Notes by Leicester Bradner and Charles Arthur Lynch. The University of Chicago Press. Chicago, 1953.

²⁶ La correspondencia de Erasmo ocupa once tomos (más uno de índices) en la insuperable edición de Oxford preparada y anotada por el benemérito erasmista Percy Strafford Allen: *Opus epistolarum Des. Erasmi Roterodami...* Oxonii, 1906-1958. De la de Moro hay tan sólo en reedición moderna por ahora el volumen que señalé en la nota 24 y el excelente del texto latino anotado por Elizabeth Frances Rogers: *The Correspondence of Sir Thomas More*, Princeton University Press, Princeton, 1947. La editora y anotadora inició su trabajo cabalmente a la sombra de P. S. Allen y aconsejada por él. ¡Esas humanidades que así crean sólidos vínculos de amistad desde los días de Erasmo, Egidio y Moro hasta los nuestros...!

²⁷ Para el estilo de Moro, ver: Joseph Delcourt: *Essai sur la langue de Sir Thomas More d'après ses oeuvres anglaises*. H. Didier, París, 1914 y F. Th. Visser: *A Syntax of the Language of St. Thomas More*, Lovaina, 1941-1956, dos volúmenes. De la obra de Visser hay reimpresión de 1964 por la Kraus Reprint Corporation de Nueva York.

El paso del latín al inglés se da en dos de sus obras. Una, el ya mencionado *Tratado de la Pasión* que empieza en aquella lengua y termina en ésta. La otra, su *Historia del rey Ricardo Tercero* que comenzó en 1513 y que dejó trunca por causa de la *Utopía*, con la que tiene mucho en común tanto en el fondo como en el estilo. Obra, por otra parte, con la que se inicia la historiografía de lengua inglesa. La *Historia* es una mordaz crítica de la tiranía y del arte de gobernar del xvi, como lo son algunos de sus epigramas y como lo es en especial la *Utopía*. Esas cosas no era prudente decirlas en Inglaterra y menos en inglés. Dejó, pues, trunco su *Ricardo* para reiterar las mismas cosas en latín y en el extranjero: en Lovaina, París, Basilea y otras ciudades donde van apareciendo las sucesivas ediciones de la *Utopía*.

Shakespeare que, como ya dije, puso lo suyo en el *Sir Thomas More* de Dekker y Chettle, debe bastante a la *Historia*. El Ricardo de Moro —maquiavélico “avant la lettre”— es el mismo de Shakespeare. A tal grado ve éste lo maquiavélico que, con un anacronismo explicable en ese contexto, hace decir a otro Ricardo, VI, que le podría dar lecciones al propio Maquiavelo: “set the murderous Machiavel to school”. Al Ricardo de Moro debe también Shakespeare el humor cáustico del suyo.

Varios otros de sus escritos ingleses pueden dejarse en el tintero. No así el *Diálogo del consuelo en la tribulación* que escribió en su prisión de la Torre de Londres en 1534.²⁸ Las tribulaciones que lo mueven a escribirlo no son las de la muerte que ve próxima y a la que nunca temió. No. Son las de ver fracasadas sus esperanzas. Esperanzas de paz y unión entre los príncipes cristianos; esperanza de unidad en el terreno religioso; esperanza de que hubiera tenido un buen fin el asunto del divorcio y nueva boda de Enrique VIII.

En efecto, su yerno William Roper nos relata lo siguiente:

“Una vez, paseando Moro conmigo por la orilla del Támesis en Chelsea, al filo de la charla me dijo entre otras cosas:

—Ojalá quisiera el Señor que me metiesen en un saco y me arrojasen aquí mismo al Támesis, con tal que quedaran bien establecidas tres cosas en la Cristiandad.

—Y ¿puede saberse Sir —le dije yo—, cuáles son estas cosas importantes que le llevan a tal deseo?

—¿Quieres conocerlas, Roper, hijo? —dijo él.

—Naturalmente que sí, Sir, por favor.

—Pues éstas son, hijo —contestó él—. La *primera* es que la mayoría de los príncipes cristianos, que se hallan en guerras mortales, tuvieran paz universal entre sí.

La *segunda*: que la Iglesia de Cristo, que se halla de momento malamente afligida con errores y herejías, estuviera sosegada y en perfecta unidad de religión.

²⁸ Del *Diálogo*, hay edición asequible en el volumen 461 de la colección Everyman's Library, de J. M. Dent de Londres; incluye también la *Utopía* en traducción inglesa. Alberto Castelli nos da una buena traducción italiana con notas: *Il dialogo del conforto nelle tribolazione*, Editrice Studium, Roma, 1970.

Y la tercera: que el asunto del matrimonio del rey, que es ahora un problema, viniera a tener buen arreglo para gloria de Dios y tranquilidad de las partes interesadas."

Casi dos veces más extenso que la *Utopía*, se divide el *Diálogo* en tres libros. Finge aquí Moro, como Cervantes más tarde, con su *Quijote*, que la obra es una mera traducción. En el caso del *Diálogo*, traducción de una traducción; ya que su pretendida versión dice haberla hecho sobre una francesa que a su vez dicese traducción del original escrito en latín por un húngaro. El hilo conductor del diálogo entre el viejo Antonio y su sobrino Vicente es la inminente invasión de Europa por los turcos. Recuérdese que éstos llegaron en 1529 a las puertas de Viena y la sitiaron. Los interlocutores del *Diálogo* nos dicen que sólo la paz y la unión entre los príncipes cristianos pueden atajar el peligro turco.

La visión última que de su autor nos da ese *Diálogo* es la del Moro de siempre: tranquilo —aun en medio de las angustias y temores—, cortés, sonriente, irónico, lúcido y alegre sin exuberancia.

Así, desde sus primeras obras, pasando por la *Utopía*, hasta sus postreros escritos de prisión y el extraordinario discurso en su proceso, el pensamiento de Moro se mantiene en una unida y constante trazazón.

Me quedan todavía por señalar unas cuantas líneas que Moro escribió, ya a las puertas de la muerte, en los márgenes del libro de horas que leía en la prisión.²⁹ Durante siglos permanecieron olvidadas. Olvido que se ha visto compensado con creces en los últimos lustros en los que se han difundido por millares; aunque no tanto en nuestro mundo de habla española. Son esas líneas su postrera oración y su despedida del mundo. Él, humanista, diplomático, brillante abogado, Gran Canciller, amante esposo y padre de familia que nunca desdeñó el mundo y vivió plenamente la vida, al aproximarse a la hora de la verdad jerarquiza los valores y, de entrada, nos recuerda el desprecio de las cosas temporales:

"Give me thy grace, good Lord,
to set the world at nought."

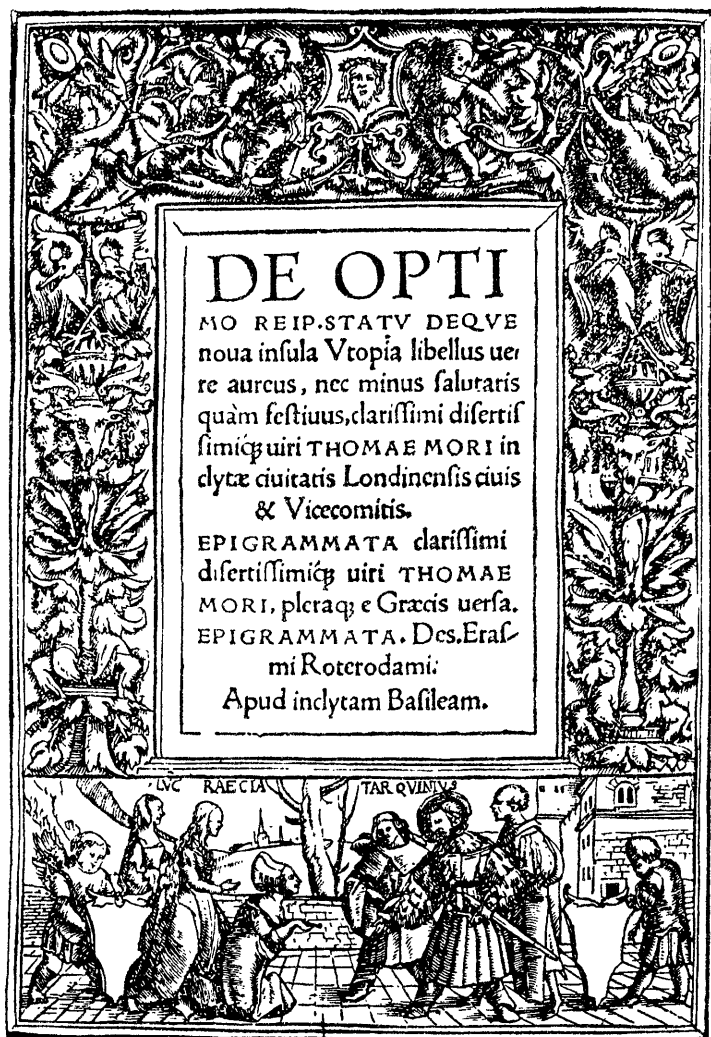
En el contexto de su vida es ya el teresiano "todo o nada".

Asunción del Paraguay, mayo de 1974

MANUEL ALCALÁ.

²⁹ Para algunas plegarias y meditaciones escritas en la cárcel, ver: Thomas More, *Ecrits de prison précédés de la Vie de Sir Thomas More par William Roper*. Traduction de Pierre Leyris. Aux Editions du Seuil, Paris, 1953. Sir Thomas More: *Conscience decides. Letters and Prayers from Prison*. Written between April 1534 and July 1535. Preface by Trevor Huddleston. Introduction by M. L'Abbé Germain Marc'Hadour. Selected and arranged by Dame Bede Foord of Stanbrook Abbey.—Geofrey Chapman. Londres, 1971.

ILUSTRACIONES



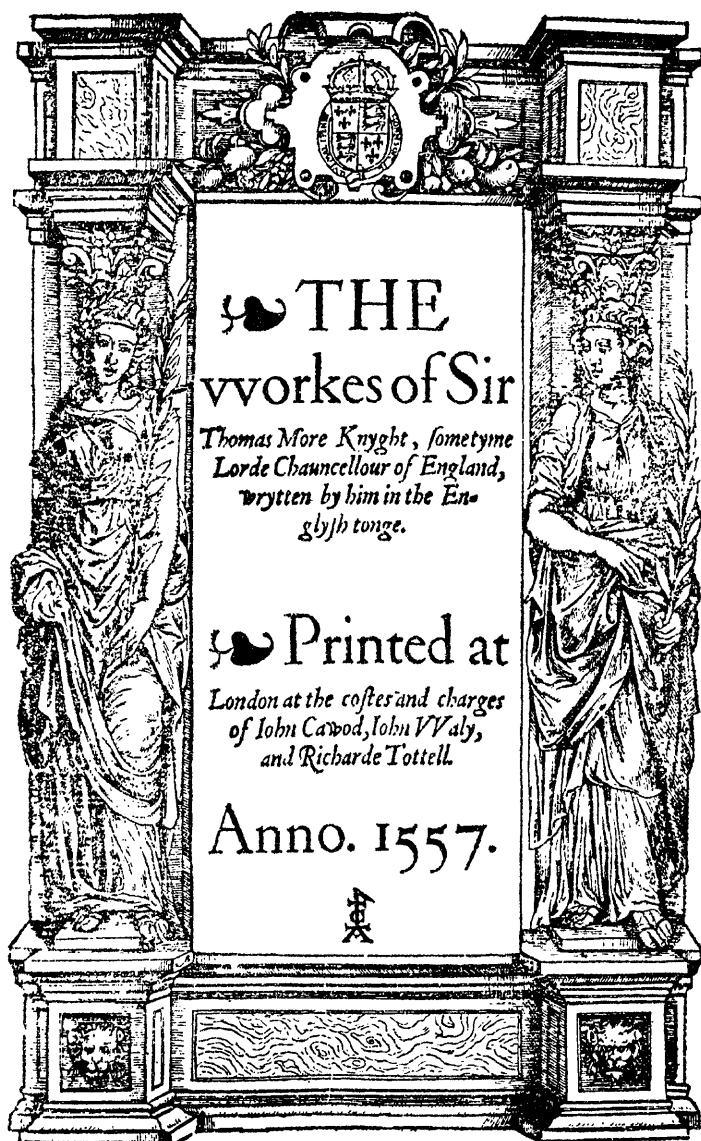
Portada de *Utopia* impresa en Basilea por Juan Froben,
en 1518.



La Isla de Utopía

(¿Hans Holbein?)

Grabado en madera que figura en *Utopía*, impresa en Basilea
por Juan Froben en 1518.



Primera edición en inglés de las obras de Tomás Moro,
(Londres, 1557)



La familia de Tomás Moro



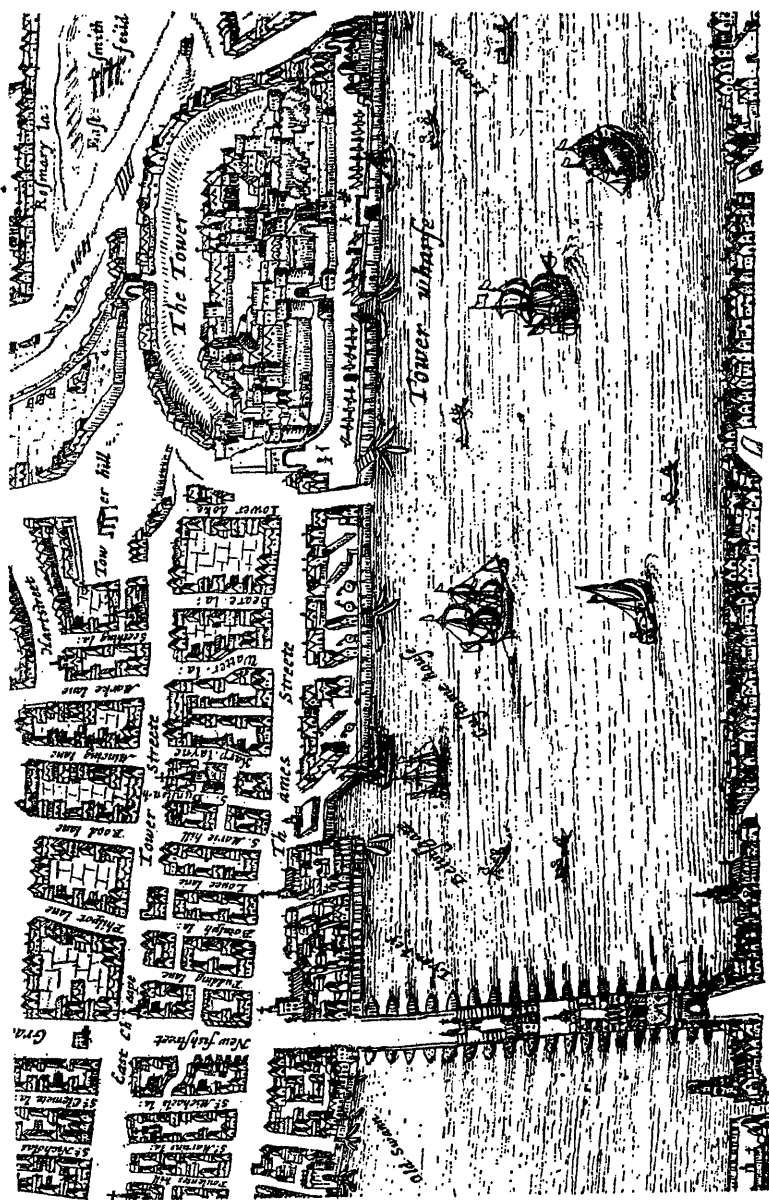
Enrique VIII
(Por Holbein)



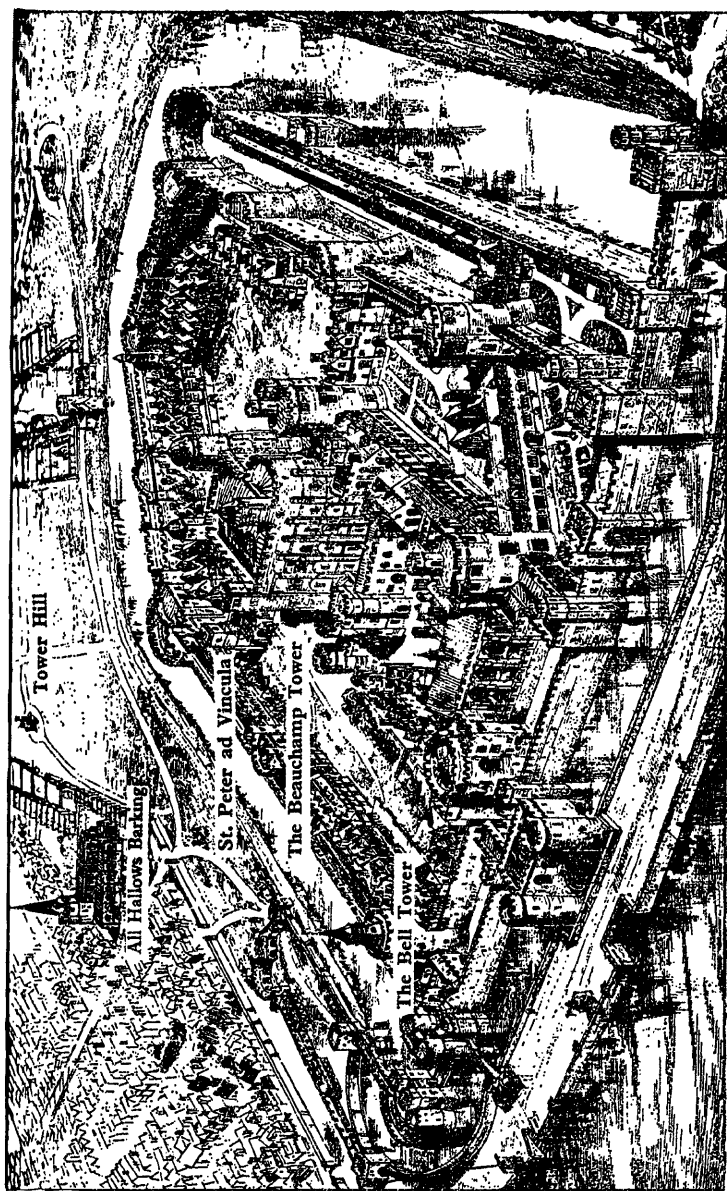
Erasmus según el díptico de Metsijs.
(*Galleria Nazionale d'Arte Antica, Palazzo Corsini, Roma.*)



Pedro Egidio, en el mismo díptico pintado por Metsijs.
(*Collection Radnor. Longford Castle, Inglaterra.*)



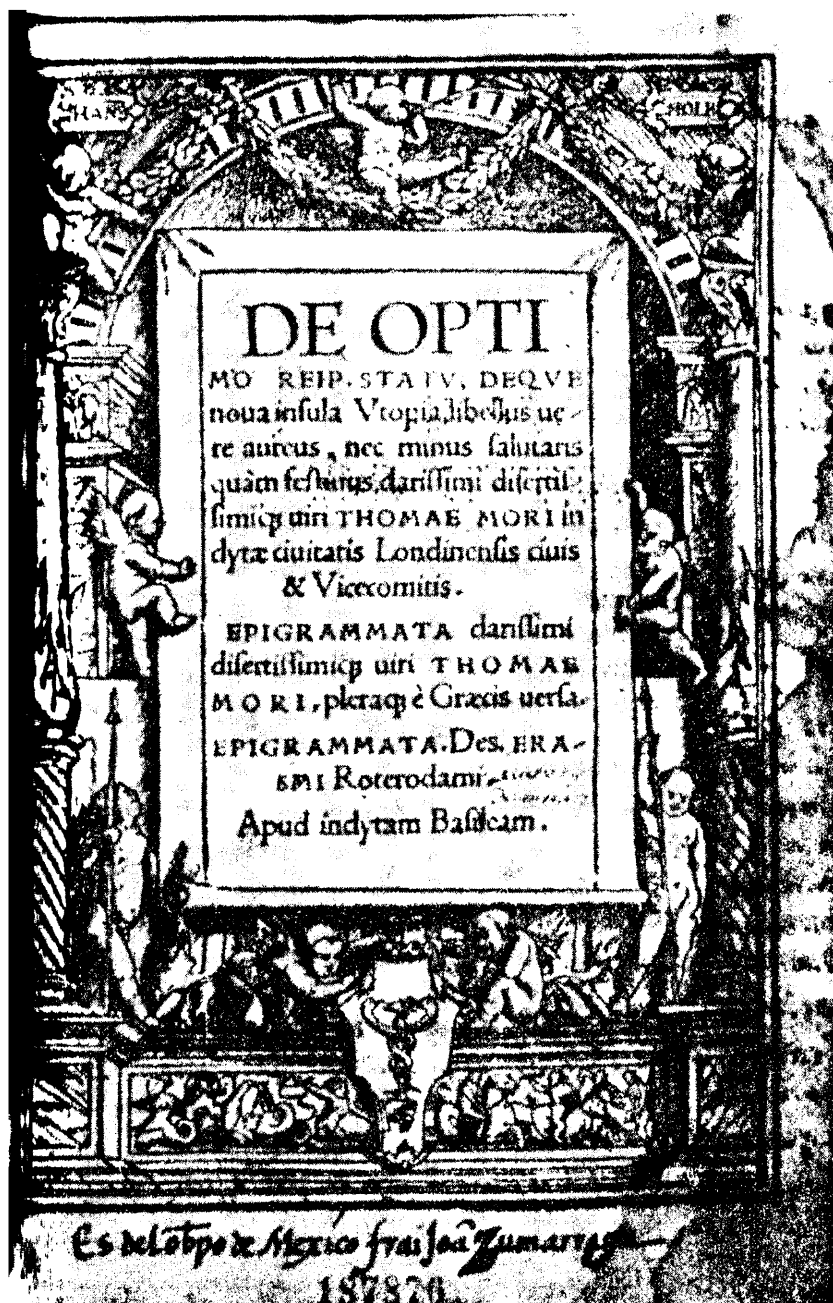
London Bridge y La Torre en el siglo XVI.



La Torre de Londres en el siglo xvi.



Ejecución de Tomás Moro
(Detalle del grabado de Circignani, en *Ecclesiae Anglicanae Trophaea*, 1584)



Portada del ejemplar de *Utopía* de Tomás Moro, edición de Froben, Basilea, 1518, perteneciente al Obispo de México fray Juan de Zumárraga.

SANTO TOMAS MORE

Y

"LA UTOPIA DE TOMAS MORO EN LA
NUEVA ESPAÑA"



UNA CONFERENCIA
POR
JUSTINO FERNANDEZ
Y
UN ENSAYO
POR
EDMUNDO O'GORMAN

ALCANCIA - MEXICO - 1937

SILVIO ZAVALA

RECUERDO

DE

VASCO DE QUIROGA



EDITORIAL PORRUA, S. A.
AV. REPUBLICA ARGENTINA, 13
MÉXICO, 1965

El *Recuerdo de Vasco de Quiroga* contiene, entre otros trabajos:

- La *Utopía* de Tomás Moro en la Nueva España.
- L'Utopie réalisée: Thomas More au Mexique.
- Sir Thomas More in New Spain: A Utopian Adventure of the Renaissance.



Altar dedicado a Santo Tomás Moro.

TOMÁS MORO EN EL TIEMPO

1477. *Febrero ¿6-7?* Nace Tomás Moro ¿1478?
Pico de la Mirandola, a los 14 años, empieza su Derecho en Bolonia.
1478. Aparece la primera edición de los *Canterbury Tales*, de Chaucer.
1479. *Enero 19.* Se unen Aragón, de Fernando, y Castilla, de Isabel.
Noviembre 6. Nace la Infanta Juana, llamada, más tarde, Juana la Loca.
España se anexa las Islas Canarias, y Portugal las Azores.
1480. Nace Antonio de Guevara († 1545).
Se descubre en Roma el *Apolo* del Belvedere.
Leonardo da Vinci concibe la idea del paracaídas.
En Lovaina se imprime el *Ymago Mundi*, escrito en 1410 por el Cardenal Pedro d'Ailly; Colón le conoce desde 1481.
1481. Savonarola predica en Florencia.
1483. *Abril 6.* Nace en Urbino el pintor Rafael Sanzio († 1520).
1484. *Diciembre 4.* La Bula *Summis desiderantes* de Inocencio VIII contra la brujería y la magia.
1485. *Julio.* Pico de la Mirandola llega a París en donde esboza su *De Ente et Uno*, que aparecerá en 1492.
Diciembre 15. Nace en Alcalá, Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra en 1509 († 1536).
Nace Hernán Cortés en Medellín († 1547).
Aparece en Nápoles la primera edición de Séneca.
C. 1485:
Tomás Moro empieza sus estudios en el *Saint Antony's School*, de Londres.
1486. *Mayo.* Colón es presentado en Córdoba a los Reyes Católicos.
Diciembre. Fundación en Londres de la Asociación de Negociantes Exportadores-Importadores (*Fellowship of Merchant-Adventurers*).
1487. *Octubre.* Calepino termina su *Diccionario Políglota*, impreso en 1502.
Noviembre. Los portugueses doblan, sin quererlo, el Cabo de Buena Esperanza.
Aparece el *Malleus Maleficarum* (El Martillo de las Brujas), por los inquisidores dominicos PP. J. Sprenger y H. Kramer.
1488. En Oxford se abre al público la Biblioteca del Duque Humphrey, con 265 volúmenes (de los cuales 5 en griego), origen de la *Bodleian Library*.
1489. *Marzo 27.* En Medina del Campo, Arturo, de dos años y medio, y Catalina de Aragón, celebran su noviazgo.
Nace el cosmógrafo Sebastián Münster († 1552).
Savonarola desafía en el púlpito la autoridad de los Médicis y del Papa.

El rigor del invierno (1489-1490), provoca hambres en Europa. Aparece en París la primera edición de los versos de Villon.

1490. *Noviembre 30.* La primera embajada turca ante la Santa Sede. Portugal comienza la evangelización del Congo. Tomás Moro, paje del Canciller-Prímado Morton.
1491. *Abril.* Los Reyes Católicos dejan Sevilla en su última campaña de la "Reconquista". Antes de agosto estarán en Santa Fe, frente a Granada.
Junio 28. Nace en Greenwich, Enrique VIII, Rey en 1509 († 1547).
Diciembre 30. Boabdil firma la capitulación de Granada. Nace San Ignacio de Loyola († 1556).
1492. *Enero 2.* Los Reyes Católicos entran en la ciudad de Granada, poniendo fin a la guerra de Reconquista.
Marzo 6. Nace en Valencia Luis Vives († Brujas, 1540).
Abril 8. Muere, asistido por Savonarola, Lorenzo de Médicis, El Magnífico.
Abril 17. Capitulaciones de Santa Fe. (Los Reyes Católicos concedían a Cristóbal Colón el cargo de Almirante en todas las tierras que descubriese.)
Mayo 12. Colón sale de Granada para Palos de Moguer.
Agosto 3. Cristóbal Colón sale de Palos.
Agosto 11. Rodrigo Borja es elegido Papa a los 62 años. Toma el nombre de Alejandro VI († agosto, 1503).
Octubre 12. Cristóbal Colón avista el 12 de octubre la isla de Guanahaní (San Salvador).
Octubre 28. Colón llega a la *Isabella* (Cuba).
Diciembre. Isabel la Católica escoge como confesor a Jiménez de Cisneros (O.F.M.).
C. 1492:
 Tomás Moro es estudiante en la Universidad de Oxford. Copérnico, a los 19 años, estudiante en Cracovia, encuentra inadecuada la astronomía ptolomea. Aparece en Alcalá el *Vocabulario Latino-Castellano*, de Antonio de Nebrija.
 ¿Expulsión de los judíos de España?
1493. *Enero 4.* Cristóbal Colón regresa a España en *La Niña*.
Marzo 15. Colón desembarca en Palos.
Abril 29. El informe de Colón se publica en latín en Roma.
Mayo 3. Bulas Alejandrinas de Partición (de Alejandro VI), dividiendo al Nuevo Mundo entre España y Portugal.
Septiembre 24. Colón inicia su segundo viaje.
Noviembre 4. Colón descubre la Isla Española (República Dominicana y Haití).
 Copérnico a los 20 años deja Cracovia por Bolonia.
1494. *Junio 13.* Colón sale de Jamaica para España. Nace Domingo de Soto († 1560).
 Tomás Moro empieza su *Derecho* en *New Inn*, Londres. Aparece en Florencia la primera edición de la *Antología Griega*, de la cual Moro traducirá fragmentos en sus *Progymnasmata*.

1495. *Marzo 8.* Nace en Portugal Juan Ciudad, dicho San Juan de Dios († 1550).
Septiembre 30. Erasmo, a los 28 años, ve por vez primera un escrito suyo en letras de molde.
 Nace Solimán II, el Magnífico, que reinará desde 1520 hasta su muerte en 1560.
C. 1495:
 Nace en Augsburgo, Hans Holbein, el Joven († 1543), amigo y pintor de Tomás Moro.
 Cisneros († 1517), es Arzobispo de Toledo y Primado de España, e inicia la reforma de la Iglesia española.
 Leonardo da Vinci empieza *La Cena*, en el convento dominico de *Sta. María delle Grazie*, de Milán.
 Aparece la primera edición de Aristóteles, impresa en Florencia por Aldus.
1496. *Febrero 12.* Tomás Moro pasa de *New Inn* a *Lincoln's Inn*.
Marzo 10. Colón sale de la *Isabella* (Cuba), y llega a Cádiz el 11 de junio.
Octubre 21. Felipe el Hermoso, hijo del Emperador Maximiliano, se casa con la Infanta, conocida después por Juana la Loca.
 Erasmo sigue como estudiante de teología en París.
1497. *Mayo 13.* Savonarola es excomulgado por Alejandro VI.
Septiembre 1. Moro redacta el epitafio (en varios estilos), de Henry of Abingdon, organista del Rey.
Noviembre 22. Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza, y sigue su viaje hacia la India.
 Juan Caboto llega a Terranova.
1498. *Marzo.* Vasco de Gama arriba a las costas de Mozambique.
Mayo 30. Colón emprende su tercer viaje.
Agosto 1. Colón toca tierras del continente (Tierra Firme).
1499. *Mayo.* Alonso de Hojeda sale de España; lleva a bordo a Américo Vespucio.
Agosto ? Tomás Moro lleva a Erasmo al Palacio Real de Eltham, y ofrece unos versos al duque de York, futuro Enrique VIII, que tiene 8 años. Erasmo se ve forzado de hacer lo mismo.
 Nace San Pedro de Alcántara († 1562).
 Aparece *La Celestina* de Rojas, en su primera redacción.
 Vicente Yáñez Pinzón explora las costas orientales de lo que se llamaría Sudamérica hasta la desembocadura del río Amazonas.
1500. *Febrero 24.* Nace Carlos; Emperador Carlos V en 1519 († 1558).
Junio. Aparece la primera obra de Erasmo: *Adagiorum Collectanea*.
Julio 19. Juana la Loca se convierte en heredera de Castilla.
 Nace San Juan de Ávila († 1569).
Diciembre. Tomás Moro hace su último año de Derecho. Es ya corresponsal de Erasmo.
 Juan de la Cosa dibuja el primer mapa del Nuevo Mundo.
1501. Primer envío de esclavos negros a América.
 En este año es probable que Moro fuera admitido a la Barra de

Londres. Como *barrister* da cursos en *Furnival's Inn*, Escuela de Derecho. Concorre por varios años a la Cartuja de Londres con el propósito de probar su vocación, compartiendo lo más que puede la vida monástica, sin dejar de ejercer su profesión de abogado. Abandona un tanto el latín para perfeccionar su griego.

Miguel Ángel a los 26 años termina su *Piedad* y empieza su *David*. En *Saint Lawrence's* Moro da conferencias acerca de *La Ciudad de Dios* de San Agustín.

Fundación de la Universidad de Compostela.

1502. *Mayo 9*. Cristóbal Colón sale de Cádiz para su cuarto y último viaje. Tomás Moro sigue en la Cartuja de Londres. Sus ejercicios espirituales e intelectuales no le impiden ejercer la abogacía.

Aparecen en Venecia las primeras ediciones de Herodoto y de Tucídides.

1503. *Febrero 11*. En ocasión de la muerte de la Reina Elizabeth, Tomás Moro compone la elegía *A Rueful Lamentation*, con alusiones a los acontecimientos de la época.

Tomás Moro compone para el *Book of Fortune* treinta y siete estrofas en inglés contra la ciega fortuna y a los que de ella se fían, y, asimismo, *Nine Pageants*, en 9 estrofas, 8 en inglés y una en latín, destinadas a servir de emblemas a unos tapices. Leonardo da Vinci pinta la *Gioconda*.

1504. *Nov. 26*. Muere, en Medina del Campo, Isabel la Católica, a los 54 años. Juana la Loca asciende al trono de Castilla.

Fray Bartolomé de las Casas inicia sus trabajos en el Nuevo Mundo. Entre 1504 y 1505 Tomás Moro se casa con Jane Colt († 1511). Aparece la primera edición de *Demóstenes*.

1505. *Enero*. Tomás Moro ofrece *The Life of John Picus Erle of Mirandola*, como regalo de Año Nuevo a Joyce Lee, su amiga de infancia. Desde este año, Erasmo, otra vez en Inglaterra por algunos meses, es huésped de Moro. Rivaliza fraternalmente con Moro en la traducción de los *Diálogos* de Luciano.

Julio 2. Lutero, derribado por la fuerza de un rayo durante una tormenta cerca de Stotterheim, invoca a Santa Ana y hace el voto de hacerse monje.

Septiembre. Nace Margarita Moro, hija primogénita, preferida de Tomás, quien la suele llamar Marget o Meg. En 1521 se convertirá en Mrs. Rope († 1544).

C. 1505:

Peter Henlein, de Nüremberg, inventa el resorte de reloj, lo que hace posible el reloj de bolsillo.

1506. *Abril 7*. Nace San Francisco Xavier.

Abril. Moro dedica a Tomás Ruthal sus cuatro traducciones de Luciano: *Cínico*, *El Incrédulo*, *El Nigromante*, *El Tiranicida*, y su refutación a esta última obra.

Septiembre 25. Muere Felipe el Hermoso en Burgos.

Noviembre 6. Bade hace imprimir en París *Luciani... opuscula... ab Erasmo Roterodamo et Thoma Moro... traducta*. En esta obra Bade hace un gran elogio de Moro.

1507. *Abril 3.* Lutero, a los 23 años, es ordenado sacerdote.
Abril 25. En Saint-Dié, Vosgos (Francia), aparece la *Cosmographiae Introductio* de Martín Waldseemüller, con la versión latina de los Cuatro Viajes de Américo Vespucio, que ha de utilizar Tomás Moro para la trama de su *Utopía*. En la *Cosmografía* Waldseemüller propone el nombre de América.¹
Julio 31. Aparece en París *Liber gnomagryicus* de Francisco Tissard, la primera obra en griego impresa en Francia.
 Cisneros es Cardenal e Inquisidor General de España.
1508. *Mayo 8.* Miguel Ángel empieza a pintar la bóveda de la Capilla Sixtina (termina el 1º de octubre de 1512).
Julio 28. La Bula *Universalis* que da a España plenos poderes para la evangelización del Nuevo Mundo.
 Ven las costas de Yucatán Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón.
 En otoño de este año, al parecer, Tomás Moro sale de Inglaterra, y visita las Universidades de Lovania y París, interesándose en sus métodos de estudio.
 Aparece el *Amadís de Gaula*, en Zaragoza.
1509. Nace Juan Moro († 1547) unico varón y último hijo de Tomás Moro.
Junio 11. Enrique VIII se casa con Catalina de Aragón.
Junio c. 20. Moro escribe su *Carmen Gratulatorium*, en ocasión de coronarse Enrique VIII y Catalina de Aragón.
Junio 10. Nace en Noyón Juan Calvino († 1564).
Agosto. Erasmo llega a Londres. En casa de Moro, en espera de sus libros y descansando del viaje, redacta el *Elogio de la Locura*, de la que no se conoce edición antes de 1511.
 Al fin de este año Tomás Moro es elegido diputado a los Comunes. Juan Luis Vives, a los 17 años, abandona definitivamente España.
1510. *Enero 21.* Tomás Moro representa a la City de Londres ante el primer Parlamento de Enrique VIII.
Enero 22. Moro es electo juez de paz por Hampshire.
Septiembre. Tomás Moro es uno de los dos sub-sheriffs de la City; y también forma parte de una comisión de arbitraje.
Octubre. Moro es "lector de otoño" en *Lincoln's Inn* y, además *marshall* de la Escuela; lo que incluye el preparar las fiestas de Navidad y de Reyes.
 Quizás en este año aparece *Life of John Picus* de Tomás Moro.
1511. *Febrero 4.* Moro paga £5 a la compañía de *Lincoln's Inn*, para dispensarlo por vida del puesto de *marshall*; más tarde paga otra multa para que sea exonerado del cargo de tesorero en la misma Escuela.
Abril. Erasmo se aloja en casa de Moro.
Abril 10. Erasmo en Douvres, antes de pasar a la Mancha para irse a París, escribe a Ammonio: "No dejes de saludar a Moro de mi

¹ "Quarta orbis pars, quam quia Americus invenit, Amerigen... sive American nuncupare licet".

parte... Pídele que devuelva a Colet los libros que dejé en el cuarto”.

Julio. Entre julio y agosto muere Jane Colt, c. 23 años, mujer de Moro.

Agosto. Entre agosto y septiembre Tomás Moro se casa con Alice Middleton, c. 40 años, viuda de un comerciante londinense.

Octubre. Moro da cursos de Derecho todo el otoño en *Lincoln's Inn*.

Octubre 27. Ammonio a Erasmo: “Terminé por instalarme en el Colegio de Santo Tomás. Me encuentro ahí algo mejor que en casa de Moro: ya no veo “el pico de la harpía” (palabras en griego, y que se refieren, al parecer, a la nueva esposa de Moro).

Aparece en Sevilla *De Orbo Novo*, de Pedro Martir de Anglería.

1512. *Febrero 4.* Moro es diputado por Londres al segundo Parlamento de Enrique VIII.

Abril. Los *Merchant-Adventurers* escogen a Moro para negociar con los *Merchants of the Staple*.

Noviembre 1. Julio II inaugura la Capilla Sixtina y expone a la admiración pública las pinturas de Miguel Ángel.

Noviembre 17. “El joven Moro”, designado por la *City*, acompaña ante la Cámara de los Lores a los síndicos de un cuerpo de oficios, para hablar en su nombre.

1513. *Marzo 13.* Ponde de León descubre la Florida.

Julio. Erasmo escribe a Moro y le dice el placer que encuentra en traducir el ensayo de Plutarco “acerca de la diferencia entre un adulador y un amigo”.

Septiembre 13. Moro es nombrado, con otros, para ocuparse del Puente de Londres, en donde su cabeza será expuesta en julio de 1535.

Septiembre 25. Núñez de Balboa descubre el Pacífico.

Diciembre. Moro empieza su *Ricardo II*.

1514. *Enero 4.* Moro forma parte de la comisión municipal de cloacas, con su padre y John Roper.

Abril. Vives deja París para residir en Brujas.

Noviembre 1. Moro es electo Lent Reader, en *Lincoln's Inn*; es la cúspide de la escala académica en Londres.

Copérnico termina de escribir *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, que se ha de publicar en 1543.

Diciembre 3. Moro es admitido en una sociedad de sabios llamada *Doctor's Commons*.

1515. *Marzo 28.* Nace Santa Teresa († 1582).

Mayo 7. Enrique VIII envía a Tomás Moro a Flandes para asuntos de comercio.

Agosto. Moro visita Malines.

Septiembre. Moro en Amberes, en donde encuentra al marino portugués Rafael Hitlodeo, del cual traslada sus palabras en el libro II de la *Utopía*.

Octubre. Tomás Moro deja Brujas para regresar a Inglaterra.

- Diciembre.* Grijalva descubre las costas de México.
1516. *Marzo.* Moro termina el libro I de la *Utopía*.
Mayo 14. Carlos V es proclamado Rey de Castilla en la Iglesia de Sta. Gdulia, Bruselas.
Junio. Moro es consejero jurídico de una comisión encargada de fijar los precios de los artículos alimenticios en Londres.
Julio. Erasmo es huésped de Moro.
Agosto. Erasmo, desde Calais, de regreso al continente, escribe a Moro y le dice que Inglaterra no tiene por qué envidiar a Italia en lo referente a altos estudios.
Septiembre. Moro envía a Erasmo el manuscrito de *Nusquama*, que se convertirá en la *Utopía*.
Diciembre. En el curso del mes aparece *Utopía*, en casa de Thierry Martens, impresor de la Universidad de Lovaina.
 Aparece en Alcalá *De Rebus Oceanis de Orbe Novo*, de Pedro Mártir de Anglería.
1517. *Enero.* Tomás Moro a Antonio Bonvisi: "Es por amistad que os expresáis bien de la *Utopía*: este libro nunca hubiera tenido que salir de su Isla".
Marzo 8. Erasmo a Moro: "Envíame lo más pronto posible la *Utopía*. Un edil de Amberes está tan apasionado por ella que se la sabe de memoria".
Julio. Terminación de la *Biblia Políglota* en Alcalá.
Agosto 19. Moro anuncia a Erasmo que ha sido enviado a Calais en comisión comercial.
Septiembre. Carlos V pisa por vez primera tierra española en Villaviciosa.
Noviembre. Carlos V visita a su madre Juana en Tordesillas. Conoce a su hermano Fernando, de 14 años de edad. Para hablar necesitan de un intérprete.
Noviembre 8. Muere en Roa, cerca de Valladolid, el Cardenal Cisneros.
 Expedición de Hernández de Córdoba a las costas de la hoy península de Yucatán.
1518. *Febrero 19.* Martín Lutero, enterado que la *Utopía* está en prensa en Basilea, pide que se le compre en la Feria de Frankfort. ("Tengo sed de la *Utopía* de Moro", dice.)
Febrero 28. Moro es designado para el arreglo del litigio anglo-veneciano concerniente a los derechos sobre el vino. El embajador de Venecia en Inglaterra le escribe al Dogo; teme que el nombramiento de Moro no subsista por mucho tiempo, pues Moro es conocido por "demasiado apegado a la justicia".
 Expedición de Juan de Grijalva a las costas de Yucatán y el E. de México hasta Pánuco.
1519. *Mayo.* Muere Leonardo da Vinci (67 años), en el castillo de Cloux, Francia.
 Erasmo le dice a Pierre de Moselle acerca de las intervenciones de Moro en nombre del Rey para defender el griego en Cambridge.

Carlos V. emperador de Alemania. Fernando de Magallanes encuentra el Estrecho que lleva su nombre y llega hasta las islas Marianas y Filipinas; Sebastián Elcano continúa la expedición después de la muerte de Magallanes y da la vuelta al mundo. Hernán Cortés explora las costas de Yucatán y del Golfo de México hasta Veracruz y se interna tierra adentro rumbo a la ciudad de México. Lutero escribe a Spalatin: "Estoy muy cerca de creer que el Papa es el Anticristo."

1520. *Marzo*. Moro es designado para acompañar al Rey y a la Reina al Continente.

Junio 7. Encuentro de Francisco I y Enrique VIII.

Junio. Enrique VIII designa a Moro para conferenciar en Brujas con los mercaderes de la Hansa teutónica.

Octubre 23. Erasmo, consejero de Carlos V, asiste a su coronación como *Rey de los Romanos* en Aix-la-Chapelle.

De México llega el chocolate a Europa.

1521. *Enero 28*. Carlos V abre la Dieta de Worms.

Abril 22. Francisco I declara la guerra a Carlos V.

Mayo. En Pamplona una bala francesa fractura la pierna de Ignacio de Loyola.

Mayo 2. Tomás Moro es nombrado subtesorero de Inglaterra y Canciller de l'*Echiquier*. En esos días es hecho caballero (*knighted*). (Desde entonces, Moro es *Sir Thomas*, y su mujer se convierte en *Lady Alice*. El duque de Norfolk era el Gran Tesorero, y Moro, como subtesorero, es el verdadero responsable del Tesoro.

Julio 29. La rebelión de los *Comuneros* en España.

Agosto 20. Solimán el Magnífico conquista Belgrado, llave de Hungría.

Septiembre 23. Erasmo a Paolo Bombassio: "Moro, una vez más, se ha mostrado más listo que yo mismo; el puesto eminente que ha aceptado ha doblado su influencia convirtiéndole más amable para los buenos, y más temido por los malos".

1522. *Mayo*. Carlos V desembarca en Douvres; en junio hace su entrada en Londres. En julio se embarca en Southampton para dirigirse a España.

Julio ? Muere en Alcalá Antonio de Nebrija a los 77 años.

Julio. Vives a Erasmo: "He recibido en estos días dos cartas de Moro en las cuales me dice que se encuentra muy bien".

Noviembre 18. La *City* de Londres vota se le den a Moro 10 libras, precio de una toga de terciopelo por sus buenos oficios durante la visita de Carlos V.

1523. *Octubre 5*. Vives es incorporado a *Corpus Christi College*, Oxford, como Doctor en Derecho Civil.

Diciembre. La Mezquita de Córdoba se erige en Catedral.

1524. *Junio*. La Universidad de Oxford invita a Moro para que sea su *High Stewards*: "patronus ac censor".

Los mineros de Mansfeld inauguran en Europa Central el sistema de las huelgas... Piden la *mina para el minero*.

1525. *Febrero 4.* Derrota y captura de Francisco I en Pavia, el mismo día en que Carlos V cumple 25 años.
Septiembre. Solimán se apodera de Budapest.
1526. La Sorbona prohíbe a los jóvenes la lectura de los *Coloquios* de Erasmo.
Noviembre. Holbein llega a Chelsea y empieza, quizá, los retratos de los diferentes miembros de la familia Moro.
Diciembre. Íñigo de Mendoza, nuevo embajador de Carlos V, es recibido por Wosley en presencia de Moro.
 Aparecen, de Francisco de Vitoria: *De Indis, de jure Belli, de Potestate civili.*
1527. *Febrero 6.* Moro cumple 50 años; edad que le da Nicolás Kratzer en el boceto de la familia Moro por Holbein.
Mayo 6. Saqueo de Roma por las tropas mercenarias de Carlos V.
Mayo 21. Nace en Valladolid Felipe II († 1598).
 Enrique VIII anunció a Catalina de Aragón lo que todo el mundo sabe: "Que su conciencia le fuerza a separarse de ella".
 La Universidad de Alcalá funda su Colegio Trilingüe.
1528. *Abril.* Vives llega a Brujas, después de 38 días de detención por órdenes de Wosley, por haber sostenido a Catalina de Aragón en el negocio del divorcio.
Abril 7. El Papa, acosado por los enviados de Londres, designa una comisión encargada de examinar el *negocio* de Enrique VIII y de pronunciar sentencia (que pronunciará el 8 de junio).
 Moro restaura a sus expensas una capilla de la iglesia parroquial de Chelsea. La fecha 1528 aún se lee en un capitel. Holbein parece haber contribuido. La iglesia, hoy *Saint-Luke's* se llamaba *All-Saints. The More Chapel* es la que sufrió menos en el *blitz* del 16 de abril de 1941.
1529. *Octubre 25.* Tomás Moro, en *East Greenwich*, recibe de manos del Rey el Sello de Gran Canciller de Inglaterra, cargo que ha de ejercer hasta el 16 de mayo de 1532.
Octubre 26. En el *Great Hall* de Westminster, a las 10 de la mañana, Moro inaugura sus funciones poniendo el sello en algunos documentos y prestando el juramento de rigor; el cual comprende la obligación de servir contra la herejía en nombre del Rey.
Octubre 28. Tomás Moro a Erasmo: "Quirinos os explicará todo. Me felicitan: estoy seguro que vos al menos me compadeceréis."
Noviembre 3. Moro, Presidente *ex officio* de la Cámara Alta, firma la agenda del Parlamento, el mismo que lo ha de mandar al patíbulo.
Diciembre. Moro cena con el Rey y el embajador francés.
1530. *Marzo 9.* La Universidad de Cambridge contesta acerca del divorcio en el sentido deseado por el Rey.
Abril. En el mismo sentido se pronuncia la Universidad de Oxford.
Julio 1. La Facultad de Teología de Padua: favorable al Rey.
Julio 2. Respuesta de la Sorbona favorable a Enrique VIII.
Agosto. Ignacio de Loyola visita Inglaterra, a invitación, quizás, de Vives, en pos de limosnas para continuar sus estudios.

1531. *Marzo*. Carlos V escribe una carta personal a Tomás Moro.
Abril. "Moro se ha rehusado a recibir vuestra carta", escribe Chappuys a Carlos V. "Me ha rogado me abstenga de visitarle."
1532. *Mayo 16*. Jueves, fin de la sesión del Parlamento. La ruptura entre Inglaterra y Roma aún no se ha consumado. Mas habiendo los obispos capitulado una vez más ante el Rey, Moro, asqueado, obtiene al fin el permiso de renunciar, que por tantas veces ha solicitado. (Moro fue Canciller 2 años, 6 meses y 3 semanas. Hasta su encarcelación (abril 1534), Moro sigue recibiendo £100 de anualidad. Reduce el tren de vida sin pesadumbre, y devuelve su lancha y sus remeros).
1533. *Febrero*. Nace, cerca de Burdeos, Michel de Montaigne († 1592).
Marzo. Ignacio de Loyola sigue sus estudios en la Universidad de París.
Julio. Enrique VIII es excomulgado, pero se detiene la fulminación, declarando —no obstante— nulo el segundo casamiento.
Septiembre. La excomunión de Enrique VIII es fulminada en Roma.
Noviembre. La excomunión de Enrique VIII es proclamada en los Países Bajos, el país más cercano a Inglaterra.
1534. *Marzo 23*. Clemente VII, en Consistorio público, declara válido el primer matrimonio de Enrique VIII.
Abril 13. Tomás Moro, después de asistir a misa y comulgar, acompañado por William Roper, llega a buena hora a *Lambeth Palace*, en donde es el único laico convocado. Rehúsa firmar el juramento del *Act* a causa de su preámbulo cismático. Requerido de nuevo, insiste en no firmar. Se le pone bajo la vigilancia del Abate de Westminster.
Abril 17. Moro, después de negarse otra vez a firmar, es conducido a la Torre de Londres. Desde la Torre escribe un breve recado, y después una larga carta a su hija Margaret Roper.
Mayo 20. Margaret Roper es autorizada para visitar a su padre.
Agosto 15. La célebre misa en Montmartre de Ignacio y sus seis compañeros.
Agosto 31. Erasmo escribe a Guy Morillon: "Sabes, sin duda, que el mejor amigo que jamás haya yo tenido, Tomás Moro, se encuentra en la cárcel".
La patata es introducida en Europa, como planta ornamental.
Diciembre. Por Navidad, Lady Moro, en nombre de toda la familia, escribe al Rey suplicándole libere a Moro y apiadarse de la penuria de los suyos.
1535. *Febrero 28*. Erasmo a P. Tomicki: "Moro, ese astro único del cielo de la Gran Bretaña, se encuentra aún en la cárcel..."
Abril 30. Moro, en la Torre, es sometido a un primer interrogatorio.
Mayo. Lady Moro dirige una súplica a Cromwell; se ve obligada a vender sus ropas para pagar la pensión de su marido.
Junio. El primer mártir inglés, el Cardenal John Fisher, es decapitado en *Tower Hill*.

Junio. Moro es visitado por el *Solicitor General*, quien le hace preguntas insidiosas. Los acompañantes del *Solicitor* se llevan los libros de Moro.

Junio. Moro es sometido a un cuarto interrogatorio. Cansado de repetir siempre las mismas cosas, Moro acaba por guardar silencio.

Julio. Jueves, Tomás Moro en Westminster es condenado a la muerte destinada a los traidores, por haber hablado del Rey "maliciosamente, traídoramente, diabólicamente". Al ser conducido de nuevo a la Torre, su hija Margaret Roper le abraza públicamente.

Julio 5. Última carta de Moro dirigida a Margaret, a quien Moro confía diversos objetos, entre ellos su camisa de crin. Desea y espera morir al día siguiente.

Julio 6. Martes, hacia las nueve de la mañana en *Tower Hill*, aldaña a la Torre, ejecución de Tomás Moro. El Rey ha conmutado en decapitación el suplicio de los traidores (horca, hoguera, etc.). La cabeza de Moro reemplaza la del Cardenal Fisher en el remate del Puente de Londres.

Agosto 31. Erasmo al arzobispo de Cracovia, Tomicki: "Con la desaparición de Moro, tengo la impresión de que yo mismo me he apagado..."



N. B. Ya en prensa este libro, leemos en *Noticias Bibliográficas de Alumnos Distinguidos del Colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso de México...* por el Dr. Félix Osores, lo siguiente:

“PÉREZ DE CASTRO, P. Agustín Pablo. Tuvo su nacimiento en la villa de Córdoba, del Obispado de la Puebla de los Ángeles, en 24 de enero de 1728. Su padre, D. Francisco Pérez Castro, noble gallego estaba emparentado con los Condes de Lemus, de Villamarín y de Garcipérez y con el Duque de la Conquista; y su madre, D^a Ignacia Tembra, era descendiente de Alonso Arévalo Galván, primer poblador de la referida villa de Córdoba. El P. Agustín, educado con el esmero más pío e industrioso, aprendió desde muy niño la Historia Sagrada por las pinturas del insigne Ibarra, el *Correggio* de esta América, sirviéndole de intérprete su mismo padre, hombre instruido, que le enseñó también la Historia Eclesiástica de Fleury. Ejercitóse igualmente en el dibujo, en que salió sobresaliente, conservándose aún de su mano, en su patria, una Santa Catarina Mártir y, en Bolonia, el retrato del célebre Tomás Moro.” *

Sería interesante conocer el actual paradero de este retrato de Tomás Moro, pintado por un mexicano, y que viene a enriquecer la iconografía del autor de *Utopía*.

* En: (*Documentos Inéditos o Muy Raros para la Historia de México*, publicados por Genaro García). Reimpresos en la *Biblioteca Porrúa*, no. 60. México, 1975. Editorial Porrúa, S. A.

U T O P Í A

LIBRO ÁUREO, NO MENOS SALUDABLE QUE FESTIVO,
DE LA MEJOR DE LAS REPÚBLICAS Y DE LA
NUEVA ISLA DE UTOPIÁ, POR EL INSIGNE
TOMÁS MORO, CIUDADANO Y VICE
SHERIFF DE LA ÍNCLITA CIUDAD
DE LONDRES.



NOTICIA, JUICIO Y RECOMENDACIÓN DE LA “UTOPIA” Y DE TOMÁS MORO

POR DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

Don Francisco de Quevedo Villegas, Caballero del Hábito de San Jacobo, Señor de las Villas de Cetina y la Torre Juan Abad.

“La vida mortal de Tomás Moro escribió en nuestra habla Fernando de Herrera, varón docto y de juicio severo; su segunda vida escribió con su sangre su muerte, coronada de victorioso martirio. Fue su ingenio admirable, su erudición rara, su constancia santa, su vida exemplar, su muerte gloriosa, docto en la lengua latina y griega. Celebráronle en su tiempo Erasmo de Roteradamo y Guillelmo Budeo, como se lee en dos cartas suyas, impresas en el texto desta obra. Llamóla *Utopía*, voz griega, cuyo significado es *no hay tal lugar*. Vivió en tiempo y reino que le fue forzoso para reprender el gobierno que padecía, fingir el conveniente.

“Yo me persuado que fabricó aquella política contra la tiranía de Inglaterra, y por eso hizo isla su idea, y juntamente reprendió los desórdenes de los más Príncipes de su edad. Fuérarne fácil verificar esta opinión; empero no es difícil que quien leyere este libro la verifique con esta advertencia mía: quien dice que se ha de hacer lo que nadie hace, a todos los reprende; esto hizo por satisfacer su celo nuestro autor. Hurto son de cláusulas de la *Utopía* los más repúblicos *Raguallos* del Bocalino; precioso caudal es el que obligó a que fuese ladrón a tan grande autor.

“No han faltado lectores de buen seso que han leído con ceño algunas proposiciones deste libro, juzgando que su libertad no pisaba segura los umbrales de la Religión; siendo así que ningunas son más vasallas de la Iglesia Católica que aquéllas, entendida su mente, que piadosa se encaminó a la contradicción de las novedades, que en su patria nacieron robustas, para tan llorosos fines. Escribió aquella alma esclarecida, con espíritu de tan larga vista, que (como yo mostré en mi

Carta al Rey Cristianísimo), antevió los sucesos presentes, asistiendo con saludable consejo a las cabezas de los tumultos.

“El libro es corto; mas para atenderle como merece, ninguna vida será larga. Escribió poco y dijo mucho. Si los que gobiernan le obedecen, y los que obedecen se gobiernan por él, ni a aquéllos será carga, ni a éstos cuidado.

“Por esto viendo yo a don Jerónimo Antonio de Medinilla y Porres, que le llevaba por compañía en los caminos, y le tenía por tarea en las pocas horas que le dejaba descansar la obligación de su gobierno de Montiel, le importuné a que hiciese esta traducción; asegurándome el acierto della lo cuidadoso de su estilo, y sin afectación, y las noticias políticas que con larga lección ha adquirido, ejecutándolas en cuanto del servicio de su majestad se le ha ordenado; y con gran providencia y desinterés, en el gobierno que tuvo destos partidos.

“Quien fuere tan liberal que en parte quiera pagar algo de lo que se debe a la santa memoria de Tomás Moro, lea (en la *Scelta di Lettere*, de Bartolomé Zucchi de Monza), la carta que escribió el cardenal de Capua a monseñor Marino, cardenal y gobernador de Milán, y verá cuántos méritos tuvo su muerte para canonizar las alabanzas de su vida y de su doctrina. En la Torre de Juan Abad, 28 de setiembre de 1637.—*Don Francisco de Quevedo Villegas.*”

TOMÁS MORO A PEDRO EGIDIO

Avergüénzome casi, carísimo Pedro Egidio, de remitirte hoy, después de más de un año, este libro de la República de Utopía, cuando a no dudar esperábaslo hace seis. Y ello no me sorprende, dado que ya sabías que no había en ello ningún trabajo de invención, ni preocupación acerca de su disposición, puesto que no se trataba más que de exponer y relatar lo que junto contigo oyera referir a Rafael. Tampoco era de tratar elocuentemente la materia, ya que sus palabras no podían ser exquisitas, puesto que eran espontáneas e impremeditadas, y procedían también de un hombre que, como estás enterado, sabe más griego que latín, y mi exposición se aproximará a su sencilla y descuidada simplicidad, lo cual debe constituir, y constituye, mi preocupación exclusiva.

He de confesar, amigo Pedro, que, aligerado de mucho trabajo por dichas causas, apenas si quedaba ya algo para mí. Tal como ambos creemos, la invención y economía de la obra podían haber ocupado el tiempo y el estudio de un hombre docto e ingenioso. Pero si se exigiera que la materia tenía que escribirse con elocuencia y no solamente con exactitud, no hubiera podido prestarle tiempo ni estudio algunos. Pero, descargado ahora de tales cuidados, en los que hubiera malogrado tantos afanes, restaba tan poco que no constituía problema exponer simplemente lo que había oído. Pero también al resolverlo, mis restantes ocupaciones no me dejaban tiempo para la labor.

Al par que asiduamente defiendiendo causas forenses, o las oigo, o actúo en calidad de árbitro, o las dirimo como juez; al par que visito a éste por cuestiones del oficio, a aquél por amistad; al par que dedico casi todo mi tiempo a ocuparme de los demás, y el que sobra a ocuparme de los míos, ya no me queda tiempo para mí, ni para las letras tampoco.

Dado que, al volver a casa, he de hablar con mi esposa, charlar con los hijos, conversar también con los criados. Cuento esto yo entre mis negocios, ya que lo considero necesario (pues lo es, a menos que

pretendas ser un extraño en tu propia casa); y todos nos hallamos obligados a hacernos tan agradables como sea posible a aquellos que la naturaleza, la casualidad o la elección convirtió en nuestros compañeros, sin que por ello los corrompamos con nuestra amabilidad y gentileza, haciendo de los criados los amos nuestros.

En esto que te refiero transcurren los días, los meses y los años. ¿Cuándo, entonces, podré escribir? Pues no te he hablado ni del sueño ni de las comidas, que insumen no menos tiempo que el mismo sueño y ciertamente constituyen la mitad de la vida. Respecto a mí, sólo dispongo del tiempo que al sueño y a la comida puedo robar, el cual, aunque poco me ha permitido escribir lentamente *Utopía* y hacértela llegar, Pedro, para que la leyeres, para que si algo se hubiese pasado por alto te sirvas hacérmelo saber. Porque aunque en esto no temo haber fallado (ya que creo poseer algo de ciencia e ingenio y quisiera que igualase a mi memoria), no confío tanto en ello que no crea que posible fuese que me aconteciera.

Mi paje, John Clement, que, como sabes, estaba con nosotros, ya que le permito que esté presente en toda entrevista de que pueda sacar algún fruto, del que estoy muy satisfecho por los rápidos progresos que hace en latín y en griego, de quien espero sacar magníficos resultados, me ha ocasionado grandes dudas. Sí, pues mientras yo, a lo que recuerdo, pienso que Hitlodeo nos contó que aquel puente amaurótico que se tiende sobre el Anhidro tenía quinientos pasos de largo, dice mi John que debo quitarle doscientos, ya que allí la anchura del río es de trescientos pasos. Pídote, pues, que mires si tal es cierto, puesto que si opinas como él, he de creer que me he equivocado. Pero si no lo recuerdas, dejaré las cosas tal como mi memoria me las dictara, ya que procuré con sumo cuidado que no hubiera en mi libro falsedades, de manera que si algo hubiere de resultar ambiguo, prefiero contar una mentira que decirla, y antes ser bueno que prudente.

Fácil resultaría remediar tales defectos, si pudieras saberlo ahora del mismo Rafael, si es que todavía está con vosotros, o, en otro caso, por cartas, lo que impone que también hagas acerca de otro escrúpulo que tengo, no sé si por culpa tuya, mía o de Rafael. No recuerdo tal, y no sé si él nos lo dijo, en qué parte de aquel mundo nuevo se halla situada Utopía. Y porque no se nos hubiese escapado, daría una buena suma sacada de mi magro peculio, tanto porque me avergüenzo de no saber en qué mar se encuentra una isla sobre la que he escrito larga-

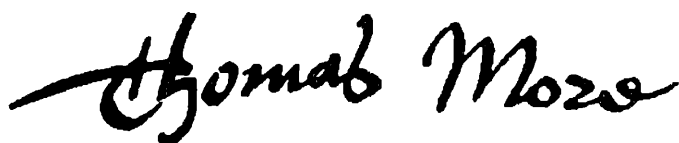
mente, como porque hay entre nosotros varias personas que ansían ir a Utopía, y sobre todo uno, piadoso varón y teólogo de profesión, y éste, no por la vana curiosidad, sino para que la religión nuestra, allí felizmente establecida, crezca y se difunda. A fin de mejor cumplir y realizar este buen intento propónese solicitar del Papa que le envíe en misión allí, haciéndole Obispo de Utopía, no dudando que le será otorgado su pedido, pues no le mueve el deseo de honor y de lucro, sino un celo piadoso.

Ruégote, pues nuevamente, amigo Pedro, que, si personalmente puedes, o, si se halla ausente, por carta, te comuniques con Hitlodeo, a fin de que no haya en mi obra ninguna falsedad ni falte nada de lo que es verdad. Además quisiera que le mostrases el presente libro, porque si algo olvidé o fallé en algún punto, nadie mejor que él podrá corregirlo y enmendarlo, y no podrá hacerlo a menos que pueda leer mi escrito. Trata, además, que te diga si me permite publicar este libro, pues si desee relatar por escrito sus propios viajes y trabajos, yo no quisiera que al divulgar mi República de los Utópicos a la historia privase de su gracia y novedad.

A ciencia cierta, no estoy bien decidido todavía a editar el libro, ya que son tan diversos los gustos de los mortales, tan diversas las inteligencias, los ánimos tan ingratos, tan absurdos los juicios, que prefieren gozar de una vida alegre dominada por el placer que molestarse en las preocupaciones y el estudio de algo que a la vez pueda ser de provecho y placer para otros. La mayor parte desconocen las letras, muchos las desprecian. El bárbaro y rudo apreciará sólo lo netamente bárbaro. Hay otros que, teniendo una poca ciencia, desprecian como vulgar todo lo que no se expone con palabras desusadas. Otros sólo se complacen en las cosas antiguas, y la mayoría en sus propias cosas únicamente. Tan tétrico es éste que no admite chanzas; tan insulso aquél que no sufre las agudezas, que le sientan como el agua al perro con rabia. Tan ligeros son otros, que jamás concretan su opinión. Y otros aun se sientan en las tabernas y juzgan entre las bebidas el ingenio de los escritores y condenan con gran autoridad lo que no les agrada, quedando ellos fuera de tiro, ya que nunca publicaron nada. Otros hay también, tan ingratos, que, a pesar de que se deleitaron con la obra, no por ello aman más al autor; semejantes a los huéspedes desagradecidos, que, después de hartarse en opíparo convite, abando-

nan la casa sin dar las gracias al invitante. ¡Gasta lo tuyo, pues, para hombres de paladar tan delicado y gustos tan varios y propensos a ser desagradecidos!

Aun mismo así, amigo Pedro, procede con Hitlodeo como te dije, y consúltale. Luego, según lo que diga, veré si publicaré el libro que tanto trabajo me costó, siguiendo el consejo de los amigos y especialmente el tuyo. Salud, queridísimo Pedro Egidio, y también a tu buenísima esposa. Quiéreme como sabes hacerlo. Yo, quizás, te aprecio más que de costumbre.

A handwritten signature in black ink, reading "Tomás Moro". The script is fluid and cursive, with a long, sweeping underline that extends to the left.

DISCURSO DEL VARÓN EXCELSO RAFAEL HITLODEO,
RESPECTO A LA MEJOR DE LAS REPÚBLICAS,
POR EL MUY ILUSTRE TOMÁS MORO,
CIUDADANO Y VICE-SHERIFF
DE LA RENOMBRADA
CIUDAD DE LONDRES
EN LA GRAN
BRETAÑA.



LIBRO PRIMERO

Encontrándose en desavenencia Enrique, el invicto rey de Inglaterra, octavo que fuera de su nombre, príncipe dotado de todas las virtudes, con el Serenísimo príncipe de Castilla, Carlos, me envió a título de embajador a Flandes, para tratar del negocio y allanar las divergencias, en compañía del incomparable Cuthbert Tunstall, a que el rey acababa de nombrar Guardián de los Rollos, con gran aplauso de todos. No hace su elogio aquí. Y ello, no porque tema que mi amistad hacía él haga parcial el testimonio mío, sino porque su virtud y su ciencia, son grandes en demasía para que me corresponda aplaudirlos. Tan conocidos son sus méritos y tan brillantes, que hacerlo semejaría que yo quisiera “mostrar el Sol con una linterna”.

En Brujas, tal como se había convenido, encontramos a los que representaban al príncipe en aquella circunstancia. Todos ellos eran hombres eminentes. El jefe y alma de esta delegación era el Gobernador de Brujas, magnífico personaje; Jorge Temsicio, Margrave de Cassel, era su corazón y su portavoz; y su elocuencia menos se debía al arte que a la naturaleza. Notable jurisconsulto, era excelente diplomático por su inteligencia y su experiencia profunda de los asuntos de Estado.

Dos fueron las entrevistas y subsistió el desacuerdo. Partieron ellos a Bruselas, a fin de recibir instrucciones de su príncipe. Entretanto, yo, aprovechando la ocasión, me dirigí a Amberes.

Encontrándome allí, recibí varias visitas, pero ninguna más agradable que las que me hiciera Pedro Egidio, oriundo de Amberes, hombre integrísimo, considerado sobremanera entre los suyos y digno de mayor consideración aún. Creo no conocer joven más sabio ni más delicado que él. A la vez es virtuosísimo y extremadamente culto. Da pruebas de una abnegación tan grande; de un amor, de una fidelidad, de un afecto tan grandes para con sus amigos, que difícilmente hallaría personas a quien parangonarlo. Le adorna una rara modestia; nadie como él rechaza la hipocresía, y en nadie como en él tampoco se hermana la sencillez con la prudencia. Por otra parte, su amable compa-

ña, su alegre afabilidad hicieron que su trato y su conversación hicieran dulce la tristeza que yo sentía al hallarme lejos de mi patria, de mi casa, de mi esposa y de mis hijos, y, en parte, aminoran el deseo de volver a encontrarlos después de cuatro meses de separación.

En cierta ocasión, al salir de la bellísima y muy concurrida iglesia de la Virgen María, donde asistiera a los Oficios divinos, y cuando me disponía a regresar a mi albergue, divisé por casualidad a mi Pedro Egidio en afanado coloquio con un desconocido, de avanzada edad, tez oscura, barba crecida y capa volcada negligentemente sobre el hombro, por todo lo cual juzgué que de un marino debía tratarse.

Pero, al verme, se acercó a mí y me saludó. Iba a responderle yo cuando, llevándome a un lado, me dijo, mostrándome el hombre con quien le viera hablar:

—¿Veis ese hombre? Pues pensaba traerlo directamente a vuestra casa.

—Hubiera sido —contestéle— bien recibido a causa vuestra.

—Si le conocierais, diríais que por él mismo. Nadie como él, entre los vivientes, os podrá hablar de tierras y hombres incógnitos. Y conozco vuestra infinita curiosidad por cuestiones semejantes.

—No he pensado mal —contestéle— porque a primera vista creí que era marino.

—Os equivocasteis aquí —contestóme. Ha navegado, en verdad, pero no como Palinuro, sino como Ulises y aun como Platón.

Rafael, cuyo apellido es Hitlodeo, conoce la lengua latina y es muy docto en la griega. Es mucho mejor helenista que latinista porque dedicóse al estudio de la Filosofía, en la que los latinos no han producido nada importante, excepto algunos escritos de Cicerón y Séneca.

Cedió a sus hermanos la hacienda que tenía en su país —pues es portugués— y unióse a Américo Vespucio debido a su afición de conocer el mundo. Fue compañero constante de aquél en tres de sus cuatro viajes, cuya relación se lee por todas partes. Mas no volvió con él de su última expedición. Al llegar al límite extremo de su navegación. Américo abandonó en un fortín a veinticuatro de sus compañeros, e Hitlodeo logró de Vespucio la autorización de quedarse con ella. Allí quedó pudiendo más su amor a las aventuras que la preocupación de su última morada. Siempre tiene en los labios la siguiente máxima: “El Cielo cubrirá a quien no tenga sepultura.” Y esta otra: “Todos los

caminos llevan hacia los dioses.” Tal manera de pensar hubiérale podido costar cara si un benévolo dios no lo hubiese siempre protegido.

Así que Américo hubo partido, Hitlodeo exploró regiones diversas, acompañado de cinco de sus compañeros del fortín. Con suerte portentosa desembarcó en Taprobana y marchó de allí hacia Calicut, donde encontró, muy a propósito, naves portuguesas que, contra toda previsión, lo condujeron a su patria.

Así que Pedro me hubo explicado todo esto, le di gracias por haberme conseguido, tan amablemente, un coloquio con tal hombre —coloquio que tan útil y agradable había de resultarme— y volvíme hacia Rafael. Mutuamente nos saludamos y dijimos aquellas cosas que se suelen decir al trabar conocimiento. Fuimos luego a mi casa, y allí, en el jardín, sentados en un banco cubierto de musgo, juntos entramos a platicar.

Contónos Rafael cómo, después de la partida de Vespucio, él, con los compañeros que en el fortín quedaron, consiguieron ganar poco a poco, con suavidad y gentiles discursos, la amistad de los habitantes y establecer relaciones con ellos, no sólo pacíficas, sino familiares, y hacerse gratos de cierto príncipe, olvidándome de sus nombres y nación, la liberalidad del cual procuróles todos los medios de transporte y todo lo necesario para continuar su viaje: balsas para atravesar las corrientes de agua, carros para los caminos, y que los confiò también a un guía fidelísimo, que había de conducirlos hasta los otros príncipes, con amigables recomendaciones. Luego de muchas jornadas de viaje, encontraron ricas ciudades y repúblicas bien gobernadas y populosas.

Más abajo del Ecuador, y a ambos lados del mismo, en el espacio que cubre la órbita del Sol, encuéntranse vastas soledades perfectamente tórridas. Todas las cosas tienen allí un aspecto triste y desolado, hórrido e inculto; lo pueblan fieras y serpientes y algunos hombres no menos salvajes, feroces y crueles. Mas, al alejarse del Ecuador, todas las cosas poco a poco se amansan. Es menos áspero el clima, el suelo se cubre de verdor, los animales son menos salvajes. Hállanse por fin, pueblos y ciudades, donde es frecuente el comercio por mar y por tierra, no sólo con las comarcas fronterizas, sino con lejanos países.

Tuvieron entonces los viajeros ocasión de conocer muchas tierras de aquellos países, ya que todas las naves prestas a hacerse a la vela, admitían fácilmente a bordo a Hitlodeo y a sus compañeros. Las naves que encontraron en las primeras regiones que visitaron, tenían plana la

carena; la vela era de papiros o de mimbres y de cuero a veces. Halláronlas después con quillas terminadas en punta y velas de cáñamo, y, finalmente, otras en todo similares a las nuestras. Los marineros eran peritos en el conocimiento del cielo y del mar.

Concilió Rafael sus gracias al enseñarles el uso de la aguja magnética, que desconocían hasta entonces, siendo temerosos del mar, en el cual sólo durante el verano se aventuraban tímidamente. Pero ahora tienen tal confianza en la brújula que no temen el invierno tempestuoso, y se arriesgan más de lo que permite su seguridad real; y es posible que lo que reputaron un bien por imprudencia suya produzca los males mayores.

Resultaría larguísima narración la de las cosas que Rafael contónos acerca de lo que vio en cada uno de los países que visitara. No es este tampoco el propósito de esta obra. Tal vez lo explicaré detalladamente en otro libro, donde expondré lo que útilmente debe ser, como son las leyes y ordenanzas dictadas y observadas rectamente por aquellos pueblos para vivir de la más perfecta manera. Interrogámosle acerca de tales extremos, y él, con toda amabilidad, dio satisfacción a la curiosidad nuestra. Mas ni por un momento nos preocupamos de los rapaces Escilas y Celenos ni de los Lestrigones devoradores de pueblos, ni de los demás portentos de la misma especie, sino de ciudadanos sana y sabiamente gobernados, que es en demasía cosa rara.

Y aun cuando Rafael vio en aquellas tierras recientemente descubiertas muchas instituciones muy poco razonables, en cambio anotó otras muchas en las que puede tomarse ejemplo para corregir los abusos que en nuestras ciudades, naciones, pueblos y reinos prodúcense, de cuyas instituciones, como llevo dicho, trataré en otra parte. Propóngome referir ahora lo que nos contó acerca de las costumbres e instituciones de los Utópicos. Pero debo explicar antes por qué discurso llegamos a tratar de dicho país.

Rafael, con gran sagacidad, observaba los errores que había podido ver por doquier; consideraba lo mejor que viera en ambas partes, y se mostraba tan profundo conocedor de las leyes y costumbres de los diversos países, que toda su vida parecía haber vivido en cada uno de ellos. Maravillado ante semejante hombre, dijo Pedro:

—Ciertamente, amigo Rafael, que me sorprende que no hayáis entrado al servicio de rey alguno, porque seguro estoy de que no hay ninguno a quien no fuerais inmediatamente grato, ya que sois idóneo

para agradarle con la presencia vuestra y con vuestro conocimiento de los hombres y de los países, para ayudarlo con vuestros consejos e instruirlo con ejemplos numerosos. Así obtendríais un alto cargo, a la vez que podríais ayudar a los vuestros.

—En cuanto atañe a los míos —respondió— no tengo ninguna preocupación, ya que creo no haber cumplido hacia ellos mal mis obligaciones. Los demás hombres no renuncian a sus bienes hasta que se sienten viejos y enfermos, y aun sólo lo hacen así cuando de ellos ya no pueden usar. Siendo yo todavía joven y estando sano, repartí los míos entre mis parientes y amigos, y creo que estarán satisfechos de tal benevolencia mía y no esperarán ni exigirán después que me entregue por mí mismo a un rey en esclavitud.

—Estas son bellas palabras —dijo Pedro—. Pero yo no pretendo que os esclavicéis.

—No veo diferencia grande entre servir y esclavizarse —respondió Rafael.

—Pienso —replicó Pedro— que cualquiera que sea el nombre que a este oficio deis, es el mejor camino para emplear vuestro tiempo de manera que algo útil realicéis para los individuos y para la Sociedad, a la vez que mejoréis la condición vuestra.

—¿Más feliz yo —dijo Rafael— mediante un procedimiento que a mi temperamento repugna? Vivo ahora como me agrada, de manera tal que sospecho que poquísimos purpurados alcanzan tal libertad. ¿Aún no es suficiente el número de los que aspiran a ser amigos de los poderosos? Supongo, pues, que no será muy lamentable que entre ellos no nos contemos yo y otro también.

Entonces díjele:

—Claramente puedo ver, señor Rafael, que no ambicionáis ni riquezas ni poder; y no respeto yo ni estimo menos a un hombre como vos que a los grandes de la Tierra. Mas debo deciros que obraríais de acuerdo con vuestro temperamento generoso y filosófico si, al sacrificar vuestro bienestar personal, consagraseis la inteligencia vuestra, y también vuestra actividad a los negocios públicos, lo que podríais hacer con gran fruto ingresando al Consejo de algún príncipe, donde estoy seguro que vuestros juicios, siempre serían honrados y rectos. Muy bien sabéis que el poder de un príncipe es como una fuente de donde continuamente manan sobre su pueblo los bienes y los males todos. Ciertamente, hay en vos una ciencia sin experiencia y una experiencia

sin ciencia, tan grandes que seríais un excelente consejero de rey cualquiera.

—Doblemente os equivocáis, amigo Moro —respondióme—, acerca de mi persona y de la cosa en sí misma. Ni las virtudes que me atribuí poseo, ni —acaso de tenerlas y de renunciar a mi tranquilidad— servirían para negocios de Estado. En primer término, porque los príncipes prefieren los asuntos militares (de los cuales nada sé ni saber deseo), a las artes benéficas de la paz, y más se preocupan de conquistar, por buenas o malas artes, territorios nuevos, que de gobernar rectamente los que ya poseen. También, porque los consejeros de los reyes, o carecen de inteligencia o bien tienen tanta que aprobar les impide las ajenas opiniones, salvo cuando se trata de apoyar y aplaudir las más absurdas, cuando proceden de aquellos por los cuales, aplaudiéndolos, esperan obtener el favor del príncipe. ¡Cuán cierto es que la Naturaleza a todos los hombres dio la estimación de sus propias obras! Es así que su polluelo sonríe al cuervo y gusta su pequeñuelo a la mona.

En compañía semejante, donde unos desprecian las opiniones ajenas y los demás valoran sólo las propias, si alguien propone como ejemplo a seguir lo que leyó que se hiciese en otros tiempos o lo que vio en extranjeras tierras, halla que los que le entienden proceden como si con ello hubieran de perder su reputación de prudencia, y como si después hubieran de ser tenidos aun por imbéciles, a menos de demostrar el error en la opinión ajena. Si les fracasan todos los argumentos, echan mano de su último recurso: “Nuestros padres —arguyen— gustaban de así hacerlo. ¿Pretenderemos nosotros llegar a igualar su sabiduría?” Y dicho esto, que les parece un maravilloso argumento, siéntanse nuevamente. Como si fuera un enorme peligro que en alguna cuestión un hombre resultara más sabio que sus antepasados. Nosotros también, que permitimos que las mejores y más sabias leyes por ellos dictadas queden sin ser observadas, cuando se trata de mejorarlas, nos aferramos a ellas y hallamos infinitos defectos en lo que se propuso. He topado en muchas ocasiones con semejantes juicios orgullosos, absurdos y morosos en países diferentes, y hasta en la misma Inglaterra en cierta ocasión.

—¿Os hallasteis, pues, una vez entre nosotros? —preguntéle.

—Ciertamente —me respondió— y por varios meses, poco tiempo después de aquella revuelta en que los ingleses del Oeste se lanzaron

en una guerra civil contra el Rey, guerra que terminó con la matanza miserable de los sublevados. En el ínterin debí favores al reverendísimo Padre John Morton, cardenal-arzobispo de Canterbury, y en aquel entonces lord canciller de Inglaterra, hombre maese Pedro (porque Moro bien sabe lo que voy a deciros), nó menos venerable por su autoridad que por su prudencia y su virtud. Tenía talla mediana, y aunque de edad avanzada, manteníase erguido. Su rostro, sin ser severo, inspiraba respeto. Era en el trato, amable, y se mantenía serio y grave. Gustaba probar a los solicitantes con palabras un tanto rudas, aunque nunca ofensivas; apreciaba en esa forma el temple de su alma y su presencia de ánimo; aquellos que daban prueba de cualidades semejantes a las suyas, sin impudencia, agradábanle y les favorecía, considerándolos por ello idóneos para dirigir las cosas públicas. Tenía palabra elegante y persuasiva; su ciencia jurídica, profunda; era sin par su inteligencia; su memoria, prodigiosa. El ejercicio y el estudio habían perfeccionado aquellas cualidades que por naturaleza poseía.

Encontrándome allí, el Rey parecía hacer gran caso de sus consejos, y era tenido como uno de los soportes mejores del Estado. Trasladado, a edad temprana, del colegio a la Corte, mezclado durante toda su vida en los más importantes negocios, habiendo conocido las vicisitudes de la fortuna, en medio de tantos y tan graves peligros, adquirida aquella experiencia de la vida que cuando se posee fácilmente no se pierde.

El azar quiso que cierto día, mientras yo me sentaba a su mesa, se hallase presente cierto laico gran conocedor de las leyes del reino vuestro. Ignoro en qué ocasión se puso a alabar con gran complacencia los rigores de la justicia que contra los ladrones se ejercía. Decía que había visto colgar con frecuencia hasta veinte de ellos en una misma horca; y, con gran vehemencia, añadía que se preguntaba —ya que tan pocos eludían el suplicio—, cuál sería la mala suerte que obligaba a tanta gente a cometer sus robos. Entonces yo (que podía hablar con toda libertad ante el Cardenal), le respondí: “No me asombra. Es excesiva la pena de muerte como castigo de hurto, y contraria también al interés público. Resulta cruel en demasía para castigar el hurto, y no resulta bastante para evitarlo. El simple robo no es tan gran delito que deba pagarse con la muerte, y ninguna pena será suficientemente dura para evitar que roben los que carecen de otro medio de no morir de hambre. Procedéis en esto —y os imita en ello buena parte del mundo— como

los maestros malos, que prefieren azotar a sus discípulos en vez de darles instrucción. Los ladrones hállese destinados a sufrir un suplicio horrible y cruel. Mejor valdría asegurar a cada uno su subsistencia de modo que nadie estuviera obligado por necesidad, primero, a robar, y luego a ser ahorcado". "Se ha visto esto —me respondió—. Existen las artes mecánicas, la agricultura, que les dejarían ganarse la vida si espontáneamente no se inclinasen al mal." "No escaparéis tan fácilmente —repliqué yo—. Prescindamos de los soldados que a la casa regresan mutilados, a consecuencia de una guerra con el extranjero o civil. Y ¡cuántos existen que perdieron un miembro al servicio del Rey y de la Patria, en las guerras de Francia antes y en las de Cornualles por último! Sus enfermedades les impiden volver a su antiguo oficio, y su edad aprender otro nuevo. Lo repito. No hablemos de tales; las guerras sólo se suceden con espacios más o menos pronunciados. Contemplemos, en su lugar, lo que cada día no deja de acontecer. Son los nobles aun numerosos, que no se contentan, viviendo ociosos, gozando del trabajo de los demás, sino que esquilman a sus colonos para aumentar las renta de sus tierras, porque no conocen otra economía y además son pródigos hasta el punto de arriesgarse a quedar reducidos a pedir limosna. Se hallan rodeados también de una turba incontada de perezosos que nunca tuvieron oficio alguno de que vivir. Éstos, al morir su amo o cuando enferman, son arrojados fuera de la casa, porque se prefiere mantener a ociosos que a enfermos. A veces, también, el heredero del difunto no puede sostener la servidumbre que sostenía su padre. Dicha gente moriría sencillamente de hambre si no robara. ¿Qué podrían hacer si no robasen? Mientras vagabundeaban en busca de empleo gastaron su salud y sus ropas. Cuando la enfermedad los desfiguró y sus ropas no fueron más que harapos, los señores no se dignaron ni ocuparlos, ni tampoco les dieron trabajo los rústicos, porque éstos saben que aquel que vivió en el lujo, la molicie y la pereza, que sólo se halla acostumbrado a ceñir la espada y a llevar el broquel, a mirar con altanería a su alrededor, a despreciar a todo el mundo, jamás será capaz de manejar la azada y no se contentará con un salario y una comida reducidos, sirviendo a un pobre labrador." A esto me respondió mi interlocutor: "Los hombres de clase semejante, deben ser protegidos en particular. Más animosos y excelentes que los artesanos y campesinos, en ellos reside precisamente la fuerza y el vigor del ejército al estallar una guerra." "Perfectamente —respondíle—. Podráis decir, con

igual fundamento, que con vistas a la guerra debería protegerse a los ladrones. Mientras subsistan tales como los que habláis, no dudéis que jamás faltarán ladrones. Diré más: ni los ladrones son combatientes malos, ni los soldados los ladrones más tímidos, tanta relación hay entre ambas profesiones. Este vicio, por muy difundido que esté en Inglaterra, no es propio de ella, sino común a la mayor parte de los países. Francia se ve asolada por una plaga, más pestilente todavía. Todo el país se encuentra enteramente cubierto de soldados y como sitiado, aun en tiempos de paz, si tal podemos llamar paz a estado semejante. Y esto se justifica por igual causa que esa que os lleva a mantener ociosos. Porque los locos aquellos creen que el bienestar del país sólo puede ser garantizado por la presencia de un ejército numeroso y fuerte, constantemente en pie de guerra, y en su mayor parte integrado por veteranos, ya que no confían en los novicios. Y hasta parece que buscan la guerra para tener ejercitadas las tropas, no siendo estas humanas carnicerías las que evitan que (tal como dijera Salustio), “las manos y el ánimo se entorpezcan con la inacción”. De cuán pernicioso resulte mantener tal especie de fieras, apréndelo Francia en sus desgracias, y los Romanos, los Cartagineses, los Sirios y numerosas otras naciones lo atestiguan claramente. Porque no sólo el Imperio, sino también los campos y aun mismo las ciudades fueron destruidas por los ejércitos permanentes. Aparece, pues, claramente, la falta de necesidad de tal permanencia al ver que los franceses, adiestrados desde su juventud en el manejo de las armas, al enfrentarse con los ingleses, no pueden vanagloriarse de haberlos vencido con frecuencia, y no insistiré sobre ello para que los presentes no me tilden de adulador. Ni los artesanos de las ciudades, ni los rudos y toscos campesinos deben sentir temor alguno de aquellos holgazanes, criados de los nobles, a no ser que su impotencia física les privara de valor o que la miseria haya quebrantado sus energías. No hay, entonces, peligro alguno que temer; aquellos hombres de cuerpo sano y fornido —porque los nobles, para corromperla, buscan únicamente gente selecta y escogida— en vez de aprender un oficio útil, de habituarse en trabajos viriles, consúmense en la inacción, se debilitan en ocupaciones femeninas, afeminándose. Ciertamente, de cualquier modo que se miren las cosas, no me parece que pueda tener un interés general mantener una multitud enorme de esta clase, que infesta la paz, solamente para el posible evento de una guerra que no tendréis si no la quisiereis. Merécese la paz que le

prestemos tanta atención como a la guerra. Pero todo esto no es la causa sola explicativa de por qué existen necesariamente tantos bribones. Existe otra, y mayor, según creo, peculiar de vuestro país.” “¿Cuál es?” —preguntó el Cardenal—. “Las ovejas —contesté—, vuestras ovejas, que tan dulces suelen ser y que exigen tan poca cosa para su alimentación ahora —según oí decir—, muéstranse tan feroces y tragonas que hasta engullen hombres, y despueblan, destruyen y asolan campos, casas y ciudades. En realidad, en todos los lugares del reino donde se obtiene la más fina lana, y por consiguiente la más preciosa, los señores, los caballeros y hasta los santos varones de los abades, no se contentan con las rentas y gabelas que sus antecesores solían obtener de sus dominios, y no satisfecho de vivir muelle y perezosamente, sin ser en forma alguna útiles a la sociedad, precisa que la perjudiquen; no dejan parcela alguna para el cultivo; todo se reserva para los pastos. Abaten las casas, destruyen los pueblos; y si respetan las iglesias es, sin duda, porque usan todo como establos para sus ovejas. Y como si poca tierra no se perdiese en bosques y cotos, dichos excelentes varones transforman en desiertos las habitaciones y todo lo que fue cultivado. Para que un devorador insaciable, peste y plaga de su patria, pueda encerrar, pues, en un solo cercado algunos miles de acres de pastos, muchos campesinos vense privados de sus bienes. Éstos, por fraude, aquéllos, expulsados violentamente o hartos ya de tantas vejaciones, vense obligados a vender lo que poseen. De todos modos, esos malhadados hombres y mujeres, maridos y esposas, huérfanos, viudas, emigran, llevando los padres a sus pequeños. Dichas familias son más numerosas que ricas, ya que la tierra exige el trabajo de numerosos brazos. Sí, todos emigran, abandonando sus hogares, los lugares donde vivieron, y sin saber en qué sitio refugiarse. Sus ajuares, que no podrían vender muy caros, aun cuando hubiese la posibilidad de encontrarles comprador, se ven obligados a cederlos por vil precio. Helos, pues, errantes, carentes de todo recurso. Quédales solamente el de robar y ser colgados con todas las reglas, o el de vagabundear pidiendo limosna. En este último caso métenlos en la cárcel, ya que son vagabundos sin trabajo. Nadie, en realidad, quiere aceptar sus servicios, aunque los ofrezcan de buena voluntad. Dado que el único oficio que conocen es el de labrador, no puede utilizárseles donde no se sembró. Porque un solo zagal, un pastor únicamente, basta para apacentar los rebaños en una tierra que exigía muchos brazos cuando se encontraba sembrada

y cultivada. Y por esta misma causa, la vida encareció en muchos lugares. Como subió el precio de las lanas, los pequeños artesanos que, en vuestro país, solían con ella hacer paños, no pueden comprarlas ahora, por lo que muchos han de abandonar su oficio y convertirse en inútiles. Y después de dicha multiplicación de los pastos, una epizootia disminuye el número de ovejas, como si Dios hubiese querido castigar con esta peste en sus rebaños la codicia de tales gentes, aunque más justo hubiera sido que la descargara sobre sus propias personas. Así, aunque se agrande el número de las ovejas, no disminuye su precio. La venta de las lanas, aunque no se halla monopolizada, vale decir, concentrada en manos de uno solo, por lo menos se encuentra “oligopolizada”, acaparada por un grupo reducido de personas, precisamente de aquellos ricos que no tienen ninguna necesidad de vender antes del momento que ellos escogen, y que consienten hacerlo solamente cuando el precio les conviene. Todas las restantes especies de ganado se han encarecido también por la misma razón y en mayor proporción aun, ya que, destruidas las granjas y la agricultura, nadie ocúpase ahora en su cría. Y los ricos no se afanan por la reproducción del ganado bovino como de la de sus ovejas; lejos van a comprar por un vil precio animales flacos, que engordan en sus prados, y los revenden luego excesivamente caros. Creo yo que todavía no se han sufrido todos los inconvenientes que de ello se derivan. La carestía no se ha hecho sentir hasta ahora sino en los lugares donde se realizaban las ventas. Pero en cuanto hayan sacado de todas partes más ganado del que se puede criar, se producirá una disminución en el número de los animales, y el país sufrirá una carestía grande. De manera que por la codicia irracional de unos pocos, lo que parecía causa de la fortuna de la isla vuestra, será su ruina. El encarecimiento de la vida es origen y motivo de que todos despidan el número mayor posible de sus criados. Y éstos, ¿qué harán, entonces? Mendigar o echarse a robar, cosa que fácilmente aceptan muchos espíritus débiles. A tal carestía a tales miserias, añádense los lujos inoportunos. Los criados que sirven a los nobles, los artesanos y los mismos campesinos aun, todas las clases sociales, muestran un insolente lujo en sus ropas, en sus comidas. Los lupanares, las tabernas y los juegos de azar, los naipes, los dados, la pelota, los bolos, que rápidamente vacían las bolsas de sus devotos y los encaminan al robo. Alejad de vuestra isla estas perniciosas calamidades, decretad que quienquiera que haya destruido pueblos o gran-

jas los reconstruya o que, cuando menos, permita que los reconstruyan quienes lo deseen. Poned término a las maquinaciones de los ricos, impedid que ejerzan especie semejante de monopolio. Reducid el número de los ociosos, haced revivir la agricultura, cread manufacturas de lana, para que así nazca una industria honesta en la que pueda hallar ocupación esa turba de los haraganes, tanto los que la miseria llevó ya al robo, como los vagabundos y criados sin oficio, que a punto se hallan de convertirse en ladrones. Si semejantes males no se remedian, no elogiéis la justicia que tan bien sabe reprimir el robo, dado que sólo es apariencia y no es equitativa ni útil. Dejáis que den a los niños una detestable educación, y sus costumbres se corrompen ya desde sus más tiernos años. ¿Es necesario, pues, que los castigemos, cuando llegan a la virilidad, por crímenes que su infancia hacía prever? ¿Qué otra cosa hacéis de ellos sino ladrones, a los que castigáis después?”

En tanto yo hablaba, el elocuente jurisconsulto preparaba su respuesta de acuerdo con el método típico de aquellos ergotistas que repiten en lugar de responder, y que en buena parte deben a su memoria las alabanzas que reciben. “Bien hablasteis —díjome—, para ser quien, por extranjero, no puede apreciar los hechos, que en manera indirecta y sólo de oídas conoce. Os lo expondré en forma clara y breve. Pero resumiré ordenadamente antes vuestras afirmaciones, haciéndonos ver luego a qué extremos os indujo a error vuestra ignorancia de las cosas de nuestro país; aniquilaré y haré luego polvo vuestros argumentos. Tal es, en primer lugar, mi exordio. Paréceme que habéis distinguido cuatro partes...” “Callaos —díjole el Cardenal—. Principio tal nos promete una respuesta que no será breve. Así pues, os dispensamos por ahora de ella y os reservamos el trabajo para vuestra entrevista próxima, que desearía que tuviese efecto mañana, si nada os lo impide a vos y a Rafael. Pero, entretanto, amigo Rafael, quisiera que nos dijerais por qué, según vuestro juicio, el robo no debe ser castigado con la pena capital y qué otro castigo más adecuado al interés público habría de imponerse a ese delito. Porque me imagino que no creeréis que deba ser tolerada falta semejante. Y si hoy vemos hombres que no vacilan en robar, aun sabiendo que desafían la muerte, ¿qué temor, qué fuerza sería capaz de detener a los malhechores cuando supieran que su vida no corría peligro? No dejarían de considerar, además, aquella mitigación de la pena como una incitación al mal.” Me siento completamente convencido, padre benignísimo —respondí—, que es altamente injusto

privar de la vida a un hombre porque haya robado dinero. Dudo que todos los bienes de este mundo valgan una sola existencia humana. Y a la persona que me diga que la pena puede vengar la ley violada y no el dinero perdido, he de responder que el derecho absoluto es también la absoluta injusticia: *Summum Jus, Summa Injuria*. La severidad de los decretos manlianos no es tan admirable que sea menester desenvainar la espada por una pequeñez. No se pretende aplicar los principios de los Estoicos que, al colocar todas las faltas a un mismo nivel, juzgan inútil el distingo entre el asesino y el robo, entre los que (si la equidad tiene algún valor), no existe ni analogía ni semejanza algunas. Dios prohibió matar, ¿y hemos de matar tan fácilmente porque se ha robado una monedilla? Tal vez se interpretara esta divina prohibición del asesinato como no extensible a los casos en que la ley dictada por la sociedad humana prevé la última pena. Pero, en ese caso, ¿qué impediría a los hombres justificar por medio de leyes la violación, el perjurio y el adulterio? Dios prohíbenos no sólo quitar la vida a nuestros semejantes, sino que nosotros mismos nos la quitemos; y ¿podríamos acordar legítimamente nuestra degollación mutua, basándonos en cualquier fórmula? Y tales fórmulas, ¿habrían de tener un valor que haría que aquellos que las aplicasen, a pesar del precepto divino, pudieran escapar del castigo celestial, y que tuvieran el derecho de hacer perecer a todos aquellos que estuviesen condenados por humano veredicto? En dicho caso, la justicia de Dios reinaría únicamente en lo que permitiera la humana justicia, y, finalmente, deberían ser los hombres quienes habrían de decidir en cada caso en qué medida sería conveniente cumplir con los mandamientos divinos. En la propia Ley de Moisés, ineluctablemente y dura como era —se hizo para esclavos bien tozudos—, se castigaba el robo únicamente con una multa, y no con la última pena. No vayamos a suponer que Dios, en su nueva ley de clemencia, como de padre que a sus hijos manda, nos dé una libertad mayor para destruirnos mutuamente. He aquí por qué causa es que creo que no es lícito aquéllo. Por otra parte, nadie ignorará cuán absurda y peligrosa también para el Estado es la equiparación de las penas para el robo y el crimen. Cuando el ladrón sabe que el riesgo que corre es igual si robó que si cometió un homicidio, vese incitado a hacer desaparecer a aquel que, en otro caso, sólo sería despojado; ya que, si se le detiene, el peligro de ser ahorcado es el mismo, mientras que el asesinato, mayor seguridad le ofrece; puede confiar en que el crimen quedará

oculto, al suprimir el posible testigo. Y, en tal forma, en vez de contener a los ladrones con la aterradora imagen del castigo, los impulsamos al crimen. Si me preguntáis cuál sería el más conveniente castigo, responderé que, a mi modo de pensar, no es más difícil de encontrar que el peor. ¿Por qué dudar, entonces, de la eficacia del castigo durante tantos siglos admitido por los romanos, que fueron los más peritos en materia de gobierno? Los grandes criminales eran condenados en Roma a la esclavitud, a trabajos forzados en minas y canteras. Respecto a esto, en ningún pueblo observé nada que, en mi opinión, se pueda comparar a lo que he visto, durante mis viajes por Persia, entre los llamados comúnmente *Polileritas*, cuya población no es escasa y posee excelentes instituciones de gobierno. Únicamente observan sus propias leyes y son independientes, a reserva de un tributo anual que oblan al rey de los Persas. Su territorio, aislado del mar, hállase rodeado de montañas. La tierra, de buena calidad, produce frutos con los cuales se satisfacen. No abandonan su territorio, ni los demás van al suyo. Fieles a las tradiciones del país, no se preocupan de agrandar sus fronteras. Sus montañas, lo mismo que el tributo que pagan al extranjero, los ponen fácilmente a salvo de toda agresión. Hállanse exentos de todo servicio militar. Viven, no en el esplendor sino en un honesto bienestar, y son más felices que nobles e ilustres. Me parece que su nombre sólo es conocido de sus vecinos más próximos. Entre los Polileritas, un individuo que ha sido convicto de robo se halla obligado a restituir a su propietario, y no al príncipe, como ocurre en otros países, el objeto robado, ya que opinan que el príncipe no tiene más derecho sobre él que el ladrón mismo. Si la cosa robada perece, calcúlase su precio, y se saca de los bienes del ladrón; el exceso devuélvese a la esposa de éste, que es condenado a trabajos públicos. Y mientras el robo no se halle acompañado de circunstancias agravantes, no es el ladrón encarcelado ni cargado de cadenas, y libre y sin obstáculos puede dedicarse a trabajos de pública utilidad. Los que se niegan a trabajar o lo hacen con holgazanería, son obligados a ello, no con cadenas, sino a golpes. Aquellos que dan prueba de buen ánimo al trabajar, no son maltratados; se les encierra solamente en los dormitorios durante la noche, después de haberse pasado lista. No soportarán otra cosa que el trabajo constante, y son bien alimentados. Aquellos que trabajan para el Estado, son mantenidos a costa del erario, por procedimientos variados. Ocurre, por ejemplo, que el producto de las

limosnas a veces se aplica a tales atenciones; recurso que acaso parezca precario, pero que, por ser el pueblo muy misericordioso, resulta más que abundante. En otros lugares impónese a tal fin un tributo especial. En otras regiones, los condenados no son destinados a los trabajos públicos. Cualquier particular que precise de jornaleros, los alquila por días, mediante un jornal algo menor que el de la mano de obra libre, y además tiene el derecho de apalea a los haraganes. En esa forma, los condenados nunca carecen de trabajo, y obtienen lo que les es necesario para vivir; el exceso ingresa en el erario público. Todos llevan un vestido del mismo color, y no les cortan el pelo, salvo en la parte de la cabeza encima de las orejas, a una de las cuales se le ha cortado el lóbulo. Todos pueden recibir alimentos de sus amigos, y también bebidas, un vestido del color prescrito; pero un regalo en dinero acarrea consigo la muerte del que lo hace y de quien lo recibe. Igual castigo alcanza al hombre libre que, bajo cualquier motivo, acepta dinero de manos de un esclavo (así llaman a los condenados), y al esclavo que toca armas. Cada región marca a sus esclavos con una señal especial, y el intento de su desaparición es castigada con la muerte, así como el hecho de haber sido visto más allá de las fronteras del distrito, y también vérselo hablando con un esclavo de otro distrito. Una tentativa de fuga no es menos peligrosa que la evasión misma. El que se hace cómplice de semejante intento, pierde la vida si es esclavo; la libertad, en caso de ser libre. Prémiense las denuncias: al libre, con dinero; al esclavo, con la libertad. Si el denunciante fuese uno de los cómplices, recibe el perdón de su delito. Por ello es preferible arrepentirse a tiempo antes que perseverar en una mala intención. Tales son los principios y las leyes de aquel pueblo. Fácil es ver en qué forma la humanidad se une a la preocupación por el público interés; si la ley obra para la destrucción del vicio, se conserva a tales hombres, que son tratados de tal manera que vuelven a ser honrados y durante el resto de su vida reparan el mal que precedentemente hicieran. Y no parece que tales condenados vuelvan a sus antiguos hábitos. Hasta los mismos viajeros desconfían tan poco de ellos, que llegan a elegirlos como guías de una a otra provincia, cambiándolos al llegar a los límites de cada una. Nada permite al esclavo la comisión de un robo; se encuentra inermes, el dinero denunciaría inmediatamente su falta. Si se le captura le espera el castigo; no tiene ninguna esperanza de huir. Y, además, ¿cómo habría de ocultar su fuga un hombre

cuyo vestido le distingue de los otros? Si huyese desnudo, le denunciaría la oreja cortada. Tampoco es de temer que tales esclavos puedan conspirar contra el Estado. Para ello sería necesario haberse puesto en contacto y haber intentado arrastrar a los esclavos de más de una provincia. No es cosa fácil una conspiración para gentes que no pueden reunirse y a quienes ni les está permitido siquiera conversar entre sí ni saludarse. Y, ¿cómo osarían confiar a sus amigos un proyecto semejante? Conocen de sobra los peligros de guardar un secreto y las ventajas de la delación. Esperan, en cambio, recobrar todos su libertad algún día, mostrándose obedientes y resignados, ofreciendo en lo futuro garantías de una vida honrada. Y en realidad, no pasa año sin que algunos esclavos sean dejados en libertad en recompensa de su docilidad.”

Terminaba de decir esto, y me hallaba a punto de añadir que no me explicaba por qué tal sistema no podría aplicarse en Inglaterra, con muy superior resultado al que obtenía aquella justicia tan entusiásticamente elogiada por el célebre jurisconsulto, cuando éste volvió a replicarme: “Jamás se podría aplicar entre nosotros método semejante sin hacer peligrar el Estado.” Y, al decir así, movió la cabeza y mordióse los labios. Después calló. Todos los presentes aprobaron sus palabras. “No es cosa fácil —dijo el Cardenal—, saber si se terminarán los delitos al suprimir la última pena o si sucederá lo contrario. No obstante, si el príncipe, después de dictarse la sentencia, postergase la ejecución, podría intentarse la prueba del sistema a condición de abolir los privilegios que son inherentes a los lugares de asilo. Si tal sistema diese buenos resultados, sería prudente su adopción. En otro caso, no se tendría más trabajo que el de llevar los presos al suplicio. Tal procedimiento no sería más pernicioso para el interés público, ni menos equitativo, que la ejecución inmediata de la sentencia, y la suspensión no ofrecería ningún peligro. También me parece que podría aplicarse el sistema, sin inconveniente alguno, a los vagabundos, contra los cuales hasta ahora se han dictado tantas leyes, sin positivo resultado.”

Así que el cardenal terminó de expresar tales opiniones, todos las alabaron, aunque poco antes las desaprobaban cuando yo las expuse; y más aún las referentes a los vagabundos, que el cardenal las añadiera.

No sé si más valiera silenciar lo que siguió, pues fue más bien ridículo; sin embargo, también lo contaré, pues no es cosa mala y tiene no poca relación con el tema que tratamos.

Se encuentra allí cierto parásito que quería imitar a un bufón, y lo hacía tan adecuadamente que era un bufón verdadero. Se empeñaba en provocar la risa, y por lo general reían más de él que de lo que decía. Con todo, escapábasele de vez en cuando, expresiones que no eran totalmente necias, como para confirmar el proverbio aquel: "Quien dispara, llega a dar en el blanco." Manifiesta uno de los convidados en aquel momento, que ya que en mi discurso había encontrado solución al problema de los ladrones y el Cardenal se había ocupado de los vagabundos, faltaba únicamente hallar un buen remedio que favoreciese a aquellos a los que la enfermedad y la vejez impedían ganarse la vida con su trabajo. Y a esto repuso el bufón: "Dejadlo para mí; veréis cuán bien resuelvo el problema. Mi mayor deseo es apartar de mi vista el espectáculo de gente semejante. Frecuentemente me molestaron sus lágrimas y gemidos para sacarme dinero, sin que hasta ahora consiguieran de mí ni un centavo. Acontécame siempre una de estas dos cosas: o no quiero darles dinero, o lo quiero dar y no puedo porque no lo poseo. Ya empiezan a conocerme, me dejan partir, y al verme pasar, callan para no perder tiempo. Bien saben que de mí no pueden esperar más que de un sacerdote. Por lo tanto, decreto lo siguiente: todos los mendigos serán repartidos entre los conventos de benedictinos, para que allí los conviertan en lo que los frailes conocen como legos; ordeno que todas las mujeres sean monjas."

Sonrióse el Cardenal y aprobó la broma; y los restantes también la aprobaron, pero como cosa seria.

Cierto teólogo, a quien tales dichos acerca de los frailes y los curas, pusieran de buen humor, empezó también a bromear sobre el mismo tema, a pesar de su temperamento grave y melancólico hasta la hipocondría. "No terminaréis con los mendigos —dijo—, si también no os preocupáis de nuestro bienestar, del de los frailes." "¿Por qué? —repuso el parásito—; ¡si la cuestión ya resuelta está! El Cardenal ya se ocupó de vosotros al aconsejar la reclusión y los trabajos forzados para los vagabundos. ¿Y no sois vosotros los vagabundos mayores del mundo?"

Al terminar el bufón estas palabras, todas las miradas volviéronse hacia el Cardenal, que pareció no tener nada que agregar. Todos se apresuraron entonces a reír, salvo el fraile, que, herido en lo vivo por lo que dijera el parásito —y no era de extrañar—, se indignó y enfadó de tal modo que no pudo contener las invectivas, llamándole villano,

maldiciente, vagabundo, escandaloso e hijo de perdición, mezclando con las injurias las imprecaciones más terribles sacadas de las Sagradas Escrituras. Empezó entonces el bufón a chancearse, y se movía bien en la palestra. “No os irritéis, hermano —expresó—. Se halla escrito, *in patientia vuestra possidebitis animas uestras*”. Y respondióle el fraile (y cito textualmente sus palabras: “No estoy airado, sinvergüenza, o no peco, por lo menos, ya que el Salmista dijo: *Irascimini et nolite peccare*”).

Suavemente amonestó el Cardenal al fraile para que moderase sus ímpetus. “Pero, Monseñor —dijo éste—, si hablo así es a causa del celo que me domina, y porque tal debo hacerlo. Los mismos santos conocieron estos furores, por lo que se dice: *Zelus domus tuæ comedit me*, y en las iglesias cántase: *Irrisores Helizei, dum conscendit domum dei, zelus calui sentiunt*, como lo sentirá, indudablemente, este desvergonzado.” “Loable es tu intención, sin duda alguna —díjole el Cardenal—, pero pareceme que sería una actitud tal vez más santa y más prudente siempre, el evitar una discusión ridícula con un hombre ridículo y necio.” “No, Monseñor —repuso el fraile—; no sería más prudente obrar de tal guisa. Hasta el mismo sapientísimo Salomón dijo: *Responde stulto secundum stultitiam eius*, y yo así lo he hecho ahora, demostrando a este necio en qué abismo caerá si no trata de evitarlo. • Y si aquellos que se burlaban de Eliseo, que era solamente un hombre calvo, sintieron la ira del calvo, ¿cómo no ha de sentirla éste mayor, que se burla de tantos frailes, entre los cuales muchos hay calvos? Y, además, una bula papal tenemos, por virtud de la cual, los que se burlaren de nosotros serán excomulgados.” Al ver el Cardenal que la cosa no llevaba miras de terminar, con un gesto despidió al parásito y prudentemente desvió la conversación. Poco después, levantóse de la mesa y nos despidió para dar audiencia a sus protegidos.

Ya veis, amigo Moro, cuán largamente os molesté con mis palabras. Me avergonzaría de haber hablado tanto tiempo ~~si~~ no fuera porque lo hacía a vuestras instancias y porque me pareció que escuchabais mi narración como si no quisierais perder ni palabra de ella. Hubiese podido ser más breve, pero, no obstante, preferí contar toda la historia, para insistir sobre el carácter de los comensales. Comenzaron despreciando mis palabras, pero se pusieron a alabarlas cuando observaron que el Cardenal no las hallaba desacertadas; y tan grandes aduladores fueron, que con estrépito aprobaban los dichos de un bufón, tomándo-

los en serio, mientras su propio amo los aceptaba únicamente por chanza. Y ahora, ¿creeréis acaso que los cortesanos me estimarían y estimarían mis consejos?

—Amigo Rafael —le dije—, me satisfizo mucho el escucharos. Vuestras palabras, al propio tiempo, son amables y llenas están de prudencia. Créíme no solamente en mi país, sino en el palacio mismo del Cardenal, cuyo retrato trazasteis tan bellamente, palacio en que fui educado durante mi infancia. Mucho os apreciaba, Rafael; pero imaginaros no podéis cuánto más caro me sois ahora, al evocar el recuerdo de aquel hombre a quien favorecéis tan bellamente. Mas, no cambia mi opinión acerca de vos. Prosigo considerando que si no odiais tanto las Cortes de los príncipes, vuestros consejos allí podrían resultar utilísimos al bien público. Ningún deber os obliga tanto como éste. Al cumplirlo, obraríais como un buen ciudadano. Ya sabéis cuál es la opinión de vuestro amado Platón: sólo serán felices los pueblos del porvenir cuando los filósofos se conviertan en reyes, y a la inversa, los reyes en filósofos. ¡Cuán lejana se halla aún tal felicidad, si los filósofos no se dignan asistir a los reyes con sus consejos!

—Tan malos no son los filósofos y de buen grado consentirían en hacerlo. Muchos ya lo hicieron en sus libros. Si los que gobiernan los Estados se hubiesen preparado para ello, seguir podrían sus consejos. Pero Platón previó perfectamente que los reyes, a menos fueran filósofos, no se hallan en situación de acatar los consejos de los sabios, ya que sus almas se encuentran impregnadas de falsas ideas desde la infancia y pervertidas por ellas. El mismo Platón así lo experimentó al lado de Dionisio. Si propusiese yo sabias medidas en la Corte de cualquier monarca, si tratara de extirpar de su reino los gérmenes de los males más graves, ¿no creéis que sería expulsado o convertido en objeto de burlas y oprobios?

Imaginad que me hallase junto al rey de Francia y que formara parte de su Consejo, donde secretamente el rey preside en persona las deliberaciones de sus más sutiles políticos. Se debaten cuestiones de importancia: por medio de qué combinaciones, qué intrigas se conservará Milán, cómo será posible retener la amistad de aquel reino de Nápoles, que siempre se escapa, o destruir la República de Venecia; cómo ha de someterse a Italia entera; finalmente, cómo han de agregarse a la Corona Flandes, Brabante y toda la Borgoña, sin contar otros Estados que mentalmente sufren invadidos. Propone uno concertar con

los venecianos un Tratado, que durará tanto como fuere oportuno, y comunicarles el plan de los franceses, consistente en cederles parte del botín, que luego será recobrado cuando el negocio haya terminado satisfactoriamente. Otro aconseja, entonces, reclutar alemanes; un tercero, sobornar a los suizos. La opinión de éste es apelar al dios imperial por medio de un sacrificio de oro acuñado. La de aquél, que no sería inútil entrar en arreglos con el rey de Aragón, cediéndole en carácter de prenda de paz el reino de Navarra, que pertenece a un tercero; por su parte, otro estima que es preciso obtener la confianza del príncipe de Castilla, con la esperanza de una alianza, conquistando antes para ello a algunos señores de la Corte, que serán comprados por medio de una pensión.

Aparece, entonces, la más espinosa de las cuestiones: la de las relaciones con Inglaterra. Decidiráse negociar una paz con esta potencia y estrechar con los lazos más sólidos una unión siempre vacilante. Darásele el nombre de amiga, pero se desconfiará de ella como si se tratara de una enemiga. Siempre se tendrá preparado a los escoceses, atentos centinelas que al más nimio acontecimiento, al menor movimiento de los ingleses, podrían ser lanzados contra éstos. En secreto mantendráse (porque los Tratados opónense a una protección franca) algún pretendiente al Trono, con lo que se hará presión sobre el soberano del que se sospecha. Y si en esa Corte, ante problemas tan vastos, ante tantos hombres ilustres que preconizan uno más que otro las soluciones bélicas, yo me alzase, yo que soy un personaje bien humilde para obligarles a torcer el rumbo y les dijera: "Abandonemos Italia y quedémosno en nuestro suelo. Ved este reino de Francia, tan grande que casi no puede cómodamente ser administrado por un solo hombre. ¿Por qué ha de desear anexionarle el rey nuevos territorios? A título de ejemplo quiero citaros la decisión que tomaron los *Acorianos*, pueblo situado frente a la isla de Utopía para el *Euronotos*, quienes guerrearón en otros tiempos porque su rey, en virtud de antigua alianza, pretendía la sucesión al Trono de un vecino reino. Lo conquistaron y se dieron cuenta entonces de que era tan difícil conservar el territorio conquistado como el hecho de apoderarse de él. La agitación era continua: revueltas intestinas, envío de tropas al país conquistado intervenciones de continuo en pro o en contra de los nuevos súbditos; imposibilidad de licenciar al ejército; elevación de los impuestos, ya que todo el dinero se marchaba al exterior; vertiase sangre, y todo por la

gloria de sólo uno. La paz no estaba asegurada en ninguna parte: la guerra hubo corrompido las costumbres, despertando el gusto del saqueo y del más audaz asesinato; las leyes no eran observadas y todo ello debido a que el rey, que dividía sus atenciones entre dos reinos, no podía consagrarse a uno solo completamente. Cuando comprendieron los Acorianos que dichas calamidades no tendrían fin, se congregaron en Asamblea y pusieron al rey en la alternativa de elegir entre los dos reinos, manifestándole que no era posible tener dos coronas, dado que eran demasiado numerosos para aceptar ser gobernados por el rey, del mismo modo que nadie permitiría compartir con otro los servicios de un mismo mozo de mulas. En dicha forma, ese buen príncipe se vio obligado a contentarse con su antiguo reino y a abandonar el más reciente a uno de sus amigos, quien, por otra parte, bien pronto fue expulsado de él."

¿Y si también dijera yo, demostrando al monarca que todas esas aventuras guerreras, al sacudir tantas naciones, dejan los erarios exhaustos, destruyen los pueblos y pueden conducir únicamente a una hecatombe? ¿Por qué no ocuparse únicamente del reino de sus antepasados, haciéndolo prosperar, amando a sus súbditos y haciéndose amar por éstos, y viviendo entre los mismos, gobernándolos dulcemente, dejando en paz a los otros reinos, cuando el que se posee basta y también sobra? Discurso tal, ¿con qué oídos creéis que habría de escucharse, amigo Moro?

—No en forma muy agradable —contestéle.

—Prosigamos, pues —continuó diciendo Rafael—. Observad ahora cómo andan las cosas cuando el rey y sus consejeros buscan los medios de acrecentar el Tesoro. Propone uno aumentar el valor nominal de la moneda cuando trátase de pagar y de rebajarlo cuando de cobrar se trata. Tal medio permitirá hacer grandes gastos con muy reducido numerario y percibir mucho dinero cuando poco es lo que debería recibirse. Sugiere otro fingir la proximidad de la guerra. Cuando se haya cobrado un impuesto establecido bajo dicho pretexto, el príncipe hará celebrar la paz con gran despliegue y ostentación de ceremonias religiosas, cuya pompa ha de maravillar al bajo pueblo, y será tenido por un príncipe piadoso que evitó la sangre de sus súbditos. Otro más aconseja que vuelvan a ponerse en vigor los textos de leyes viejas, anticuadas por el prolongado desuso; y como nadie las tiene en la memoria y todos las transgredieron, se harán pagar las multas que se

prevén; expediente éste de los más lucrativos, y de los más honorables también, ya que se recubre con la máscara de la Justicia. Otro más, entonces, cree que deben crearse una serie de prohibiciones, sancionadas con severas multas, establecidas principalmente contra el interés, para protección del pueblo. Los súbditos, cuyos intereses fueran perjudicados por prohibiciones tales, serían eximidos de ellas por medio de dispensas pecuniarias. Con ello, el soberano veríase adorado por su pueblo, obteniendo de ese modo un doble beneficio: por un lado, el dinero de los que, por amor a las ganancias, hubieran caído en faltas, y, por otra, el de las dispensas. Cuanto más elevado fuese el precio de privilegios semejantes, tanto más el rey pasaría por ser un monarca que no permitía que se dañase a sus súbditos a menos de pagar por ello una ingente suma. Más tarde propone otro conciliarse a los jueces que, en todas las ocasiones, han de sostener los derechos de la Corona. Se les llamará a palacio, invitándolos a que deliberen sobre los procesos que se refieran a dichos intereses. Por mala que una causa fuera, siempre habrá alguien que, por espíritu de contradicción, o por no repetir lo dicho por otro, o por agradar al monarca, sabrá encontrar el modo de defenderla valiéndose de argucias. Dichos jueces saben embrollar valiéndose de la diversidad de sus opiniones, la más clara cuestión; la verdad queda así en duda, y al rey fácil le resulta interpretar la ley en provecho propio. La vergüenza o el miedo bastan para decidir a los restantes, y la sentencia será dictada después atrevidamente en los tribunales. No faltan motivos para dictaminar en favor del príncipe; bástale tener la equidad en su favor, o la letra de una ley, o la interpretación de un complicado texto y, finalmente —cosa que supera a todas las restantes ante el espíritu de un juez con escrúpulos—, el incontestable principio de la potestad real. Coinciden tales consejeros en la máxima de Craso, y admiten que el rey que sostiene un ejército jamás dispone de bastante dinero; que el rey no puede cometer ninguna injusticia aunque así lo quisiera; que es dueño absoluto de las personas y bienes de sus súbditos, y que éstos todo lo tienen a causa de la benignidad real; que cuanto menos esté en posesión de los súbditos, tanto mejor será para el soberano, que jamás está tan seguro como cuando su pueblo no disfruta de demasiadas riquezas ni de libertad excesiva, ya que tales cosas hacen a la gente menos paciente para soportar lo duro y lo injusto, y, al contrario, la miseria y la pobreza debilitan los ánimos y los vuelven pacientes, ahogando en los oprimidos todo espíritu de rebelión.

Imaginad que en tal momento me pongo de pie para protestar y digo: Tengo por funestos y deshonrosos los consejos todos que acabáis de dar al rey. Seríale más honroso y seguro enriquecer a su pueblo en vez de pensar en la riqueza propia. Los hombres hicieron los reyes para su único bien, no para placer de éstos; a fin de vivir tranquilos trabajando activamente al abrigo de dificultades. Deber es, pues, del soberano, velar más por la prosperidad de su pueblo que por su personal felicidad, como el pastor que apacentar debe su rebaño y no ocuparse de sí mismo. Aquellos que pretenden que la miseria del pueblo significa una protección para el Estado, caen en gran error, ya que, ¿dónde abundan más las querellas sino entre los mendigos? ¿Quién tiene ansia de subvertir el orden social sino el que más sufre de la condición actual? Y, ¿no es el más audaz de los revolucionarios el que algo espera ganar porque nada tiene que perder? Un rey al que sólo se menosprecia o envidia, hasta el extremo de no mantenerse en el Trono sino a fuerza de multiplicar las afrentas, las gabelas y las confiscaciones y arruinando a sus vasallos, procedería mejor abandonando el poder sin demora antes que haciendo uso de procedimientos semejantes para conservarlo. A pesar de que conserve su título, pierde indudablemente su prestigio. Reinar sobre un pueblo de miserables es cosa incompatible con la dignidad de un soberano, que tiene el deber de ejercer su potestad sobre una nación rica y feliz. Aquel gran espíritu, que se llama Fabricio, bien lo sabía al decir que más valía mandar a los ricos que ser rico. Y, a decir verdad, cuando uno vive únicamente en el lujo y los placeres, cuando a su alrededor todo son lamentos y gemidos, está cuidando una cárcel y no un reino. Por último, así como el médico inexperto en sumo grado no sabe curar una enfermedad sin originar otra, quien mejorar no sabe la manera de vivir de sus súbditos sino privándolos de las comodidades todas de la existencia, carece de derecho para gobernar hombres libres. Es menester que antes se corrija de su ignorancia y orgullo, defectos que únicamente pueden excitar el odio y el desprecio de su pueblo. Que honestamente viva con lo suyo. Que haga que sus gastos se adapten a los ingresos. Que los crímenes refrene y aun que los prevenga mediante instituciones prudentes, que esto vale más que dejarlos crecer para luego castigarlos. Que sin tener motivo no rescuite las leyes que abolió el uso y especialmente aquellas que, olvidadas desde tiempo atrás, no responden a ninguna necesidad. Que jamás exija por ningún delito el pago de cantidades que un juez,

en pleito privado, consideraría exageradas e inicuas si hubieran de ser pagadas a un particular.

Expondría luego a los miembros del Consejo la ley de los *Macarienses*, que viven a no gran distancia de Utopía. El día que su rey, sube al trono, después de ofrecer un gran sacrificio, jura no poseer jamás en su Tesoro más de mil libras de oro, o lo que en plata equivale. Dicen los macarienses que esta ley fue impuesta por el mejor de sus soberanos, el que se preocupa de los intereses de su patria, sino que de los propios. Así creyó poner obstáculos a la acumulación de tantas riquezas, que por inevitable consecuencia debía tener la miseria popular. Él calculaba que aquella suma bastaría en caso de guerra civil o de invasión extraña al mismo tiempo que por su pequeñez no provocaría la codicia ajena. Esa fue la principal causa que le indujo a dictar tal ley. Además tuvo en cuenta otro motivo: quiso facilitar la circulación del dinero que era menester para las transacciones diarias de los ciudadanos; y cuando era preciso enriquecer el Tesoro para subvenir a los gastos públicos, pensaba que no haciéndolo sino hasta un nivel razonable en muchas ocasiones evitaría cometer injusticias. Un rey tal sería temido por los malos y amado por los buenos.

Si esto dijera, y otras cosas parecidas a los partidarios encarnizados de métodos totalmente opuestos, ¿no sería como si se hablase a los sordos?

—Ciertamente, sería como hablar a sordos —respondíle—, pero ello no me sorprendería. Realmente, de nada sirve discutir tales cosas, ni dar tales consejos semejantes, cuando se está seguro de que jamás han de ser aceptados. ¿Cómo podría influir en forma útil un lenguaje tan fuera de lugar sobre espíritus tan reacios a él y profundamente llenos de las teorías contrarias? En una conversación íntima entre amigos, es bien apacible la filosofía escolástica; pero los consejos de los príncipes, donde se tratan con tanta autoridad problemas, muy importantes, no es lugar a propósito para ella.

—Por esto —repuso Rafael—, fue que dije yo que en la corte no hay lugar para los filósofos.

—Sin duda —repliqué—, y cierto es que la filosofía escolástica, que todo pretende ordenar, no siempre puede aplicarse. Hay, empero, otra filosofía más sociable que conoce el teatro del mundo y al mismo se adapta; que con gusto y de modo adecuado representa el papel que le ha sido asignado en la obra. Es esta la filosofía que debéis practicar.

Si, en el transcurso de representarse una comedia de Plauto, cuando los esclavos se insultan y bromean, aparecieseis vos en el escenario con traje de filósofo y os pusierais a declamar ese pasaje de la *Octavia* en que Séneca discute con Nerón, ¿no creéis que mejor sería tener en la obra un papel sin habla ninguna en vez de convertirla en tragico-comedia? Estropeariais y trastocaríais el espectáculo al mezclar en él un elemento tan distinto, aun cuando lo que añadieseis fuera muy superior en calidad. Fuera cual fuere la obra representada, encarnad vuestro personaje de la manera mejor posible, y no os divertáis turbando el conjunto si recordáis algún mejor trozo de otra.

Igual ocurre en asuntos de Estado y en los Consejos de los príncipes. El que no sea posible desarraigar radicalmente las opiniones erróneas ni corregir los defectos inveterados, no es motivo alguno para desentenderos del Estado, y no hay que dejar abandonada la nave en la tempestad, porque no podáis vencer a los vientos. Un discurso insolente y fuera de uso no podría mantenerse frente a personas que profesan opiniones tan diversas y a quienes no sería posible convencer. Menester será que sigáis un camino oblicuo y que procuréis arreglar las cosas de la manera mejor posible en lo que os afecte. Si no lográis realizar todo el bien, disminuirán vuestros esfuerzos por lo menos la intensidad del mal. Porque no es posible que las cosas marchen en perfección hasta que todos los hombres sean buenos, cosa que no espero que suceda hasta dentro de largo tiempo.

—Haciendo en dicha manera —replicó Rafael—, sólo puede acaecerme una cosa: que al dedicarme a atender la locura de los demás, enloquezca como ellos. Cuando quiero decir verdades, es necesario que las diga. Ignoro si el mentir es cosa de un filósofo, pero, a decir verdad, no lo es en mí. Es posible que mis palabras parezcan, sin duda, molestas o desagradables, pero no veo que deban parecer extrañas hasta la absurdidad. Imaginad que les explicase lo que finge Platón en su *República*, o lo que rige entre los Utópicos; y ello, sea como fuere, es mejor que lo nuestro. Sin embargo, mucho les extrañaría, ya que aquí domina el régimen de la propiedad privada, mientras que todas las cosas son comunes allí.

Indudablemente, al decir esto, no agradaré mucho a quienes se complacen en los peligros que señalo; con todo, ¿qué diré que no sea conveniente y oportuno afirmar en lugar cualquiera? Si debemos callar como si verdaderamente se tratase de cosas extrañas o de absurdos,

todo lo que los malos hábitos de los hombres hacen considerar como chocante, es menester que disimulemos en tal caso, lejos de los ojos de los cristianos, la mayor parte de lo que enseñara y probara Cristo, todas aquellas cosas que él murmuró a oídos de los suyos recomendándoles que las proclamasen desde los techos. Y la mayor parte de los preceptos cristianos mucho se diferencian de la manera de vivir actual. Parece ciertamente, que los predicadores, gente sutil, obedecieron vuestros consejos: viendo que los hombres con dificultad se plegaban a las normas establecidas por Cristo, las acomodaron a las costumbres, a la manera de una ley de plomo, para poder conciliarlas de alguna forma. No veo que con ello nada se ganara, a no ser una mayor tranquilidad para los que mal proceden.

Por lo que a mí toca, no sabría ser de utilidad alguna en los consejos de los príncipes, ya que si yo opinara de manera diferente de los demás, sería como si no lo hiciese; y si de igual manera, fuese auxiliar de su locura, como dice el *Mición* terenciano.

No alcanzo cuál es el fin de vuestro oblicuo camino. Decís que no pudiendo realizar el bien, debemos procurar por todos los medios posibles evitar el mal. Pero no es aquel lugar de engaños ni es posible cerrar los ojos. Es menester aprobar las peores decisiones y las más execrables medidas. Hacer un elogio mitigado de tales medidas es pasar por espía, casi por traidor.

Así, pues, no se suele realizar ninguna acción benéfica, ya que es más probable que el mejor de los hombres llegue a corromperse en tales Asambleas, y no que corrija a sus compañeros. El trato con éstos, o bien le deprava, o bien obligale a cubrir con su integridad e inocencia la maldad y la necesidad de los otros. Nos encontramos, entonces, lejos de obtener un resultado satisfactorio con vuestro torcido camino.

Por esto Platón explica con una bellísima comparación, por qué los sabios se mantienen alejados de los negocios públicos. Al observar la multitud que se mueve por las calles bajo un chaparrón, y ven que no consiguen convencerla de que es preciso guarecerse bajo techado, se dan cuenta de que es inútil salir y mojarse como los otros. Quédanse, pues, en casa, contentos de hallarse a cubierto, ya que no pueden curar la ajena necesidad.

No paréceme menos cierto, amigo Moro —ya que quiero deciros lo que encierra mi espíritu—, que doquiera exista la propiedad privada, donde mídese todo por el dinero, no se podrá conseguir que en el

Estado imperen la justicia y la prosperidad, a menos de considerar justo un Estado en que lo mejor pertenece a los peores, y como próspero un país en que unos cuantos individuos se reparten todos los bienes, disfrutando de las mayores comodidades, mientras la mayoría vive en miseria grande.

Es por ello, que en mi interior reputo prudentísimas y santísimas las instituciones de los Utópicos. Bástanles pocas leyes para asegurarles un gobierno excelente. Aunque el mérito tenga su recompensa, la distribución por igual de los bienes permite que vivan todos en la abundancia. ¡Qué diferencia marcada entre estas costumbres y las de nuestros países, donde siempre son necesarias buenas leyes para que estén bien administradas, y a pesar de esto nunca lo son bastante! Por el contrario, en nuestros países, cada uno llama suyo a lo que posee, y todas las leyes mencionadas no bastan para regular la adquisición de los bienes, ni para asegurar su conservación, ni para establecer en forma clara una distinción entre lo que os pertenece a uno y lo que pertenece a otro, que también arguye su derecho de propiedad privada. Prueba de tal es la infinidad de pleitos que nacen de continuo, y que no terminarán jamás. Al considerar todo esto, doy la razón a Platón, y no me sorprende que se negara a hacer leyes para quienes no aceptaban la equitativa división de los bienes entre todos. Ese prudentísimo varón preveía con sagacidad que el único medio de salvar a un pueblo es la igualdad de condiciones; pero no creo que tal pueda obtenerse mientras exista la propiedad privada.

En realidad, desde que todos pueden apoyarse en algunos títulos para agrandar tanto como es posible sus posesiones, un número reducido de personas se reparten todas las riquezas del país, por abundantes que sean, y a los demás quédales únicamente la pobreza. Con frecuencia sucede que los pobres son más dignos de la fortuna que los ricos, pues éstos son rapaces, inmorales e inútiles, y, aquéllos son, en cambio, modestos y sencillos y su trabajo cotidiano es más provechoso para el Estado que para ellos mismos.

Es por tal motivo que estoy persuadido de que el único medio de distribuir equitativamente los bienes y de asegurar la felicidad de la sociedad humana, es aboliendo la propiedad. Mientras ésta subsista, la mayoría de los mortales, entre ellos los mejores, conocerán las angustias de la miseria, de todas sus calamidades inevitables; situación que, aunque pueda ser susceptible de ser mejorada, considero ahora

que no puede ser evitada de forma total. Si se estatuyera, podría decirse que nadie posea más de una extensión determinada de tierra o suma de dinero que se fijarán legalmente; se arreglarían las cosas de manera que ni el príncipe sea poderoso en extremo; ni el pueblo insolente en demasía; que los magistrados no sean indignos; ni los cargos venales, haciendo que el ejercicio de estas altas funciones no lleve aparejados gastos suntuarios, para que sus titulares no se hallen en la tentación de procurarse dinero con fraudes ni delitos, y que no sean designados entre los más ricos en vez de ser escogidos entre los mejores y de más competencia.

Leyes tales, parecidas a los remedios con que se trata de reanimar un cuerpo enfermo, pueden ser paliativos y aliviar los males del cuerpo social; pero no habrá ninguna esperanza de curarlo ni de devolverle la salud, mientras que se mantenga la propiedad privada. Mientras tratéis de curar un miembro, irritaréis otro. De ese modo la curación de uno provoca la enfermedad de otro, ya que nada puede darse a un hombre que no lo sea quitándoselo a otro.

—En cuanto a mí —repuse—, creo, por el contrario, que no podría vivir en felicidad en un régimen colectivista; ya que, donde las cosas se logran sin esfuerzo, todos dejan de trabajar. Cualquiera se convierte en holgazán cuando no existe estímulo de la ganancia y se calcula en la actividad ajena. ¿Y cómo evitar que el horror a la miseria, la imposibilidad de que cada uno conservase, con la protección de la ley, el bien que hubiese adquirido, engendraran fatalmente asesinatos y sediciones constantes? Además, no puedo imaginar cómo podría mantenerse la autoridad de los magistrados y el respeto que se les debe, entre hombres que ninguna distinción admitiesen entre sí.

—No me causan asombro vuestras razones —respondió—; claramente puede verse que no tenéis ninguna idea sobre un Estado semejante, o que, cuanto más, sólo tenéis falsas ideas. En verdad, si hubierais estado conmigo en Utopía, si hubieseis contemplado sus instituciones y costumbres como yo lo hice, viviendo allí más de cinco años —y no habría dejado yo aquel nuevo mundo si no hubiera sido con el propósito de revelar su existencia—, reconoceríais sin duda que no se encuentra en parte alguna pueblo tan bien administrado como aquél.

—No me habéis de convencer —replicó Pedro Egidio—, de que exista en aquellas tierras nuevas una nación más bien gobernada que las del mundo nuestro. Creo que entre nosotros no hay ingenios

menores que allí, y que nuestros Estados, que son más antiguos, gracias a una larga experiencia supieron asegurarnos todo el bienestar de la existencia, sin decir nada de aquellos descubrimientos debidos al azar y que ningún ingenio capaz fuera de concebir.

—Respecto a la antigüedad de los Estados —dijo Rafael—, no podríais decidiros con sinceridad hasta haber estudiado las crónicas del nuevo mundo. A darles fe, existieron entre ellos las ciudades antes que entre nosotros los hombres.

En cuanto a las invenciones del ingenio humano y a los descubrimientos que se debieron al azar, pueden producirse en todas partes. Por otra parte, a pesar de que creo que nos hallamos mejor dotados que ellos, nos aventajan en actividad e industria.

De acuerdo con sus anales, nunca oyeron hablar de nuestro mundo (que llaman “Ultraequinoccial”), antes de nuestra llegada. Pero hará cosa de más de mil doscientos años, un navío, impulsado por la tempestad, naufragó en las costas de Utopía. Algunos egipcios y romanos fueron arrojados a las costas de aquella tierra que nunca más abandonarían.

¡Ved en esta ocasión los resultados que sacó de tal acontecimiento fortuito el talento de los utópicos! No hubo arte ni oficio de los que se practicaron en el Imperio Romano, que no aprendieran de los huéspedes, desarrollando así los primitivos conocimientos que poseían. ¡Tan útil les fue aquella sola visita de extranjeros!

Si, por una circunstancia parecida, alguno de los suyos fue llevado sobre nuestras playas, el recuerdo ya se ha perdido. Y tal vez los descendientes de los actuales utópicos ignorarán siempre que yo estuve viviendo entre ellos.

A poco de trabar relaciones con ellos, habían hecho suyas nuestras invenciones mejores; pero creo que ha de pasar mucho tiempo antes de que imitemos sus instituciones, que, no obstante, son muy superiores a las nuestras. Y esta es la causa de que su Estado —aunque a ellos no seamos inferiores en inteligencia ni en riqueza—, se halle mejor organizado que los nuestros y se desarrolle en medio de la felicidad mayor.

—Entonces, amigo Rafael —repliqué—, os ruego que nos describáis la isla, sin parar mientes en ser breve. Nos mostraréis sucesivamente campos, ríos, ciudades, hombres, costumbres, instituciones, leyes, todo cuanto creáis pueda sernos de interés, todo cuanto supongáis que ignoramos.

—Nada haré con tanto placer como esto —respondió—. Pero la cosa necesita de tiempo.

—Vamos, entonces, a comer —le dije—; hablaremos más tarde.

—Sea —contestó—. Y nos fuimos a comer.

Comimos. Regresamos al mismo lugar, y nos sentamos en el mismo banco. Ordené a los criados de que no fuésemos molestados. Pedro Egidio y yo, rogamos entonces a Rafael, que diera cumplimiento a lo prometido. Y como nos hallara atentos y ávidos de escucharle, después de concentrarse un momento en silencio, comenzó a hablar de esta manera.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

DISCURSO DE RAFAEL HITLODEO, ACERCA
DE LA MEJOR DE LAS REPÚBLICAS,
POR TOMÁS MORO, CIUDADANO
Y VICE-SHERIFF LONDINENSE.



LIBRO SEGUNDO

La isla de Utopía cuenta en su parte, media (es decir, en la más ancha), alrededor de unos doscientos mil pasos. Dicha distancia no se aminora más que en los dos extremos, en los que la isla se estrecha en forma progresiva. Su perímetro, de quinientos mil pasos, parece como trazado a compás, y en conjunto ofrece la forma de luna en cuarto creciente.

Un estrecho de once mil pasos aproximadamente separa los extremos, y, en el dilatado golfo interior que protegen las altas montañas contra los vientos por todas partes, el mar extiende sus aguas tranquilas, tan quietas como las de un lago. La mayor parte de esta costa constituye así un verdadero puerto, y sus habitantes obtienen gran provecho de las naves que en todas direcciones cruzan el golfo.

Bajíos y escollos dificultan su entrada. Casi en mitad del estrecho se alza una roca visible desde lejos y que no ofrece ningún peligro, dominada por una torre ocupada por una guarnición. Las rocas restantes, que están ocultas bajo el agua, son peligrosas en verdad. Los naturales del país únicamente conocen los pasos; por ello no ha de llamar la atención, que los navíos extranjeros recurran a un piloto utópico al penetrar en el estrecho; y aun los mismos habitantes de la isla no se aventurarían en la región sin riesgos por esos pasos, si ello no fuese por ciertas señales situadas en la costa que marcan el buen derrotero. El solo hecho de cambiarlas de sitio, bastaría para que cualquier flota enemiga fuese derechamente hacia su perdición.

No faltan en la otra parte de la isla los puertos. Pero, los puntos de fácil desembarco siempre se hallan tan bien protegidos por medios naturales o artificiales, que unos pocos defensores fácilmente rechazarían a un ejército poderoso.

Por otra parte, según se dice, y lo indica el aspecto del país, en épocas pasadas, aquella tierra no estuvo rodeada de mar por todos lados: Utopo, el conquistador, de quien se ha derivado el nombre del país (pues antes era llamada Abraxa), quien hizo de aquellos pueblos rudos y agrestes una nación que hoy supera a casi todas las demás en

cultura y civilización, mandó cortar inmediatamente después de su desembarco victorioso y de su conquista, el istmo de quince mil pasos que servía de unión entre el país y el continente; y en esa forma fue que el mar circundó por todas partes aquella tierra.

Para poder hacer esto, no se contentó con requisar a los indígenas; para que ese trabajo no les resultara como humillación, unió a ellos todo su ejército. El trabajo, distribuido entre tantos individuos, fue realizado con indecible rapidez, y este éxito admiró y aterró a los pueblos vecinos, que al principio se mofaban de aquella empresa, que consideraban vana.

Posee la isla cincuenta y cuatro ciudades magníficas y espaciosas, donde la lengua, costumbres, organización y leyes son idénticas perfectamente. Del mismo modo es semejante también su distribución y aspecto, en cuanto el terreno lo permite. La distancia menor entre dos de ellas es de cuatro mil pasos. Por el contrario, ninguna se halla tan aislada que no pueda llegarse a la ciudad vecina marchando por todo un día.

Todos los años, tres de los habitantes de cada ciudad, ancianos y experimentados, reúnen en Amaurota, para tratar de las cuestiones comunes a todo el país. Dicha ciudad, que constituye como el ombligo de la isla, es la que resulta más cómoda para los diputados de todas las regiones, y por ello es considerada como la capital.

Las tierras fueron tan bien distribuidas a los habitantes, que la distancia de cada ciudad al término de su territorio nunca es inferior a veinte mil pasos, y aun a veces es superior, según la distancia que existe de unas ciudades a otras. Ninguna de éstas jamás siente deseos de extender sus límites, ya que los utópicos considéranse como simples cultivadores y no como propietarios de sus tierras.

Las casas de los campos donde viven, se hallan bien dispuestas y provistas de material agrícola. Las habitan ciudadanos que las ocupan por turno riguroso. Compónese una familia agrícola, de cuarenta personas como mínimo, hombres y mujeres, a los que se agregan dos esclavos; y se halla dirigida por un padre y una madre de familia, con bastante experiencia y gravedad. Cada treinta familias lo están por un *Filarca*. Cada año, veinte miembros de cada familia regresan a la ciudad, después de haber pasado dos años en el campo, y son reemplazados por igual número de recién llegados de la ciudad, que son adiestrados en las tareas agrícolas por los antiguos, instalados en el campo desde un año antes, y, por tal razón, conocedores de las men-

cionadas tareas. A su vez, los recién llegados, instruirán a los que lleguen al año venidero. En esa forma, se evita que todos sean a la vez ignorantes o novicios en materia de agricultura, y que la cosecha sufra perjuicios debido a su impericia. Como dicho cambio de campesinos se realiza año por año, nadie se halla obligado a llevar durante un tiempo excesivo, y contra su voluntad, una vida un tanto dura. Muchos de ellos, sin embargo, que disfrutan en los trabajos del campo, piden poder quedarse allí algunos otros años.

Son tales campesinos quienes cultivan la tierra, crían animales, cortan leña y transportan sus productos a la ciudad, ya sea por tierra o por mar, según les resulte más conveniente. Crían un número muy grande de pollos gracias a un admirable procedimiento. Los huevos no son incubados por las gallinas, sino que un número muy grande de ellos lo son por medio de un calor artificial que es mantenido a constante temperatura. Cuando los polluelos salen del cascarón, siguen a los hombres y los conocen como si fueran sus madres.

Poseen los utópicos pocos caballos, y éstos son fogosísimos, no empleándolos más que para los ejercicios ecuestres de la juventud. Para los bueyes reservan todos los trabajos de labranza y de transporte, dado que consideran que, aunque el buey no tenga el ímpetu del caballo, es animal más paciente y se halla menos expuesto a padecer enfermedades. Su mantenimiento, además, exige menores gastos y cuidados, y, cuando ya no es útil para el trabajo, sirve de alimentación.

Suelen sembrar únicamente el trigo necesario para elaborar pan. El vino que beben es de uvas, de manzanas o de peras, así como un agua pura o mezclada con miel y regaliz, que poseen en gran cantidad. Aunque por experiencia conocen (lo han determinado exactamente), el consumo de cada ciudad y su territorio, no por esto dejan de sembrar una cantidad de trigo que supera a sus necesidades; y hacen igual cosa con el ganado que crían, reservándose distribuir el sobrante entre los vecinos. Todo lo necesario para los trabajos del campo y que no se encuentra allí, es solicitado a la ciudad. Los magistrados de ésta lo entregan sin ninguna dificultad y sin recibir nada por ello. Mes a mes se reúnen para celebrar un día de fiesta. Al aproximarse la cosecha, los Filarcas agrícolas fijan a los magistrados urbanos el número de ciudadanos que deben serles enviados; esta cantidad de cultivadores llegan el día oportuno, y cuando el tiempo es sereno, la recolección se hace en sólo un día aproximadamente.

DE LAS CIUDADES Y ESPECIALMENTE DE AMAUROTA

Si se conoce una ciudad de Utopía se conocen todas; tan semejantes son unas a las otras, en lo que la naturaleza de cada lugar lo permite. Podría descubrir una cualquiera. Pero, ¿por qué no elegir a Amaurota? Es la más digna, ya que, por diferencia de las otras, es la sede de la Asamblea. Por otra parte, es la que mejor conozco, ya que viví en ella cinco años seguidos.

Está situada en el suave declive de una colina, teniendo una forma casi cuadrada. Arranca un poco más abajo de la cima de aquélla y se extiende por espacio de dos mil pasos hacia el río Anhidro, la orilla del cual cubre en una extensión un poco mayor.

Dicho río nace ochenta millas más arriba de Amaurota, haciéndolo de un modesto manantial: pero agrandado por varios afluentes, dos de los cuales son de cierta importancia, al entrar en la ciudad tiene una anchura de quinientos pasos. Poco después se hace más caudaloso y desemboca en el océano luego de recorrer otras sesenta millas. En el trecho que separa la ciudad del mar, y hasta algunas millas más arriba de aquélla, el flujo, que dura seis horas por día, y el refluo, determinan en forma alternada en el río, una corriente rápida. Llegada la marea alta, las olas saladas llenan en un espacio de treinta millas todo el lecho del Anhidro, llevando hacia arriba el agua dulce, a la que altera con sus sales. El agua del río deja luego paulatinamente de ser salada y vuelve a tener su pureza primitiva al atravesar la ciudad; el agua que, con la marea baja llega al estuario, es perfectamente pura.

Hállase unida la ciudad a la orilla opuesta por un puente, no de madera o de pilares, sino de magníficos arcos de sillería, puente que está situado en el punto más alejado del mar, cosa que permite que los navíos puedan navegar sin obstáculos todo el frente de la ciudad. También tienen otro río, de poco caudal, pero muy placentero y agradable. Nace en la misma montaña en que se halla asentada Amaurota, atraviesa por en medio de la ciudad y va a volcarse en el Anhidro. Los

amaurotanos han rodeado la fuente en que nace, de fortificaciones enlazadas a los muros de la ciudad. De este modo, en caso de ataque enemigo, su curso no puede ser interrumpido, desviado ni envenenado. De allí arrancan canales de barro cocido que distribuyen el agua en todas direcciones, llevándola hacia la parte inferior de la ciudad. Cuando las condiciones del terreno no permiten emplear este procedimiento, se utilizan amplias cisternas, donde es recogida el agua de lluvia.

Una alta y gruesa muralla, con abundantes torres y bastiones, ciñe la ciudad. Un foso desagotado, ancho y profundo, repleto de ortigas y de espinos, rodea por tres lados la muralla. En el cuarto, sirve de foso el río mismo.

Las avenidas de la ciudad se trazaron de tal manera que facilitan el tránsito y se hallan a cubierto de los vientos. Los edificios se encuentran extremadamente bien cuidados y limpios, formando dos líneas continuas de casas enfrontadas en cada calle. Al fondo de cada casa, a lo largo de la calle, se extienden vastos jardines, cerrados por todos lados por las casas que a los mismos se adosan. No hay ninguna mansión que no tenga puerta en la calle y en el jardín una poterna. Las dos hojas de cada puerta ábranse con una simple presión y se cierran solas, entra quien quiere, ya que en absoluto no existe la propiedad, y cada diez años se cambian de casa, previo sorteo que se efectúa.

Mucho se preocupan los utópicos de sus jardines. Tienen en ellos vides, frutales, plantas y flores; una vegetación tan rica y tan cuidada, que jamás vi otra que mejor rendimiento diese ni que fuera más bella. Proviene su afición a tales cultivos, no sólo de la satisfacción que les causa, sino de los concursos que celebran entre barrios para ver cuál es el que posee el más bello jardín. Cosa difícil sería encontrar en toda la ciudad algo que mejor respondiese a las necesidades y a la diversión de todos, tanto que el fundador del Estado parece que especialmente se preocupara de crear esos jardines.

El trazo de la ciudad fue enteramente planeado, desde el principio, por el propio Utopo. Pero la labor de ornato y perfeccionamiento lo dejó en manos de sus sucesores, dándose cuenta que una vida humana no hubiera bastado para hacerlo. Es así que sus anales, que comprenden un periodo de mil setecientos sesenta años, a contar de la conquista, anales que guardan diligente y religiosamente, nos dicen que en los tiempos primeros, las habitaciones eran casas bajas, cabañas y chozas, construidas de cualquier modo, con maderos, y de paredes recubiertas

de barro y techos de bálago en forma de punta. En la actualidad todas las casas tienen tres pisos; las paredes exteriores son de piedra estucada o también de mampostería; en el interior los agujeros se recubren con yeso. Los techos, planos, se encuentran cubiertos con un producto que los hace ininflamables, y en esa forma resultan más resistentes a la intemperie que el plomo. Los utópicos ponen vidrio (que usan muy frecuentemente), en las ventanas, para no dejar pasar el viento. Emplean también a veces un tejido muy tenue, impregnado de aceite traslúcido o de ámbar, procedimiento que ofrece la doble ventaja de permitir el paso de más luz y de proteger mejor contra el viento.

DE LOS MAGISTRADOS

Cada treintena de familia elige año por año entre sus miembros un magistrado, llamado *Sifogrante* en el idioma antiguo, y *Filarca* en el moderno. A la cabeza de diez sifograntes y de sus familias se encuentra el que antes se llamaba *Traniboro*, y *protafilarca* en la actualidad.

El total de los sifograntes, que son unos doscientos, después de juramentarse para elegir al hombre al que consideran mejor, mediante escrutinio secreto eligen a un príncipe, haciéndolo entre cuatro candidatos que propuso el pueblo; cada cuarta parte de la ciudad designa un candidato y lo recomienda luego al Senado. El príncipe es un magistrado a perpetuidad, a no ser que se haga sospechoso de tener aspiraciones a la tiranía. Año por año se eligen los traniboros; pero se reeligen, a menos de existir motivos serios en contra de los mismos. Los restantes magistrados se renuevan anualmente.

Cada tres días, o más frecuentemente todavía si el caso lo exige, los traniboros reúnen en Consejo con el príncipe, y deliberan acerca de los asuntos públicos. Allanan las divergencias entre particulares, cuando se producen, que es cosa rara. Concurren dos sifograntes cotidianamente a las sesiones del Senado, aunque los mismos nunca lo hacen dos veces seguidas. Tratan de que no se ratifique, concerniente a la cosa pública, nada que previamente no haya sido discutido en el Senado con tres días de anterioridad a la votación. El hecho de deliberar sobre los negocios públicos fuera del Senado o de los comicios públicos, es cosa que se castiga con pena capital. Estas reglas fueron establecidas para evitar que el príncipe pudiera oprimir fácilmente al pueblo, y modificar el régimen, de acuerdo con los traniboros. En cuanto toda cuestión que se juzga es de cierta importancia, es enviada a la Asamblea de los sifograntes; éstos, después de consultarlo con sus familias, deliberan entre sí, y presentan su opinión al Senado. A veces, la cuestión es llevada al Consejo general de la isla.

La costumbre quiere, además, que nunca se discuta en el Senado una proposición el mismo día en que ha sido presentada, y que la

discusión se aplace hasta la siguiente sesión. En esa forma nadie se halla expuesto a decir lo que primero le viniere a los labios y a tener entonces que defenderlo en vez de sostener lo que sería de mayor conveniencia al interés público; porque, una vergüenza muy fuera de lugar, generalmente anteponemos la propia reputación al interés del Estado, y no nos gusta dejar traslucir que no reflexionamos, cuando, si lo hiciésemos al comenzar, habríamos hablado con conocimiento de la cuestión y no con ligereza de ella.

DE LOS OFICIOS

Un oficio hay que ejercen todos los utópicos, hombres y mujeres: la agricultura, del conocimiento de la cual ninguno está dispensado. Desde la infancia todos son instruidos en ella, bien sea mediante una instrucción teórica que se da en la escuela, o por prácticas ejecutadas a guisa de juego en los campos próximos a la ciudad. No se contentan los niños con observar, sino que se entregan al trabajo corporal, lo que les permite ejercitar sus músculos.

Además de la agricultura, que es, como ya he dicho, tarea común a todos, aprenden un oficio determinado: tejedores de lana y lino, albañiles o artesanos, o herreros, o carpinteros.

No existen otras ocupaciones verdaderamente importantes entre los utópicos. Los vestidos y su forma son los mismos en toda la isla, invariable e idénticos para todas las edades; el traje sólo sirve para distinguir un sexo de otro, y a solteros de casados. Tales vestidos no son de formas indecorosas y permiten al cuerpo la mayor libertad de movimientos, protegiéndolo contra el frío y el calor. Cada familia confecciona sus propios vestidos. Es de este modo, que todos aprenden uno de aquellos oficios, tanto los hombres como las mujeres. Pero como éstas son más débiles, son ellas quienes se encargan de los trabajos menos penosos. Trabajan en general, el lino y la lana. A los hombres se reservan los otros oficios, por ser más pesados.

Todos adoptan casi siempre los oficios de sus padres, y ello por propensión natural. Pero si alguien se siente atraído por otro oficio, por adopción, pasa a formar parte de alguna de las familias que lo ejercen. Su progenitor y los magistrados se encargan de que tenga como maestro a un grave y honrado padre de familia. Por otra parte, si, poseyendo un oficio, alguno desea aprender otro, se le ofrece idéntica posibilidad. Más tarde podrá escoger entre ambos oficios, a menos que la ciudad careciese de artesanos, de uno de ellos.

La principal función, y casi única, de los sifograntes, consiste en procurar que nadie se encuentre ocioso, que todos ejerciten a concien-

cia su oficio, sin que, ello no obstante, lleguen a fatigarse como bestias de carga trabajando de continuo hasta la noche. Tal cosa sería peor que la esclavitud; y, esta es, no obstante, en casi todas partes, la vida de los trabajadores, excepto en Utopía.

Allí dividen la jornada en veinticuatro horas iguales, contando en la misma el día y la noche. Seis las destinan al trabajo; tres por la mañana, después de las cuales se ponen a comer; terminada la comida, reposan dos horas, y trabajan luego otras tres horas, hasta el momento de la cena. Cuentan las horas a partir del mediodía. A las ocho se van a dormir, y duermen ocho horas.

Cada una utiliza como mejor le place el espacio de tiempo comprendido entre el fin del trabajo y la hora de la cena y de irse a dormir; pero ello no quiere decir que lo consagren a la holganza ni tampoco a la voluptuosidad, sino a alguna ocupación diferente de su oficio y escogida de acuerdo con sus gustos. Dedícase la mayoría de ellos, en sus ratos de ocio, al cultivo de las letras; en las primeras horas de la mañana, acostumbran asistir a unos cursos públicos, que siguen únicamente por obligación los que se dedican particularmente a las letras. No obstante, es grande el número de hombres y de mujeres que asisten, según sus aficiones, a alguno de dichos cursos. Pero los que prefieren emplear este tiempo en su oficio propio —cosa que sucede a muchos, ya que son pocos los que tienen capacidad para la elevación del alma, que procuran la meditación y el estudio—, pueden hacerlo, y aun son alabados, por así resultar más útiles al Estado.

Terminada la cena pasan una hora en diversiones: en los jardines en el verano, y en invierno en las salas comunes donde comen. Ejercítanse allí en la música, o recreándose conversando. Los dados y todos los otros perniciosos juegos de azar, se hallan absolutamente desconocidos. Ello no obstante, practican dos juegos, que en cierto modo se parecen al ajedrez. Uno es un combate de números, en el cual resulta vencedor uno de ellos. Es el otro una verdadera batalla, en la que se disputan vicios y virtudes. Muestra este último, las divisiones existentes entre los vicios y su alianza contra las virtudes; cuál es el vicio opuesto a cada virtud; a qué fuerzas recurren para combatir abiertamente; qué estrategias emplean para hacer el ataque por el flanco; de qué medios se valen las virtudes para contrarrestar los asaltos del vicio; por qué medios pueden evitarse, y, de qué manera, finalmente, uno u otro bando alcanza la victoria.

A fin de evitar errores, llegó, el momento de examinar a fondo una cuestión. Tal vez pensaréis que una jornada de seis horas necesariamente acarreará escasez. Pero no es así. Dicha jornada, no sólo basta para obtener lo necesario a las necesidades y comodidades de la existencia, sino que las supera. Habréis de comprenderlo si consideráis cuán grande es, en los restantes países, la cantidad de la población que pasa el tiempo en el ocio. En primer término, la mayoría de las mujeres, que constituyen la mitad de dicha población. Y donde las mujeres trabajan, casi siempre son los hombres quienes huelgan en lugar de ellas. Agregad a eso la muchedumbre ociosa de los sacerdotes y religiosos, que así son llamados. Luego, todos los ricos, en particular los propietarios de latifundios, a quienes el vulgo llama gentileshombres y nobles, y sus familiares numerosos, turbamulta de vagos armados de pies a cabeza, y, por último, los mendigos robustos y sanos que simulan padecer una enfermedad cualquiera para ocultar su holgazanería. Entonces veréis que el número de los trabajadores cuya actividad se aplica a suministrar las necesidades del género humano, es muy inferior al que suponer podáis.

Pensad ahora que bien pocos de éstos ejercen un oficio que es indispensable. Como entre nosotros todo se mide por dinero, es necesario que nos dediquemos a infinidad de profesiones perfectamente inútiles y superfluas, que sirven solamente para acrecentar el lujo y la deshonestidad.

Imaginad ahora que esa masa de hombres que actualmente trabaja se repartiese entre los escasos oficios que responden al empleo conveniente de los recursos naturales; la abundancia de los productos necesarios sería tan grande, entonces, que los precios llegarían a ser hasta excesivamente bajos, para asegurar el sustento de los artesanos. Pero si todos los hombres que pierden hoy el tiempo en oficios de lujo; si las personas todas que se pervierten en el ocio y la holganza, cada una de las cuales consume parte de los productos del trabajo ajeno igual a la de dos productores, se vieran obligadas a participar en un trabajo de general interés, fácilmente se comprende que cada individuo tendría que ejecutar un trabajo muy escaso para conseguir la producción de todo lo necesario para las necesidades y comodidades de la existencia, sin decir nada de los placeres naturales y verdaderos.

Demuestra en forma clara esta verdad, lo que sucede en Utopía. Existen apenas en cada ciudad y territorio que de ella dependen, quinien-

tas personas, hombres o mujeres, que teniendo edad y fuerzas para trabajar se encuentren dispensadas de hacerlo. Los sifograntes, entre éstas, aunque la ley los exima del trabajo, no tratan de evitarlo, para con su ejemplo, estimular a los demás. También gozan de exención aquellos a quienes el pueblo, a propuesta de los sacerdotes, y con el voto previo de los sifograntes, en escrutinio secreto, otorgó una permanente dispensa para que puedan dedicarse al estudio. Aquellos que defraudan las esperanzas que en ellos se cifraron, vuelven a integrar la clase de los artesanos. Con frecuencia también ocurre que algún obrero después de consagrar sus horas de ocio al estudio, logra grandes progresos, y es dispensado de ejercer su oficio e incluido entre la categoría de los letrados.

Elígense entre éstos a los sacerdotes, los traniboros y el mismo príncipe, el *Barzanes*, como se le llamaba en el antiguo idioma; el *Ademos*, como es llamado en el moderno. Como el resto del pueblo no se halla en ociosidad ni se ocupa en oficios inútiles, fácil es calcular que pocas horas necesita cada uno para realizar su labor.

Aparte de lo expuesto, los utópicos tienen otra ventaja para la realización de los trabajos indispensables; saben simplificarlos mejor que los demás. En todas partes, la construcción y reparación de las casas exige los cuidados asiduos de mucha gente, porque lo que el padre edificó, los herederos, poco cuidadosos, dejaron que poco a poco se desmoronase. Lo que con poco gasto hubiera podido conservar su sucesor, se ve obligado a reconstruirlo con grandes desembolsos. En ocasiones, la casa cuya construcción costó mucho dinero, va a caer en manos de un espíritu refinado que no quiere dignarse preocuparse de ella; descuidada en esa forma, se hundirá pronto, y precisará igual cantidad de dinero para construir en otro lugar otra casa.

Allí en Utopía, donde todo se halla organizado racionalmente de acuerdo con el interés público, raro es que sea menester buscar sitio para las casas nuevas. No sólo se remedian con facilidad los desperfectos que se producen en ellas, sino que se previenen a tiempo todos los posibles daños. De aquí resulta que con poco trabajo, los edificios duran mucho tiempo; de tal manera, que los obreros de la construcción trabajan sólo ocasionalmente, aunque siempre estén encargados de preparar los materiales y de tallar las piedras para que cuando se presente la ocasión de las reparaciones, sean más rápidas.

Pensad también cuán poco cuesta el vestido de los utópicos. En primer lugar en las horas de trabajo visten trajes de cuero o de pieles, que duran siete años. Al presentarse en público, pónense una clámide que cubre aquellos rudos vestidos. El color, que es el natural de la tela, es uniforme en toda la isla. En esa forma, se emplean menos paños de lana que en cualquier otra parte, aunque, a decir verdad, resultan más baratos. La tela de lino requiere menos trabajo, y es de duración mayor que en otros países. Considérase sólo en ella la blancura y en los paños su limpieza; no se da ningún valor a la finura del tejido. No bastan en otras tierras, apenas a cada hombre, cuatro o cinco vestidos de paño, de colores diferentes, y un número igual de seda, pero allí se contentan todos con uno solo, que les dura, por lo general, dos años. No hay ninguna causa para que deseen más, ya que se encuentran protegidos contra el frío, y el vestido no mejoraría su elegancia.

Aunque todos ellos se dediquen solamente a oficios útiles y les consagren pocas horas de trabajo, se produce superproducción de todos los bienes. Por esto es que de vez en cuando, se convoca a una multitud enorme de habitantes, a fin de que se dediquen a la reparación de las carreteras que quedaron en mal estado. Con frecuencia, y cuando no hay necesidad de requerir la ayuda de los ciudadanos, ordénase la reducción de la jornada de labor. Los magistrados no quieren obligar a los ciudadanos a que realicen contra su voluntad un trabajo superfluo, ya que las instituciones de aquella República esencialmente tienden a libertar a todos los ciudadanos de las servidumbres materiales en cuanto lo permiten las necesidades de la comunidad, y también a favorecer la libertad y el cultivo de la inteligencia. Creen ellos que en esto consiste la humana felicidad.

DE LAS MUTUAS RELACIONES

He de tratar ahora cómo se regulan en Utopía las relaciones mutuas y la forma de distribución de las cosas. Está formada la ciudad por familias, constituidas en grupos unidos por vínculos de parentesco. Cuando las mujeres llegan a la nubilidad se casan y viven en el domicilio de sus maridos; los hijos y los nietos quedan en la familia y deben obediencia al más anciano de los antecesores, a menos que los años hubiesen debilitado la inteligencia de éste, en cuyo caso sustitúyelo el pariente que en edad le siguiera.

A objeto de que la población no disminuya ni aumente en forma excesiva, procúrase que cada familia (en cada ciudad hay unas seis mil, excepto las que no residen allí), no tenga menos de diez hijos púberes, ni tampoco más de dieciséis. El número de los impúberes se halla ilimitado. Obtiénese esto enviando a las rarísimas familias poco numerosas el exceso de las que cuentan con muchos hijos. Cuando la población de una ciudad es demasiado numerosa en total, sirve para resarcir la falta de ella en las que son menos pobladas. Y si la masa de población en toda la isla es excesiva, désígnanse en cualquier ciudad algunos habitantes para que vayan a fundar en el continente cercano una colonia, a la que dan sus leyes los habitantes de Utopía. Eligen un territorio en el cual los indígenas posean más tierras de las que necesitan, y que no estén cultivando. Al proceder a la ocupación de la tierra se atraen también a los indígenas, por poco que éstos acepten vivir con ellos. Merced a esta unión voluntaria y a la comunidad de instituciones y costumbres, ambos pueblos, para bien de todos, fácilmente llegan a fundirse en sólo uno.

A causa de sus procedimientos, los utópicos consiguen hacer fértil, para la colonia nueva, la tierra que los habitantes primitivos consideraban como árida e improductiva.

Aquellos pueblos que se resisten a la convivencia, son expulsados de sus tierras, y éstas se adjudican a los colonizadores. Si hay quienes ofrecen resistencia, los colonos nuevos guerrear contra ellos, porque

tiene por justa causa de guerra la posesión simple de un territorio por un pueblo que lo mantiene desierto, yermo e inútil, mientras prohíbe su uso y posesión a los que, por ley natural, poseen el derecho de hallar alimento en él.

En caso que sucediera que la población de algunas ciudades de Utopía disminuya en forma tal que los lugares restantes de la isla no bastaran a cubrir el vacío sin variar su cifra normal de habitantes —cosa que, como parece, sucedió dos veces durante su historia, a consecuencia de la peste—, repatriarían a los habitantes de una colonia para repoblar con ellos las ciudades de la metrópoli, pues prefieren los utópicos la desaparición de sus colonias a la disminución de la importancia de una ciudad cualquiera.

Pero, volvamos al régimen en que los ciudadanos viven en comunidad. Vuelvo a decir que es el más anciano el que rige la familia; las mujeres sirven a sus maridos; los hijos a sus padres. En una palabra, los más jóvenes sirven a sus antecesores. Toda la ciudad se divide en cuatro partes iguales, en el centro de cada una de las cuales hay un mercado público. En esta parte, y en almacenes especiales, cada familia entrega los productos de su trabajo, los que son repartidos, según su especie, en almacenes distintos. Cada uno de los padres de familia va allí a buscar lo que necesitan él y los suyos; y se lleva lo que desea, sin que por eso tenga que entregar dinero ni cosa alguna. ¿Por qué habrían de negarse a permitirselo? Existiendo como hay, profusión de todas las cosas, ¿quién pedirá más de lo que necesita? No es de imaginar que se exijan cosas superfluas cuando todos están seguros de no carecer de nada. Únicamente el temor a las privaciones es la causa que vuelve ávidos y rapaces a todos los seres vivientes; para el hombre, es únicamente la soberbia la causante, pues le hace vanagloriarse de superar a los demás en riquezas superfluas, cosa que las instituciones de Utopía no permiten en ninguna forma.

Aparte de los almacenes de que he hablado, hay mercados de comestibles, a los que no solamente se lleva los frutos, legumbres y pan, sino también pescado y toda la carne comestible de aves y cuadrúpedos, que son, fuera de la ciudad, muertos y limpiados en agua corriente por esclavos, puesto que los utópicos no toleran que sus conciudadanos puedan acostumbrarse a matar seres vivientes, dado que, según dicen, dicha práctica va ahogando en forma paulatina, el sentimiento de piedad, esencial a la humana naturaleza. Tampoco quieren

dejar que entren en la ciudad inmundicias y carnes putrefactas que pudiesen infectar el aire y propagar enfermedades.

También hay en cada barrio vastos edificios contruidos a distancias iguales, cada uno de los que tiene su nombre particular. Viven en los mismos los sifograntes. A cada uno están adscritas treinta familias —quince en cada uno de los dos lados del mismo—, que allí comen. Los proveedores de cada edificio van al mercado a determinadas horas, y allí piden alimentos en cantidad proporcionada al número de habitantes que a su cargo tienen.

La cosa primera de que se preocupan los utópicos es de sus enfermos; éstos son cuidados en hospitales públicos (hay cuatro en el recinto de la ciudad, a corta distancia de las murallas), tan capaces que podrían compararse a ciudades pequeñas. Los enfermos, por numerosos que sean, nunca sufren ni estrecheces ni incomodidades. Esto también permite aislar a aquellos que por razón de su mal podrían originar contagios. Dichos hospitales se hallan perfectamente organizados y provistos de todo lo necesario para el cuidado de los enfermos; las curas se efectúan con dulzura y rapidez; los médicos más expertos se hallan constantemente en tales hospitales. Y como nadie entra allí contra su voluntad no hay en toda la ciudad quien, al sentirse enfermo, prefiera ser cuidado en su propia casa en vez de serlo en el hospital.

Así que los proveedores de los hospitales se han provisto de lo indicado por los médicos, de manera equitativa y según el número de los comensales, repártense los mejores alimentos entre los proveedores de los edificios de la ciudad. Ello no obstante, se tienen atenciones particulares al príncipe, al pontífice y a los traniboros, así como también a los embajadores y a los extranjeros. Por lo general, éstos son pocos, pues raras veces van a Utopía. Al llegar allí, encuentran casas preparadas especialmente para ellos, provistas de todo lo necesario.

A toque de clarín, toda la sifograntía se dirige, y en horas fijas, al respectivo edificio, para comer o cenar en comunidad, sin otra excepción que la de aquellos ciudadanos que comen en su casa o en los hospitales.

No se encuentra prohibido hacer provisiones para sí en los mercados, cuando los comedores se hallan ya provistos. Sábese que nadie obrará de tal modo; todos tienen la facultad de comer en sus casas, pero nadie usa de privilegio semejante. Habrían de considerar necio e inconveniente ocuparse en preparar un yantar mediano, cuando una

opípara y selecta comida está dispuesta en el comedor público. De todos los trabajos sucios o pesados del comedor, se encargan esclavos. La preparación y cocción de los alimentos hállese a cargo de las mujeres, que se van alternando por familias. También son ellas quienes ponen las mesas. Son estas tres o más, de acuerdo con el número de comensales. Ubicanse los hombres junto a las paredes; las mujeres al otro lado. Si se encuentran mal, como ocurre en ocasiones, a las embarazadas especialmente, situadas así pueden levantarse de la mesa sin molestar a ninguno de los de la hilera, pasando al cuarto de las nodrizas.

Se sientan éstas con los hijos pequeños en un comedor especial, donde siempre hay fuego, agua limpia y cunas; así pueden meterlos en cama y, si fuese necesario; dejarlos que jueguen libremente junto al fuego, después de desfajarlos. Cada una de las mujeres amamanta siempre a su hijo, a no ser que lo impidieran la muerte o alguna enfermedad. Cada vez que esto sucede las esposas de los sifograntes buscan de inmediato una nodriza, que hallan fácilmente, dado que las mujeres que pueden prestar este servicio ofrécese a hacerlo con gran placer. Este acto de misericordia les merece muchas alabanzas, y el niño considera a la nodriza como si fuese su misma madre.

Todos los infantuelos menores de cinco años viven en el departamento de las nodrizas. Los hijos impúberes —y tales se consideran las criaturas de uno u otro sexo hasta que no llegan a la edad de casarse—, sirven la mesa o, si por razón de su edad carecen de las fuerzas suficientes; permanecen en pie junto a los comensales sin hacer ruido alguno. Pueden comer lo que les ofrecen las personas mayores, sin tener para sus comidas, ningún otro momento asignado. En el centro de la primera mesa, que está en el lugar de preferencia (hállase colocada transversalmente al fondo de la sala, dominando a las restantes), rodeados de todos los comensales, se sientan el sifogrante y su esposa. Junto a ellos están dos ancianos de los de más edad. Los restantes se sientan a las mesas en grupos de cuatro. Y si en la sifograntía hubiese un templo, son el sacerdote y su esposa quienes han de sentarse, y presiden junto al sifogrante. Hállanse sentados a las mesas de ambos lados de la de honor, los comensales más jóvenes, siguiendo después los más viejos; de esa manera, en toda la casa reúnen las personas de parecida edad a la vez que se mezclan las de edades distintas. Proceden así para que la gravedad de los ancianos y la reverencia que

se les debe, impidan en los jóvenes las extralimitaciones de lenguaje o de gestos, ya que, hallándose a la mesa, cuanto se haga o diga es visto por los vecinos desde todos los lugares.

No se efectúa la distribución de la comida por la primera mesa, sino distribuyendo los bocados mejores a los ancianos que ocupan los sitios de honor; se hacen después partes iguales para los comensales restantes. Las porciones de los ancianos no son tan abundantes que puedan ser repartidas sin contar entre todos. Pero ellos pueden repartir a su gusto con sus vecinos más cercanos los trozos elegidos que les sirvieron. En esta forma, se honra a los ancianos, como es debido, y el homenaje beneficia a la colectividad.

Se inician todas las comidas y cenas con la lectura de un libro de moral, lectura que es corta para que no cause tedio. Después, los ancianos comienzan una conversación siempre honesta, pero ni aburrida ni triste. Su charla no la prolongan durante las comidas, pero escuchan a su vez a los jóvenes, provocando voluntariamente sus reflexiones, con lo que pueden darse cuenta del ingenio y carácter de cada uno de aquéllos, que allí se expansionan con libertad. La comida es breve; la cena, más larga, dado que después de la primera viene el trabajo, y tras de la segunda el sueño y la quietud nocturnas, cosas que ellos consideran más propicias para una digestión adecuada.

Las cenas siempre son con música, y toda colación es con delicadezas. Se queman esencias, esparcen perfumes; no deja de hacerse nada de lo que pueda agradar a los comensales. Entienden que todos los placeres están permitidos mientras no engendren algún mal.

Es así que viven en las ciudades. En los campos, donde están más aislados, todos comen en sus casas. Nada falta a las familias campesinas, ya que de ellas procede todo lo que se entrega a los ciudadanos para su sostén.

DE LOS VIAJES DE LOS UTÓPICOS

Toda vez que un ciudadano desea ir a ver a un amigo que reside en otra ciudad, o quiere simplemente viajar, fácilmente obtiene la venia del sifogrante y del traniboro, a menos de haber impedimento para ello. Parten los viajeros formando grupos, provistos de una carta del príncipe, en la que consta la autorización del viaje, y se fija la fecha del regreso.

Se les da un vehículo y un esclavo público, que es quien conduce y cuida de los bueyes. Además, a menos de llevar consigo sus mujeres, los viajeros renuncian a él, como por constituir una molestia y un impedimento. Consigo no llevan cosa alguna y, no obstante, durante el viaje, nada les falta, ya que en todas partes se encuentra en su casa. Si en alguna parte se detienen más de una jornada, trabajan allí en su oficio y reciben la acogida más afable por parte de los artesanos de su corporación. Si alguien saliese espontáneamente más allá de los límites de su territorio, y es encontrado sin poder presentar un permiso del príncipe, comete un ignominioso delito; es apresado como fugitivo, y castigado severamente. En caso de reincidir, es reducido a la esclavitud.

Si algún utópico quiere pasear por los campos que rodean su ciudad, puede hacerlo, con la venia del padre y el consentimiento del cónyuge. Mas, en cualquier pueblo adonde llegare, no le darán alimento sino lo paga con el trabajo que de ordinario se realiza en una mañana o en una tarde. Cumpliendo con esta regla, puede dirigirse a cualquier lugar del territorio vecino de su ciudad. Así no ha de ser menos útil a ésta que si se hubiese quedado en la misma.

Bien veis que no existe motivo ninguno de ocio, ni pretexto de holganza. No hay taberna alguna de vino o de cerveza, ni tampoco lupanares, ni ocasión de corruptelas, ni escondrijos, ni ocultas reuniones, ya que, estando todos bajo las miradas de los demás, se ven obligados a dedicarse al trabajo habitual o a un holgar honesto.

Dedúcese de semejantes costumbres la abundancia de todos los bienes. Y como éstos están repartidos con equidad entre todos, nadie puede ser pobre ni ponerse a mendigar.

En el Senado de Amaurota, donde, como antes lo dije, se reúnen todos los años tres ciudadanos de cada ciudad, se trata en primer término de las cosas que abundan en cada lugar y de las que menos abundan. La fecundidad de una provincia suple así la escasez de otra, y esto de gratuita manera. Los que dan de lo suyo nada aceptan de los que reciben las cosas. No piden nada a la ciudad así favorecida, mientras reciben lo que necesitan de otra a la que no han prestado ningún servicio. Toda la isla forma así como una gran familia.

Si tienen provisiones suficientes para sí (las preparan para dos años, como acto de previsión de lo que pueda suceder al siguiente), exportan el sobrante —grandes cantidades de trigo, miel, lanas, lino, maderas, granos y conchas para tintorería, pieles, cera, sebo, cuero y animales también— a otros países. Donan un séptimo de esas cosas a los pobres de cada país, y el resto véndenlo, a precio módico. Merced a este comercio, importan no sólo las materias de que carecen (les falta sólo el hierro), sino gran cantidad de oro y plata también.

La mucha práctica que tienen en este negocio les permite poseer abundantes riquezas. Impórtales poca cosa vender al contado o a plazo. Mas no aceptan documentos de particulares solos y exigen la garantía de una ciudad. Cuando se acerca el día del vencimiento, ésta reclama el pago a los deudores particulares y deposita las sumas cobradas en su Tesoro, sirviéndose de ellas hasta que los Utópicos las reclaman.

Por lo común, éstos no retiran tales cantidades. Consideran que no sería justo sacar lo que ellos no usan de manos de quien logra con ello algún beneficio. Sin embargo, si las circunstancias lo exigen, piden el pago; tal lo hacen cuando desean prestar a otro país parte de la suma o cuando es necesaria para hacer la guerra. Únicamente con este fin guardan en la isla todo ese tesoro que poseen, para prevenirse contra los peligros graves o inesperados. Pagan con dicho dinero grandes sueldos a los mercenarios extranjeros, que despachan al combate con preferencia a sus conciudadanos. Muy bien saben que se puede comprar hasta los mismos enemigos a precio de oro y hacer que se destruyan entre sí, por traición o en combate abierto. Por estas razones conservan un inestimable tesoro.

Sin embargo, no lo consideran necesariamente como un tesoro. Pero verdaderamente dudo en insistir sobre este punto, temiendo que no se me crea. Y lo temo aún más porque me doy cuenta de cuán difícil me hubiera sido admitirlo como verdadero si no lo viese con mis propios ojos. Lo que se opone a las costumbres de los que escuchan una narración como ésta, debe parecerles necesariamente algo poco digna de fe. No obstante, reflexionando en lo mismo, considerárase como cosa prudente, vista la diferencia entre las instituciones utópicas y las nuestras, que ellos puedan hacer del oro y de la plata un uso conforme a sus costumbres y no a las nuestras. Entre ellos no usan moneda alguna; la conservan en previsión de acontecimientos que pudieran ocurrir y que, tal vez, nunca se realizarán.

Por otra parte, el oro y la plata de que se hacen las monedas no tienen allí valor superior al que les diera la Naturaleza. Y, ¿quién no ve qué lejos están de valer lo que el hierro? ¡Por Hércules! Los seres mortales no pueden prescindir del hierro ni del fuego o del agua, mientras que el oro y la plata no sirven para ningún uso que sea realmente indispensable. Únicamente la locura de los hombres los valora en razón de su rareza. Por otra parte, la Naturaleza, madre indulgentísima, ha puesto abiertamente a nuestra disposición todas las cosas mejores, como son el aire, el agua y la tierra, a la vez que ocultaba en lo profundo lo que es vano y de ninguna utilidad.

No guardan los utópicos esos metales en ninguna torre. La imaginación torpe del vulgo haría sospechosos al Príncipe y al Senado si éstos pretendiesen aprovecharse de ellos, engañando al pueblo con algún artificio. Tampoco fabrican con ellos ni copas ni otros objetos de orfebrería, porque se dan cuenta de que, si llegara la ocasión de tener que fundirlos para pagar los sueldos de los soldados, la gente vería con malos ojos que se la privara de aquellos objetos en los que acaso habría empezado a deleitarse.

A fin de evitar que sucedan tales cosas, han imaginado dar al oro un uso adaptado perfectamente a sus instituciones, y que parecería increíble para quien no lo hubiese visto. Bien sabemos cómo es apreciado el oro entre nosotros y con qué cuidados es guardado. Por su parte, ellos comen y beben en platos y copas de arcilla o de vidrio, a veces extremadamente graciosos, pero sin valor alguno, mientras que el oro y la plata sirven, no sólo en los edificios comunes, sino también en las casas particulares, para hacer las vasijas destinadas a los usos

más sórdidos y aun los íntimos. Las cadenas, y los pesados grillos que colocan a los esclavos, están hechos también de esos mismos metales. Todos los condenados por algún crimen infamante deben llevar zarcillos en las orejas, anillos en las manos, un collar en el cuello y una diadema en la cabeza, todo ello de oro, ese metal que tanto apreciamos.

Cuidan de todas maneras que el oro y la plata sean tenidos entre ellos en ignominia; y de esta forma se consigue que esos metales, cuya pérdida es tan dolorosa para los demás hombres como si les arrancasen las vísceras, les puedan ser quitados de una vez, en caso de necesidad, sin que ninguno se crea por ello más pobre ni en un maravedí.

Además extraen perlas a lo largo de sus costas, así como diamantes y otras piedras preciosas en las rocas; no los buscan, pero si por azar los hallan, los pulimentan y adornan con ellos a los pequeñuelos, quienes, en los primeros años vanos se glorian y ensoberbecen de adornos tales; pero, a medida que van creciendo en edad, ven que sólo los llevan los niños y sin que sus padres les hagan advertencia alguna, los abandonan avergonzados. En la misma manera dejan nuestros niños, al crecer, las cáscaras de nuez, las bolas y las muñecas.

Costumbres tan opuestas a las que reinan, en otros países no pueden dejar de engendrar una disposición de ánimo muy diferente. Jamás lo vi tan claramente como en ocasión de la embajada de los Anemolianos.

Llegaron estos embajadores a la ciudad de Amaurota cuando yo estaba allí y, como venían para tratar negocios de importancia, tres ciudadanos de cada ciudad habían sido delegados para esperarles a su arribo. Todos los embajadores de los países vecinos que antes vinieran a Utopía, conociendo las costumbres de los utópicos, y sabiendo que entre ellos no era tenido en honor lucir ropas suntuosas, que se despreciaba la seda y que el oro era señal de infamia, acostumbraban venir con la apariencia más modesta.

Pero los Anemolianos, de país mucho más distante, habían tenido menos trato con ellos, y como hubieran oído decir que todos vestían ropas toscas y burdas, y persuadidos de que realmente no poseían lo que no usaban, fueron más soberbios que prudentes al resolverse a presentarse con el aparato magnífico que correspondiera a cualquier divinidad, para maravillar los ojos de aquellos miserables utópicos con el esplendor de sus vestimentas.

En esa forma, los tres embajadores entraron junto con cien compañeros que lucían vestidos multicolores, en su mayoría de seda. Los embajadores que en su país eran nobles, iban vestidos de oro, y llevaban también grandes collares, pendientes, anillos en los dedos y cadenillas de oro colgantes de su tocado, donde brillaban perlas y piedras preciosas, en una palabra, iban, vestidos con todo lo que constituye en Utopía la infamia o el suplicio de los esclavos, o la diversión de los pequeñuelos.

Valía, pues, la pena ver cómo los de la embajada comparaban su suntuosidad con los vestidos de los utópicos (pues había una gran muchedumbre en las calles); y, al contrario, no resultaba menos divertido considerar cómo se engañaban, y hasta qué punto estaban lejos de obtener el éxito que se habían propuesto.

Salvo los contados utópicos que tuvieron ocasión de visitar otras tierras, los demás vieron solamente en aquel esplendor una exhibición vergonzosa. Saludaban con reverencia a los criados tomándolos por sus amos, y dejaban pasar con gran indiferencia a los embajadores, a quienes creían esclavos a causa de sus cadenas de oro. Era de ver a los niños que habían hecho abandono de perlas y gemas, tocar con el codo a sus madres, diciéndoles al ver aquellos adornos en la vestimenta de los embajadores: “¡Mira, madre, aquel hombre que usa perlas y piedras como si fuese aún pequeño!”. Y la madre respondía con seriedad: “Calla, hijo mío; creo que aquél ha de ser algún bufón de la embajada”. Criticaban otras aquellas cadenas de oro, diciendo que no podían servir de nada, dado que, siendo tan delgadas, el esclavo podía romperlas en cualquier momento y huir, libre y sin trabas, adonde mejor le agradase.

Pero cuando los embajadores, al cabo de dos o tres días, vieron que el oro era considerado, tan vilmente en Utopía, que los habitantes lo tenían en no menor desprecio que era apreciado entre ellos, y que echaban más oro y plata sobre el cuerpo de un desertor condenado a esclavitud que el que había en los adornos todos de sus tres personas, dejaron de envanecerse y avergonzados de haber exhibido aquellos adornos con tanta arrogancia, se los quitaron; y más cuando, después de haber conversado íntimamente con los utópicos, comprendieron sus costumbres y sus ideas también.

Extrañanse los utópicos de que los mortales puedan experimentar placer alguno mirando el dudoso fulgor de cualquier gema o piedrecilla cuando es posible contemplar a cuanto uno quiera las estrellas o el

mismo Sol; y de que vivan hombres tan necios que crean ennoblecerse con la finura de un tejido de lana, ya que la lana de que fue hecho el mismo (por fino que sea), la llevó una oveja sin que por ello dejara de ser tal.

También se admiran de que el oro, tan inútil por naturaleza, ahora tenga tal valor en el mundo entero, que el mismo hombre que le atribuyó aquel valor para su provecho se estima en menos que el oro mismo; tanto que cualquier necio, sin más inteligencia que un leño, y no menos malvado que estulto, encierra en la esclavitud a un gran número de hombres de bien e inteligentes, únicamente porque posee mayor cantidad de monedas de oro. Y si la fortuna, o cualquier texto legal (que no menos que ella puede cambiar totalmente las cosas) la hiciera pasar a manos del más desvergonzado de sus sirvientes, no habría de sorprender verlo entrar al servicio de su antiguo criado, como apéndice y aditamento de su dinero tan codiciado.

Mucho más se sorprenden y detestan como locura los honores casi divinos que se tributan a los ricos por hombres que ni les deben nada ni se hallan obligados a ello, por ninguna causa, solamente porque son ricos, aunque los saben miserables y avaros y en verdad les consta que mientras estén vivos no recibirán de ellos un ochavo.

Estas y parecidas opiniones las deben, por una parte, a la educación recibida en el país, cuyas instituciones son totalmente opuestas a semejantes necedades; por otra, a sus estudios en ciencias y letras. Pues, a pesar de que muy pocos de cada ciudad están exentos de los trabajos para dedicarse únicamente al estudio —los que dieron pruebas desde la infancia de eximias disposiciones, ingenio superior y aptitudes para los conocimientos superiores—, todos, desde muchachos, reciben una educación literaria, y gran parte de la población, hombres y mujeres, durante toda su vida, dedica al estudio aquellas horas que, como dijimos, el trabajo les deja libres.

Estudian todas las disciplinas en su propia lengua, que es rica en vocabulario, agradable al oído y más fiel que otra cualquiera en la expresión del pensamiento. En casi toda aquella parte del Universo, se la usa con ligeras alteraciones según los lugares.

De todos esos filósofos cuyos nombres son tan famosos en el mundo nuestro, no llegó la fama hasta ellos antes de nuestra llegada. Y, a pesar de ello, en música y en dialéctica, en aritmética y geometría, obtuvieron casi los mismos resultados que nuestros antecesores. Pero si bien es

cierto que igualan a los antiguos en casi todas estas cosas, no pudieron llegar a igualar, ni con mucho, los inventos de nuestros dialécticos; pues no lograron inventar aquellas reglas de las restricciones, ampliaciones y suposiciones que en manera tan aguda se enseña a los muchachos en las clases de lógica. Muy lejos se hallan de haber investigado las “proporciones secundarias”, ni tampoco pudieron ver lo que se llama el “hombre en común”, ese coloso, mayor que un gigante cualquiera, que nosotros casi sabemos señalar con el dedo.

En forma perfecta conocen el curso de los astros y el movimiento de los cuerpos celestes. También hallaron en forma ingeniosa, diversos instrumentos de formas diversas con los que determinan con exactitud los movimientos y situación del Sol y de la Luna, así como de los demás astros que son visibles en su horizonte. Respecto a las influencias favorables o desfavorables de los astros y a todas las restantes imposturas acerca de la adivinación por medio de ellos, ni han llegado tampoco a soñarlas.

Pueden predecir, merced a los signos que les ha enseñado una experiencia larga, la lluvia, los vientos y las otras mudanzas del tiempo. Los orígenes de todos estos fenómenos, las mareas, lo salobre de los mares y la causa y naturaleza del cielo y de la Tierra, ocasionan entre ellos las mismas discusiones que entre nuestros antiguos filósofos, y, también como éstos, no logran ponerse de acuerdo. En los nuevos sistemas que imaginaron, apártanse de todos los nuestros, sin que lleguen por ello a ponerse de acuerdo tampoco.

En esa parte de la filosofía que trata de las costumbres, también disputan sobre las mismas cuestiones. Tratan de las cualidades del alma y del cuerpo, así como también de los bienes exteriores y de si el término “bien” ha de aplicarse a todos ellos o solamente debe reservarse a los del alma. Discuten acerca de la virtud y el placer; pero su primera y principal controversia es saber en qué consiste la felicidad humana, y si es una o múltiple.

Con todo, parecen inclinarse hacia los que se deciden por el placer, en el cual llegan a ver, si no la totalidad, la mayor parte de la felicidad humana. Y lo que admira más, es que de su religión, que es grave y severa y también un poco rígida y triste, sacan la justificación de una moral tan voluptuosa. Nunca discuten sobre la felicidad sin fundamentarse en los principios religiosos, que combinan con la filosofía racional; sin lo cual reputan incompleto el análisis y al razonamiento, débil.

Tales principios son los siguientes:

El alma es inmortal y nació por bondad de Dios para ser feliz. Después de esta vida en la tierra, serán recompensadas nuestras virtudes, y castigados nuestros vicios.

A pesar de que procedan de la religión, afirman los utópicos que la razón debe llevarnos a darles fe y a observarlos: ya que sin los mismos nadie sería tan necio que no buscara el placer por todos los medios posibles, buenos o malos, como no fuese porque un placer pequeño privara de otro mayor, o porque acarrase sufrimiento el obtenerlo.

Consideran una gran locura el practicar virtudes ásperas y difíciles, renunciar a las dulzuras de la vida, soportar voluntariamente el dolor sin esperar fruto alguno —¿y qué otro fruto ha de esperarse si no es una recompensa en el otro mundo, al término de toda una vida de penas y de mortificaciones?—. Creen que todo placer no constituye felicidad, y que ésta se halla en placeres buenos y honestos. Nuestra naturaleza se inclina hacia semejante felicidad como hacia el bien supremo debido a la misma virtud cuya práctica constituiría la dicha, según una doctrina contraria.

En esta forma definen la virtud: vivir según la Naturaleza. Dios nos ha dado dicho destino. Quien obedece a la razón en sus gustos y repugnancias, atiende la voz de la Naturaleza. En primer término, la razón inspira a todos los mortales el amor y la veneración a la Divina Majestad, a la que debemos lo que somos y la posibilidad de ser felices. En segundo lugar, nos invita y nos excita a vivir con las menores ansias y la alegría máxima posibles, y a ayudar a los demás a que obren de igual modo en bien de la humana sociedad. Jamás veréis ningún sostén triste y rígido de la virtud y enemigo del placer, que, al poneros como ejemplo sus trabajos, vigiliass y mortificaciones, no os excite con todas las fuerzas al alivio de la miseria y desgracias ajenas. Elogian en nombre de la humanidad a quien se esfuerce en socorrer y consolar a los demás. Por otra parte, si es muy humano (no hay otra virtud mas característica del hombre) aliviar los males ajenos y alegrar las tristezas de la vida, es decir, suministrar un placer a los demás, ¿por qué la Naturaleza no habría también de incitarnos a hacer lo mismo con nosotros?

Porque, o la vida alegre, es decir, una vida placentera, es mala, en cuyo caso no sólo debiéramos dejar de procurarla a los demás sino alejarlos de ella como de algo que es nocivo y mortífero, o es buena y en ese caso podemos y debemos procurarla a los demás. Y si es así, ¿por qué no principiar por nosotros mismos? ¿Por qué no ha de sernos

bueno lo que es tan conveniente para los demás? La Naturaleza, que ordena ser buenos con los otros, no quiere, en cambio, que seamos malos y crueles con nosotros mismos.

Los utópicos creen, pues, que una vida agradable, es decir, de placer, la prescribe la Naturaleza como finalidad de nuestras acciones; y definen la virtud como vivir de acuerdo con estos preceptos. Si la Naturaleza invita a los hombres a que se ayuden unos a otros viviendo alegremente (lo que se comprende fácilmente, ya que nadie está colocado tan por encima de los destinos del género humano que la Naturaleza deba ocuparse únicamente de él, puesto que siente igual afecto por todos los seres de la misma especie y los abroga en una misma comunión), es evidente que nos recuerda de continuo que no debemos buscar nuestra comodidad a costa de los demás.

Estiman por esto que deben observarse no solamente los pactos entre particulares, sino también las leyes de interés público que rigen la distribución de las comodidades de la existencia, es decir, lo que es materia de placer, tanto como si fueran dictadas por un buen príncipe, come si el pueblo las hubiera sancionado, de común acuerdo, sin ser oprimido por la tiranía ni dolorosamente engañado.

Cosa prudente es buscar el propio interés sin violar las leyes; es religión el trabajar por el bienestar general. Pero destruir el bienestar ajeno para conseguir el propio, es una injusta acción. Por el contrario privarse de alguna ventaja para favorecer a otros, es obrar en forma humana y benéfica. A decir verdad, la privación es inferior a la ventaja. La conciencia de haber obrado bien, la benevolencia y el agradecimiento de los beneficiados, ocasionan más placer al espíritu que el que diera al cuerpo el placer de que os abstuvisteis. También (y fácilmente se persuadirá de ello cualquier espíritu religioso), Dios sabe recompensar con una eterna e inmensa alegría, el sacrificio de un placer breve y exiguo. Creen los utópicos por todo esto, que debemos considerar todas nuestras acciones, y aun las virtudes, como en último extremo dirigidas al placer y a la felicidad.

Dan el nombre de placer a todo movimiento o estado del alma o del cuerpo en que nos complacemos obedeciendo a la Naturaleza. No temen agregarle los apetitos naturales. Pues todo lo que por esencia es agradable y se logra sin perjudicar a nadie, sin por ello privarse de otros placeres, y sin que se derive como consecuencia de ello trabajo alguno, es cosa que desean no sólo los sentidos, sino la razón.

Cosas hay no naturales que los mortales, por vanísima convención, consideran como placeres, como si pudiesen cambiar las realidades con la misma facilidad que las palabras. Dichas cosas, lejos de contribuir a hacer la felicidad, lo impiden a aquellos que se dejan seducir por una apariencia falsa que les impide disfrutar de las alegrías puras y verdaderas.

Gran número de ellas, a las que la Naturaleza no otorgó ninguna suavidad, y aun mezcló de amargura, los hombres las consideran bajo el imperio detestable de las malas pasiones, no sólo como placeres supremos, sino también como causas esenciales de la vida.

Los utópicos colocan entre estos bastardos placeres, la vanidad de aquellos de quienes ya he hablado, que se creen mejores que los demás, porque llevan mejores ropas, con lo cual dos veces yerran. Y su error no es menor al sobrevalorar su vestido más que su persona. A causa del uso, ¿es mejor su vestido de fina lana que otro de más grueso tejido? Y mantienen alta la cabeza como si se distinguieran de los demás por su mérito y no por su locura; creen que a su elegancia débensele honores a los que no osarían aspirar con un vestido más modesto, y si no se les da importancia, indígnanse.

¿No es otra necesidad igual la pasión por vanos e inútiles signos de nobleza? ¿Qué placer natural y verdadero ha de ocasionarnos la vista de una cabeza descubierta o de una doblada rodilla? ¿Desaparecerán, acaso, la gota de nuestras rodillas y la neuralgia de nuestras cabezas?

En tal falso concepto de la felicidad caen quienes se enorgullecen al pensar que el azar los hizo descender de una larga serie de antepasados, de ricos propietarios de tierras (dado que hoy la nobleza no es otra cosa que la riqueza). Por otra parte, no se creerían menos nobles aun cuando sus antepasados no les legaran cosa alguna, y si ellos mismos disiparon su heredad.

También clasifican los utópicos en esta categoría a los coleccionistas de gemas y de piedras, de quienes he hablado, los cuales se consideran como dioses cuando consiguen alguna piedra excelente, máxime si pertenece a la variedad que esté más en boga en su época, ya que no en todas partes ni en todas las épocas son valoradas igualmente. Únicamente compran las piedras solas, sin el oro de la montura, y todavía necesitan de la garantía del vendedor acerca de la autenticidad de la piedra o del brillante, y aun su juramento. ¡Temen tanto que una

pedra falsa se imponga como buena a sus ojos! ¡Por qué, entonces, disfrutar menos viendo una piedra artificial, si el ojo no puede diferenciarla de una auténtica? ¡Por Hércules, que lo mismo debieran valer una y otra ante vuestros ojos como ante los de un privado de la vista!

¿Y qué hemos de decir de los que acumulan bienes en cantidades excesivas, y sólo disfrutan contemplando su tesoro? ¡Es placer real o imaginario simplemente?

Hay otros que entierran su oro, privándose de usarlo y quizá de verlo jamás; y tanto temen perderlo, que realmente se halla perdido para ellos, pues devolverlo a la tierra, ¿qué es sino substraerlo a la propia utilidad y de los demás mortales? Sepultado el tesoro, vuelve la alegría al corazón del avaro, que se tranquiliza así. Si le roban la bolsa sin que lo sepa, y muere diez años más tarde sin saberlo, ¿qué importa que el tesoro haya estado o no en el mismo lugar durante los diez años que sobrevivió a su pérdida? En los dos casos, el oro le fue inútil por igual.

A aquellos que buscan satisfacciones tan necias añaden además los utópicos, los jugadores (cuya locura solamente conocen de oídas y no por experiencia), y, además, los cazadores y halconeros.

“¿Qué placer ha de producir, dicen, arrojar los dados en una mesa de juego? Lo hacen con tanta frecuencia como si les produjera un infinito placer. Y, a pesar de esta frecuencia, ¿no debiera producir la saciedad? ¿Y qué diversión causan los aullidos y ladridos de los perros, y cómo no cansan? ¿Y por qué ha de divertiros más ver un perro persiguiendo a una liebre que ver perseguir un perro a otro como él? Si es la carrera lo que os divierte, en los dos casos la carrera es la misma. Mas si os atrae la esperanza de una carnicería, más debiera moveros a piedad ver un gazapo destrozado por un perro, el débil vencido por el fuerte, el miedoso y fugitivo por el feroz, la presa inocente desgarrada por un cruel animal.”

Es por ello que desprecian los utópicos el ejercicio de la caza, a la cual consideran como una actividad indigna de hombres libres, y está relegada a los matarifes, oficio que, como dije anteriormente, es ejercido allí por los esclavos. Creo que la caza es como la parte más baja de aquel oficio, que, por lo demás, no deja de ser útil y honesto y produce beneficios buenos: y mientras el cazador encuentra placer en el descuartizamiento y muerte de un mísero animalillo, el matarife busca y mata los animales por necesidad únicamente. Consideran los

utópicos que el hecho de complacerse en espectáculo semejante, denota una naturaleza sanguinaria, y que, además, la repetición de placeres semejantes hará nacer el gusto de la crueldad en forma fatal.

Estas diversiones y otras innumerables parecidas, el vulgo las tiene por placeres. Los utópicos dicen en forma rotunda que no teniendo en su naturaleza nada de suave, no tienen ninguna relación con los placeres verdaderos. Aunque, según el vulgo, estos embriaguen los sentidos, como el placer carnal, no por ello cambian de opinión los utópicos. No es su naturaleza, sino la propia humana perversión, lo que hace dulce lo amargo, del mismo modo que el gusto corrompido de las embarazadas les hace encontrar el sebo y la pez más dulces que la miel. Y el juicio corrompido por la enfermedad o las costumbres malas, no podrá modificar la naturaleza de nada, ni la del placer, en consecuencia.

Aquellos placeres que los utópicos califican de verdaderos, son de especies diversas, según que se refieran al alma o al cuerpo. Los del alma son la inteligencia, y esa beatitud que se origina de la contemplación de la verdad. Agréganse a ello el recuerdo de una existencia bien vivida y la esperanza segura de los futuros bienes.

Dividen los placeres del cuerpo en dos clases, la primera de las cuales comprende los que producen sobre los sentidos una manifiesta impresión, ya cuando se restauran órganos agotados por el calor interno (al comer y beber), o cuando el cuerpo se desprende de lo que excede. Ocurre así cuando purgamos de sus excrementos los intestinos, o al practicar el acto de la generación, o al calmar la picazón de algún miembro, rascándolo o friccionándolo.

En ocasiones, el placer procede ciertamente no de la reconstitución que exigen nuestros órganos, ni de la expulsión de lo que nos molesta, sino de alguna oculta fuerza cuyo efecto manifiesto no es sino halagar nuestros sentidos, cautivándolos y atrayéndolos hacia sí; tal el que se origina de la música.

Consiste otra especie de placer corporal, según ellos, en un estado sostenido de equilibrio corporal, es decir, en una salud carente de todo malestar. Al ocurrir esto, al no experimentar ningún dolor, se produce un bienestar, aunque no se añada ninguna impresión externa agradable. Indudablemente, este placer es menos perceptible por los sentidos y actúa menos sobre ellos que los grandes placeres del comer y el beber. Sin embargo, muchos de ellos lo tienen por el supremo placer. La mayoría de los utópicos considéranlo como la base y fundamento

de toda felicidad. La salud es lo que hace la condición de los vivientes apacible y deseable, y sin ella no es factible ningún otro placer. A la carencia de dolor sin falta de salud, llámanla insensibilidad y no placer.

Hace tiempo que fue condenada la doctrina de los que sostenían que una estable y duradera salud (y esta cuestión fue muy discutida entre ellos), no debe ser considerada como placer. Los que defendían aquella tesis sostenían que no era posible tener conciencia de la salud sin el auxilio de alguna sensación externa. Los sabios proclaman hoy que la salud es uno de los placeres mayores.

Dicen, en efecto: “Ya que la enfermedad lleva en sí el dolor, que es enemigo implacable del placer, del mismo modo que la enfermedad destruye la salud, ¿por qué no habría de ser verdadera la recíproca y por qué no habría de producir placer una salud inalterable?”

Arguyen, pues, que la enfermedad es un dolor o que el dolor es inherente a la enfermedad. Y, en los dos casos, es idéntico el resultado. Que la salud sea un placer en sí misma o que lo haga nacer como el calor se origina de la llama, es cosa que no tiene importancia, y quienes gozan de una salud inalterable jamás carecerán de placer.

“¿Acaso el placer de comer, dicen, es algo más que nuestra salud que comenzaba a debilitarse y que lucha contra el hambre con el refuerzo de los alimentos? Todo esto que es un retorno progresivo al acostumbrado vigor, provoca una sensación de placer. Si la salud se place de este combate, ¿cómo no ha de alegrarse de haber obtenido la victoria? Y una vez que haya logrado su primitiva robustez, única causa de ese combate, ¿volverá a caer en estupor y letargo, desdiciendo conocer y disfrutar su felicidad?”

Quienes sostienen que la salud no puede sentirse, creen los utópicos, se engañan por entero. Porque, ¿quién, estando despierto, no distinguirá si se encuentra mal o bien? ¿Y quién, a menos de estar sometido a algún estupor letárgico, no reconocerá en la salud una agradable y deleitosa condición? Y este deleite, ¿qué es sino el placer?

Estiman los utópicos por sobre todas las cosas los placeres del espíritu (a los que consideran como los primeros y principales entre todos), la mayor parte de los que proceden del ejercicio de las virtudes y de la consciencia que tienen de una vida buena.

Otorgan entre los placeres del cuerpo la primacía a la salud. El placer de comer y beber, y las complacencias que los placeres del mismo género procuran, creen que deben ser buscados, pero sólo para

conservar la salud, y que tales complacencias no son en sí mismas dulces, sino en la medida que nos defienden de los ataques secretos de las enfermedades; y del mismo modo que el hombre prudente prefiere prevenir las enfermedades que recurrir a medicinas, evitar los dolores que recurrir a los calmantes, también vale más, como ellos dicen, no privarse de placeres de esta clase que tener que calmar su privación. Si la felicidad estriba en semejantes placeres, ¿podrá decirse que colma su felicidad el que teniendo hambre, sed y comezón, pasare su vida comiendo, bebiendo y rascándose? ¿Quién deja de ver que tal existencia sería en verdad no sólo innoble sino miserable? De todos los placeres, los dichos son los menores y los menos puros, y jamás se experimentan sin dejar de hallarse acompañados de los contrarios dolores. Se asocia el hambre a los placeres de la comida, y de manera harto desigual, ya que, cuanto más violento, mayor es el dolor, que nace antes que el placer y sólo con él se acaba.

Green, pues, que no hay que preocuparse de esta clase de placeres sino en la medida que la necesidad los impone. Sin embargo, disfrutan de ellos alegremente, dando gracias a la madre Naturaleza que invita a sus hijos, con sensaciones tan dulces, a realizar incesantemente las funciones necesarias para la vida. ¡Cuán molesta fuera ésta si de continuo precisare combatir con venenos y drogas amargas las enfermedades del hambre y de la sed, como hacemos con las otras que a intervalos mayores nos atacan!

Con cuidado conservan la belleza, la fuerza y la agilidad, preciosos dones de la Naturaleza. También buscan los placeres de la vista, el oído y el olfato, que la Naturaleza hizo propios del hombre (pues especie alguna de seres animados disfruta admirando el aspecto y belleza del Universo; aspirando perfumes, como no fuera para distinguir los alimentos, y percibiendo las consonancias y disonancias de los sonidos), considerándolos como un complemento alegre de la vida.

En resumen, y para todos los placeres de los sentidos, tienen por regla que jamás un placer debe ser obstáculo para otro mayor, ni debe provocar ningún dolor, lo cual es necesario cuando se trata de placeres deshonestos.

Estiman que es gran necesidad el menosprecio de la belleza y la negligencia de las fuerzas corporales, dejar que la agilidad se trueque en pesadez, agotar el cuerpo con ayunos, dañar la propia salud y rechazar los otros dones de la Naturaleza, a menos que, prescindiendo

del propio interés, se procure con ardor el bien ajeno o el público, con la esperanza de que Dios recompense dichos afanes con una felicidad mayor. Del mismo modo juzgan las mortificaciones que a nadie aprovechan, hechas por una apariencia vana de virtud o para habituarse a soportar unos males que quizá jamás se producirán. Obrar así lo estiman una gran locura, cosa cruel para consigo mismo, y muy ingrata para con la Naturaleza, como si se renunciara a todos sus beneficios y se negara hacia ella toda obligación.

Esas son sus teorías relativas al placer y a la virtud. Y creen que la humana razón no puede imaginar nada mejor, a menos que una religión celestial inspire a los hombres una doctrina que sea más santa. Si son o no exactas sus ideas sobre tales problemas, no tenemos tiempo de averiguarlo, ni es necesario tampoco. Trato de exponer sus instituciones, pero no hacer la apología de las mismas.

Fuese como fuere, me hallo convencido de que, gracias a ellas, no hay en ningún lugar del mundo pueblo más interesante ni república más feliz que aquélla.

Son los utópicos de cuerpo ágil y vivo, más vigorosos de lo que su estatura promete, aunque ésta no sea escasa.

Dado que la tierra no es de una fertilidad igual en toda la isla, ni su clima es tampoco igualmente salubre, se defienden de las intemperies a fuerza de sobriedad y mejoran la tierra tan industriosamente, que en parte alguna se llega a ver ganado más abundante ni más cosechas ricas, ni mayor vitalidad en los hombres, que sufren allí menos enfermedades que entre nosotros.

Se distribuye cuidadosamente la faena de los campesinos, para mejorar las malas condiciones de la tierra con ingenio y trabajo; debierais ver cómo se arranca toda una selva a fuerza de brazos y para trasplantarla a otros lugares, ya que una organización racional de la producción y del transporte exige que los bosques se hallen en la cercanía del mar, de los ríos y de las ciudades, dado que es muy difícil hacer llegar las maderas a un destino lejano por vía terrestre.

Los utópicos son complacientes, ingeniosos y activos, gustan del ocio, y cuando conviene, son muy resistentes al trabajo. No hay nada que tanto gusten como del estudio.

Cuando de nosotros recibieron algunos rudimentos de las letras y de las ciencias griegas (pues no parecía que se interesaban mucho en las obras maestras de los latinos, excepto en las de los historiadores

y poetas), admirable fue ver con qué prisa se consagraron a este estudio ayudándose de las explicaciones nuestras.

Comenzamos, pues, leyéndoles algunas páginas, más para que vieran que no rehuíamos el trabajo de enseñarles, que porque de ellos esperásemos algún fruto. Vimos desde sus primeros progresos que, merced a sus esfuerzos, no sería estéril nuestra labor.

Se pusieron a copiar la forma de las letras con tal facilidad, a pronunciar tan velozmente las palabras, a recordarlas tan de prisa, a traducirlas con exactitud tal, que nos pareció milagroso. Es cierto que la mayoría de nuestros discípulos, no sólo deseaban intensamente aprender aquellas disciplinas, sino que habían recibido orden del Senado de hacerlo, habían sido escogidos entre los letrados de mayor ingenio y eran de madura edad. Así, en menos de tres años, nada había en la lengua griega que no dominasen y leían de corrido los buenos autores, aparte los defectos de impresión.

Dicha lengua, que tan fácilmente aprendieran, no les era, a lo que juzgo, extraña por entero: Sospecho que descienden de los griegos, y su lengua, aunque casi enteramente persa, guarda vestigios de griego en los nombres de las ciudades y en los títulos de los magistrados.

Les hice conocer (ya que llevaba conmigo en mi cuarto viaje un cargamento de libros, puesto que prefería quedarme allí mejor que verme obligado a tener que salir con rapidez excesiva), la mayor parte de las obras de Platón, muchas de Aristóteles y el *Tratado de las plantas*, de Teofrasto, que desgraciadamente se halla mutilado en diversos lugares, ya que, habiéndolo descuidado durante la travesía, fue encontrado por un mono que en sus juegos y saltos desgarró y arrancó varias de sus hojas.

Sólo tienen de los gramáticos a Lascaris; no había llevado conmigo nada de Teodoro, ni otros diccionarios que los de Hesiquio y Dioscórides. Mucho valoran los libros de Plutarco y les encanta la gracia y la ironía de Luciano. De los poetas, poseen a Aristófanes, Homero y Eurípides y a Sófocles en la edición aldina, hecha en caracteres pequeños. De los historiadores a Tucídides y Herodoto, así como a Herodiano también.

Tricio Apinato, uno de mis compañeros, llevaba consigo algunos pequeños tratados de Hipócrates y la *Microtecné*, de Galeno, y los utópicos los aprecian en grado sumo. Aunque necesiten de la ciencia médica en menor proporción que cualquier otro pueblo, es entre ellos la más honrada. Estímanla entre las más bellas y útiles partes de la

filosofía. Escrutan los sabios en estas disciplinas, los secretos de la Naturaleza, y no solamente sacan de ello placeres extraordinarios, sino que también obtienen las gracias del Creador, autor de la Naturaleza. Los utópicos piensan que el Divino Artesano, al igual que los de la Tierra, expuso la máquina del mundo a las miradas del hombre (a quien hizo el único ser capaz de apreciarla), prefiriendo al hombre que examina con curiosidad esa gran obra y la admira, al que, falto de inteligencia como un animal, permanece estúpido e inerte ante un espectáculo tan maravilloso como vasto.

En esa forma, el espíritu de los utópicos, formado por los estudios literarios, se aplica de sorprendente manera a las invenciones técnicas que contribuyen a aumentar las comodidades de la vida.

Sin embargo, nos deben dos inventos: la Imprenta y la fabricación del papel, pero los deben no sólo a nosotros, sino, también en buena parte, a su propio genio. Desde que les mostramos libros de papel, impresos en caracteres alditos, y les hablamos de la materia con que está hecho el papel, y del procedimiento para la impresión de las letras, comprendieron las técnicas, aunque ninguno de nosotros pudo explicárselas, pues en ellas no éramos prácticos. Y ellos, que sólo habían escrito antes sobre cuero, cortezas o papiro, intentaron fabricar papel e imprimir las letras. Como sus primeras tentativas no resultaran satisfactorias, las repitieron frecuentemente, y obtuvieron pronto lo uno y lo otro. Lo hicieron en tan buena forma, que si se conservaran copias de todos los autores griegos, tales libros jamás faltarán. Ahora no poseen sino los que ya enumeré, pero han impreso y repartido millares de ejemplares de los mismos.

La persona que llega como visitante entre los utópicos, si sabe hacerse apreciar por sus dones de inteligencia o por la experiencia adquirida en los viajes por muchas tierras (y por esto fue tan bien acogida nuestra llegada), se ve recibido con gran benevolencia, pues gustan de oír lo que por el mundo acontece.

Pocos mercaderes van allí para negociar, dado que, aparte del hierro, ¿qué pueden procurarles? Ni oro ni plata, que podrían llevarse de allí. Respecto a sus exportaciones, ellos mismos prefieren hacerlas en vez de encargar a otros que las hagan, porque desean conocer los países extranjeros y no perder la costumbre y la pericia de las cosas del mar.

DE LOS ESCLAVOS

No reducen los utópicos a la esclavitud ni a los prisioneros de guerra —a menos de que sean agresores—, ni a los hijos de los esclavos, ni, en general, a ninguno de los que en otras tierras son vendidos como tales, sino a los que por algún crimen merecen ese castigo, y a los que fueron condenados a muerte en alguna ciudad extranjera —es caso más común—, que constituyen la categoría más numerosa. Importan muchos de éstos, que les son vendidos a precio vil, y aun en muchos casos les son graciosamente entregados.

Deben trabajar los esclavos constantemente, y además llevan cadenas. Los indígenas son tratados con mayor dureza, porque los utópicos estiman que son más culpables y que merecen el castigo más ejemplar, dado que, habiendo sido dirigidos y educados por el camino de la virtud, no han podido abstenerse de causar o practicar el mal.

Hay otra categoría de siervos, constituida por jornaleros de otros países, pobres y trabajadores, que prefieren servir en Utopía. Los tratan con bondad y como a los propios ciudadanos, sin imponerles nada más que un aumento de trabajo, ya que están acostumbrados a él. Cuando desean partir —lo cual sucede en contadas veces—, no los retienen contra su voluntad, ni les dejan que se marchen con las manos vacías.

Tal como dijera, tienen los mayores cuidados con los enfermos, y no se omite nada de lo que puede contribuir a curarlos, alimentos o medicinas. A los que padecen algún incurable mal, les hacen compañía platicando con ellos, y se esfuerzan en aliviar su mal en lo posible. Si éste es absolutamente incurable, y en consecuencia el enfermo experimenta terribles sufrimientos, los sacerdotes y magistrados exhortan al paciente diciéndole que, puesto que ya no puede realizar ninguna cosa de provecho en la vida y es una molestia para los demás y un tormento para sí mismo, ya que no hace más que sobrevivir a su propia muerte, no debe alimentar por más tiempo la peste y la infección, ni tolerar el tormento de una vida semejante, y que, por lo tanto, no ha de dudar

en morir, lleno de esperanza de librarse de una acerba vida cual una cárcel y de un suplicio, o en permitir que sean otros quienes le libren de ella. Con la muerte únicamente pondrá fin no a su felicidad, sino a su propio tormento. Y como es ese el consejo de los sacerdotes, intérpretes de la voluntad de Dios, obra piadosa y santa será proceder así.

Aquellos que son persuadidos se dejan morir voluntariamente de inanición o se les libra de la vida mientras duermen, sin que se den cuenta de ello. Este fin no es impuesto a nadie, y no dejan de prestarse los mayores cuidados a los que rehusan hacerlo. Pero saben honrar a los que así abandonan la vida.

Si alguien se diera la muerte sin causa reputada como válida por los sacerdotes y el Senado, no es considerado digno de la tierra ni del fuego tampoco. Su cuerpo, privado en forma ignominiosa de sepultura, es arrojado a los pantanos.

No se casan las mujeres antes de los dieciocho años, ni los varones hasta que son cuatro años mayores. Si antes del matrimonio un joven y una muchacha tuvieran furtivamente trato carnal, ambos son amonestados severamente y les es prohibido para siempre el matrimonio, a menos que el príncipe les otorgue la venia para que lo contraigan. Pero el padre o la madre, cabeza de las familias a que pertenecen los culpables, quedan deshonrados por no haberlos suficientemente vigilado.

Con tanta severidad castigan ese delito porque preven que, en lo futuro, pocos permanecerían unidos por los lazos conyugales si no hubieran sido protegidos contra el vicio en su juventud, ni tampoco soportarían las molestias que el matrimonio lleva consigo.

En Utopía observan, además, con gran seriedad y severidad, en lo relativo a la elección de los cónyuges, una costumbre que parecíamos absurda y ridícula, pues la mujer, sea virgen o viuda es expuesta desnuda a los ojos de su pretendiente por una matrona grave y honesta, y, al revés, el varón desnudo es mostrado por un hombre probo ante la joven. Y como manifestásemos con nuestra desaprobación, y nuestras risas qué extraña nos parecía, nos respondieron que se maravillaban de la necedad de los otros pueblos, ya que si al comprar un potrillo, que sólo vale poco dinero, somos tan cautos que, aun cuando esté casi desnudo, rehusamos adquirirlo si no se le quitan la silla y todos los arreos, temiendo que se oculte bajo ellos alguna llaga, en la elección de cónyuge, que puede llenar de placer o de pesar toda nuestra vida, obramos con tanta negligencia que apreciamos una mujer con

conocer solamente de ella un palmo (puesto que casi únicamente nos es conocido su rostro), ya que el resto del cuerpo se halla enteramente disimulado por los vestidos, corriendo así el peligro de que las cosas no vayan bien en lo futuro, si se produce un desagradable descubrimiento. No todos los hombres son tan sabios que aprecien solamente las cualidades morales; y aun cuando éstos se casan, el atractivo físico no deja de añadir un valor nuevo a las cualidades restantes. Es evidente que bajo el exterior más brillante pueden esconderse las más repugnantes deformidades, que enajenen el ánimo del marido cuando la separación ya no es posible. Si dicha deformidad sólo se manifiesta después de contraídas las nupcias, es necesario que el esposo soporte su suerte. ¡Más valiera, pues, que hubiera una ley que evitara errores tales antes de que fueran irreparables! Esta cuestión es tratada en Utopía tan cuidadosamente, cuanto que es el único país de aquellas tierras en que se contentan con una sola esposa, y el matrimonio dura hasta que la muerte lo disuelve, excepción hecha a causa de adulterio y de costumbres inmorales. En los dos casos, el Senado permite al cónyuge inocente contraer nuevo matrimonio, y el otro es infamado y condenado a perpetuo celibato.

A nadie se permite que repudie a su esposa, sin el consentimiento de ésta, mientras sea inocente, bajo pretexto de enfermedad, lo que está prohibido. Juzgan cruel abandonar a alguien cuando necesita el consuelo máximo, ya que sería privar de todo valor a la fidelidad prometida y de seguridad a la vejez, tan atacada por las enfermedades y que es una enfermedad en sí misma.

Puede ocurrir, sin embargo, que los temperamentos de los esposos sean incompatibles. Cuando los dos escogieron nuevos cónyuges con quienes esperan vivir más agradablemente, se separan espontáneamente y contraen otro matrimonio, pero no sin la autorización de los miembros del Senado, que no otorgan el divorcio antes de que ellos y sus esposas hayan examinado los hechos. Divorciarse así no es cosa fácil, pues conocen cuán poco propicia para el mantenimiento del amor conyugal es la esperanza de contraer fácilmente segundas nupcias.

Con la más dura esclavitud castigan a los profanadores del matrimonio; si los culpables son casados los dos, los esposos ultrajados, después de haberlos repudiado, pueden casarse entre sí o con quien mejor les agradase. Sin embargo, si el ofendido, hombre o mujer, persiste en su amor al culpable, no prohíbe la Ley que pueda seguirlo en su

castigo; a veces, los ruegos de uno y la persistencia del otro conmueven al príncipe, y el condenado puede recuperar su libertad. Castígame con la muerte la reincidencia en el adulterio.

En los delitos restantes, la Ley no establece ninguna pena determinada; pero el Senado, al infligir la pena, acomódala de acuerdo con la gravedad del delito. Los maridos castigan a las esposas, y los padres a los hijos, a menos que el delito fuere tan grave que exija un público castigo. Los crímenes hasta los más graves, son castigados generalmente con la esclavitud, pues creen que esta pena no es menos onerosa para el criminal, ni menos ventajosa para el Estado, que la inmediata ejecución del culpable. El trabajo de éste es más provechoso que su muerte, y comporta un duradero ejemplo que impide a otros cometer el mismo crimen.

Si los condenados se mostraran rebeldes o recalcitrantes, son muertos como bestias salvajes a quienes ni la reclusión ni las cadenas lograron domesticar. A los delincuentes no se les priva de toda esperanza. Si dominados con el tiempo, dan pruebas de un arrepentimiento sincero y muestran que la falta les parece más detestable que el castigo, el príncipe, usando de sus prerrogativas, o el voto del pueblo, otórgales una mitigación o la liberación total de la esclavitud.

La incitación al estupro es tan castigada como el delito mismo. En todos los casos, la intentona de delito es asimilada al acto, pues creen que el fallar en la ejecución del crimen no es cosa que deba ser considerada como excusa para el criminal, de quien no dependió que sucediese de otra manera.

Mucho gustan de los bufones. Quien los maltratase sería tenido en sumo oprobio. No impiden que pueda sacarse provecho de la locura, ni, en interés de los propios bufones, confíanles a aquellos que no ríen de sus gestos y chistes, temiendo que no les traten con la indulgencia debida, y que no aprovechen sus capacidades de diversión que constituyen su talento único.

Por torpe y contrahecho tienen a quien se burla de algún deforme o mutilado, pues insulta a otro al reprocharle con necedad lo que no estaba en su mano evitar.

El descuidar los cuidados de la belleza corporal, lo tienen por negligencia y pereza; pero juzgan también que usar de afeites es insolencia y causa deshonor. Por experiencia saben que los maridos mejor aprecian la fidelidad y las prendas morales de una esposa que las

gracias del cuerpo, y si muchos hombres se enamoran sólo por éstas, únicamente la virtud y la abnegación saben retenerlos.

No se contentan en Utopía desterrando el crimen con las penas, sino que incitan a la virtud con promesa de honores. En las plazas públicas colocan estatuas de los varones insignes y de preclara memoria para la república, a fin de que dure así el recuerdo de sus acciones buenas, y, a la vez, la gloria de los antepasados sea para la posteridad incitación y acicate a la virtud.

El que aspira a una magistratura, pierde toda esperanza de alcanzarla.

Viven amablemente los utópicos sin que ningún magistrado sea terrible o insolente. Llamanlos padres, y así merecen ser llamados. Todos pueden otorgarles los honores debidos a su categoría, pero nadie se halla obligado a ello. El príncipe no se distingue de los demás a causa de sus vestidos o por su diadema. Lleva únicamente en la mano un ramillete de flores. La insignia del pontífice es un cirio, que llevan delante de él.

Pocas son las leyes que tienen, pero suficientes para sus instituciones. Lo que critican primeramente en los demás pueblos es el número infinito de leyes e interpretaciones, que, con todo, jamás son suficientes. Consideran injusto en extremo encadenar a los hombres con tantas leyes, tan numerosas que es imposible leerlas todas, y tan oscuras que muy pocos pueden comprenderlas. Han suprimido así todos los abogados que defienden las causas, y en manera sutil disputan sobre las leyes. La experiencia les enseñó que es preferible que cada cual defienda su pleito y exponga al juez lo que habría manifestado a su defensor. En esa forma evitan complicaciones, y es más fácil dilucidar la verdad. Mientras los litigantes hablan, sin todas las argucias que los defensores enseñan, el juez considera los argumentos y ayuda a los hombres de bien contra las calumnias de los artificiosos.

Difícil sería aplicar tales normas en otros países donde hay tantas leyes y su cumplimiento es tan complicado y difícil. Allí, en cambio, todos son jurisperitos, pues, como lo he dicho, las leyes son muy pocas, y su interpretación más simple pasa por ser la más equitativa.

“Todas las leyes, como dicen, se promulgan para que cada cual sepa cómo ha de proceder; las interpretaciones más sutiles podrían sólo convenir a unos pocos (ya que son pocos los que pueden entenderlas). Indispensables son, pues, leyes cuyo sentido está al alcance de la mayoría.

Con referencia al vulgo, que es esa mayoría, y el que mayor número de leyes necesita, la abundancia de ellas, cuya interpretación no alcanza nadie sino con gran inteligencia y largas controversias, equivale a la ausencia de leyes, puesto que su entendimiento no llega a comprenderlas, ni su vida, ocupada en el trabajo necesario, bastaría para ello."

Los pueblos cercanos de Utopía envidian las virtudes de los ciudadanos de dicho país; lo cual hace que aquellos que tienen libertad de acción (muchos de los cuales fueron libertados por los utópicos en otros tiempos), les pidan magistrados, unos por un año, otros por cinco, a los que cuando llega el término de sus funciones, acompañan a su tierra colmados de honores, mientras llaman a otros para que los reemplacen.

Los pueblos que obran de esa manera, asegúranse la mejor y más sana forma de gobierno, pues la salud o la ruina de los Estados depende de las costumbres de los magistrados, que no pueden elegirse en forma más prudente que cuando no se venden a ningún precio (lo cual fuera inútil en el caso de los utópicos, ya que pronto deben volver a Utopía), y siendo extraños a los ciudadanos, los funcionarios utópicos no pueden ceder a ningún afecto ni enemistad. Una vez que estos dos males, la parcialidad y la avaricia, se sientan en el lugar de los jueces, inmediatamente disuelven la justicia, el más fuerte nervio de las repúblicas.

A dichos pueblos que van a pedirles jefes, llaman los utópicos aliado y amigos a los restantes, a quienes otorgan beneficios.

Jamás se comprometen con esos tratados que todas las demás naciones concluyen, rompen y tan fácilmente renuevan.

"¿Qué haríamos, dicen, con los tratados, si ya los hombres se encuentran bastante unidos entre sí por naturaleza, y los que no reconocen este vínculo no mantendrán sus palabras?" Profesan esta opinión con tanta mayor firmeza, cuanto que en aquellas tierras los pactos entre soberanos son a veces observados con muy poca lealtad. Realmente en Europa, y principalmente en aquellas tierras donde reinan la fe y la religión de Cristo, la majestad de los tratados es inviolable y santa, en parte a causa de la bondad y justicia de los príncipes, también en parte a causa del temor y de la reverencia que inspiran los pontífices, quienes no se comprometen a nada que no observen religiosamente, obligando así a los otros soberanos a respetar sus compromisos, usando en caso necesario de la pastoral censura y de sanciones severas. Con razón

estiman que sería muy torpe cosa ver infieles a sus promesas a los que llevan el nombre de fieles.

Pero, en aquel nuevo mundo, que el círculo ecuatorial menos separa del nuestro que las diferencias de vida y de costumbres, los pactos no merecen ningún respeto. Los que se concertaron repetidas veces con las más y más sagradas ceremonias, son los que se quiebran antes; fácilmente hallan motivos de embrollo en cláusulas que se formularon con prudencia infinita; en esa forma, nadie está jamás ligado por vínculos tan sólidos que no puedan romperse, y se ve a los contratantes eludiendo los tratados y la palabra empeñada. Si entre particulares se descubriese fraude o dolo en un contrato, los mismos que se vanaglorian de aconsejarlos en los Consejos de los príncipes dirían, frunciendo grandemente el ceño, que era cosa sacrílega y digna de la horca.

Podría decirse por esto, que la justicia es virtud plebeya y humilde, que se arrastra muy por debajo de los reales tronos, o, mejor todavía, que hay dos justicias: la que es buena para el pueblo, que vive de rodillas, y que, apesadumbrado de cadenas, no puede salvar la valla que la rodea; y otra, la de los príncipes, más noble que la de los plebeyos, y en sus movimientos más libre, para la cual sólo es lícito lo que quiere.

Las costumbres de que hablo, estos pactos que los reyes tan mal observan, son la causa por que los utópicos se niegan a firmar tratados. Quizá cambiasen de opinión si aquí viviesen.

También les parece que aun cuando tales convenios fuesen observados, nefasto sería extender su uso. Esos tratados acostumbra a los hombres a considerarse unos a otros como si fuesen enemigos hereditarios (como si no existiese una alianza natural entre dos pueblos a los que sólo separa una colina o un riachuelo), imaginándose que si no fuera por los tratados se habría de producir la ruina de todos. Sin embargo, las alianzas que se conciertan no estrechan los lazos de amistad, sino que, por el contrario, subsiste el derecho de devastar las tierras de los otros, en lo que permite una imprudente redacción de los textos que no lo especifique con claridad.

Piensen los utópicos que es imposible tener por enemigo a quien no les causa ningún daño. Según ellos, el vínculo creado por la Naturaleza es la verdadera alianza; y los hombres se hallan unidos con mayor fuerza por su buena voluntad que por los tratados, y más por sus buenos sentimientos que por la letra de los protocolos.

DEL ARTE DE GUERREAR

Tienen los utópicos la guerra por cosa bestial —aunque sea menos frecuente entre las fieras que entre los hombres—, la abominan, y, al revés de la mayor parte de los demás pueblos, estiman que no hay cosa más despreciable que la gloria guerrera.

Ello no obstante, se ejercitan asiduamente en el arte de la guerra, tanto los hombres como las mujeres, en días determinados, para que nadie sea inhábil en la lucha cuando de las armas fuera necesario hacer uso.

No emprenden la guerra por fútiles motivos, a no ser que defiendan sus fronteras, para expulsar a los invasores del territorio de un país amigo, o sino en el caso de que, movidos de compasión hacia algún pueblo tiranizado, por humanidad decidan emplear sus fuerzas librándolo del yugo del tirano y de la esclavitud.

Ocurre también que los utópicos benefician con su auxilio a sus amigos, no solamente para defenderlos, sino, cuando han sido ultrajados, para vengarlos y ejercer represalias. En realidad, no obran así más que en caso de haber sido consultados previamente, y si, después de examinada la cuestión, el adversario a quien se ha reclamado no da satisfacción, pudiendo ser considerado así como autor responsable de la guerra. Y no obran de ese modo solamente en caso de depredaciones cometidas en incursión bélica, sino también, y aún con mayor energía, cuando la iniquidad de una ley o la interpretación maliciosa de una disposición buena por sí misma, sirve de pretexto e injusticias —a guisa de justicia—, de que son víctimas los comerciantes de una nación amiga.

Otro no fue el origen de la guerra que, junto con los nefelogetas y contra los alaopolitas, los utópicos promovieron poco tiempo antes de nuestra época. Los alaopolitas injuriaron a unos mercaderes nefelogetas amparándose para ello en una ley. Tanto si estaban en su derecho de hacerlo como si no lo estaban, fue atroz la guerra para vengarse de ellos. Plegáronse a las fuerzas de ambos contendientes las de los pueblos vecinos, que entraron en la lucha llevados de sus amistades

y de sus odios. Pueblos muy florecientes fueron conmovidos con violencia; destruidos otros. El fin de esta serie de males fue que capitularon los alaopolitas, y encontraron su esclavitud. Debieron someterse a los nefelogetas —pues los utópicos no combatían en interés propio— cuando, en los tiempos de la grandeza de los alaopolitas, su poderío no podía compararse con el de éstos.

Arguyen, pues, los utópicos, con gran encarnizamiento, la causa de sus amigos, aun cuando de asuntos de dinero se trate. No así la de sus propios súbditos. Si alguno de éstos se ve privado dolosamente de sus bienes, mientras no haya perjuicio en la persona, se vengan solamente del pueblo culpable absteniéndose de comerciar con él mientras por ello no dé satisfacción. No es que se preocupen menos de sus compatriotas que de sus aliados, pero el caso es que soportan con menor facilidad que éstos pierdan su dinero, pues cuando los comerciantes de un país amigo sufren un perjuicio pecuniario, dicha pérdida es cosa suya, mientras que los utópicos, en igual caso, nada pierden, ni tampoco pierde la riqueza pública, pues se exportan solamente cosas que abundan en exceso en el país, ya que de otro modo no se permitiría su exportación. La pérdida es así tan pequeña, que nadie la siente. Además, estiman que es crueldad excesiva vengar con la muerte de gran número de hombres un daño de esa naturaleza, que no afecta ni a la vida ni al sustento de los suyos.

Sin embargo, si alguno de éstos es herido o muerto injustamente, tanto si del hecho es responsable una autoridad pública como si lo es un particular, envían los utópicos sus embajadores exigiendo la entrega de los culpables, bajo amenaza de declaración de guerra. Si los culpables les son entregados, quedan condenados a muerte o a esclavitud.

Una victoria cruenta les causa desconsuelo y aun avergüénzanse de ella, estimando que es locura pagar tan caro un éxito, por precioso que sea éste. En cambio se glorian cuando han vencido a sus enemigos con la astucia y el artificio. Celebran la victoria con triunfos públicos, erigiendo trofeos como si hubieran realizado hazañas grandes. Se jactan de haber conseguido éxitos semejantes y de haber dado prueba de sus virtudes. Dicen que ningún animal, aparte del hombre, es capaz de vencer con la sola fuerza del ingenio, pues los osos, leones, jabalíes, lobos, perros y otras bestias, sólo luchan con la fuerza de su cuerpo; y aunque la mayoría de ellas nos superan en vigor y en ferocidad, todas son vencidas por el raciocinio y el ingenio.

Cuando los utópicos hacen la guerra, aspiran sólo a que les sea dada una satisfacción, que si hubiera sido obtenida habría impedido la ruptura de las hostilidades. Si no la obtienen, toman de ello una venganza bastante severa, para que el terror detenga a los que en el futuro quisieran obrar de modo igual. Tales son sus propósitos al ejecutar sus proyectos, proyectos que aspiran a realizar rápidamente, pues desean evitar más el peligro que conseguir gloria y fama.

Es así que, al iniciarse las hostilidades, hacen fijar, secretamente y en un mismo día, en los lugares principales del país enemigo, unos carteles que llevan el sello del Estado utópico, ofreciendo recompensas enormes a quien matare al príncipe enemigo; con promesa de primas menores, ponen precio a las cabezas de los que después del príncipe consideran como principales responsables de las hostilidades.

Sea cual fuese el premio ofrecido al asesino, lo doblan si les entregan vivo a cualquiera de los proscritos; y cada uno de éstos a su vez, es invitado a traicionar a sus propios compatriotas, ofreciéndoles las mismas recompensas, además de la impunidad

Es así que consiguen que sus enemigos rápidamente desconfíen unos de otros, y, no confiándose a los demás, aumente su miedo y resulten menos peligrosos. Se ha visto gran número de ellos, y en primer lugar el Príncipe, entregados por aquéllos en quienes depositaron su mayor confianza; tan fácil es corromper a los criminales. En caso semejante no lo olvidan los utópicos, que teniendo en cuenta los riesgos que corren los que para ellos trabajan, los compensan de la magnitud del peligro con la munificencia de la recompensa. Además prometen una gran cantidad de oro, la plena y perpetua propiedad de tierras situadas en seguro lugar, en tierras de amigos, y fielmente lo cumplen.

Se jactan de esta costumbre de comprar a los enemigos y de poner precio a sus cabezas, en todas partes, que es considerada como una cobarde crueldad propia de almas degeneradas, y se consideran muy prudentes al terminar de ese modo las más terribles guerras, sin combate alguno; dado que es dar pruebas de humanidad y de misericordia salvar la vida de miles de inocentes —en parte suyos, en parte enemigos—, destinados a sucumbir en los campos de batalla, por medio del sacrificio de unos pocos culpables. Saben compadecer a los soldados enemigos no menos que a los propios, entendiendo que no guerrear espontáneamente, sino que lo hacen impulsados por la furia de los príncipes.

Si los procedimientos de que he hablado no dan resultado, siembran los gérmenes de la discordia, alentando en el hermano del rey o en otro gran personaje la posibilidad de conquistar el poder. Cuando languidecen las facciones internas, excitan a las naciones vecinas de los enemigos y las hacen entrar en la contienda, sacando a relucir alguno de los viejos títulos de que los reyes nunca carecen.

En forma abundante afluyen las subvenciones a los aliados, pero únicamente envían a la guerra a un número muy corto de sus ciudadanos porque los consideran su riqueza mayor. Tanto los aprecian que no aceptarían el cambio de uno solo de ellos por un rey enemigo y, en cambio, el oro y la plata, de los que no hacen ningún caso en su país, los gastan sin cuento, y aun los regalan, porque saben que no dejarán de vivir mejor aunque gastaran todo su tesoro.

Aparte de las riquezas que en su país conservan, poseen los utópicos, como reserva en el exterior, las inmensas sumas que otros países les deben, según ya dije. Con ellas pueden mandar a la guerra mercenarios de todo los países, y sobre todo zapoletas. Los mencionados, que viven a una distancia de quinientos mil pasos de Utopía, por el lado de Oriente, son gente hórrida, feroz y agreste; prefieren las selvas y las ásperas montañas de su país. Son gente dura, que resisten bien al frío y los trabajos penosos; desconocen los refinamientos y nada saben de agricultura descuidando las artes de la edificación y del vestido; sólo se ocupan de sus ganados y viven esencialmente de la caza y de la rapiña.

Nacidos únicamente para la guerra, buscan cuidadosamente la ocasión de dedicarse a ella, y cuando la hallan hácenlo con avidez. Abandonan su país en gran número y se ofrecen a vil precio como soldados donde los necesitan. El solo oficio que conocen es aquel en que arriesgan la vida. Pelean con gran valor y dan prueba de una incorruptible fidelidad al servicio de quienes les pagan. En verdad que jamás se alistan por un determinado periodo de tiempo, sino con la condición de que podrán alistarse en otra parte, aun entre los enemigos, si mayor paga se les ofrece. Pero vuelven otra vez, atraídos por un ligero aumento de la soldada.

Es raro que estalle alguna guerra sin que muchos de ellos se encuentren en ambos bandos. Ocurre cotidianamente que parientes muy próximos, hombres que se hallaban unidos por una gran amistad mientras servían la misma causa, bátense poco después encarnizadamente, cuando el azar los ha dispersado en las filas de ejércitos enemigos, y,

olvidando los lazos de la sangre y de la amistad, apuñálanse unos a otros sin que los mueva a dañarse mutuamente otro móvil que la soldada exigua que les pagan dos jefes diferentes. Poseen tal pasión por el dinero, que un maravedí que se sume a su paga diaria, fácilmente basta para hacerlos cambiar de partido. Su avaricia crece en esa forma, pero les es inútil. Lo que ganan con su sangre, lo gastan en la más miserable crápula.

Dicho pueblo combate por cuenta de los utópicos contra todos, y ningún país les ofrece sueldos que sean tan elevados. Los utópicos, que tantas consideraciones tienen hacia los buenos, no dudan en abusar de dicha manera de los peores. Cuando lo imponen las circunstancias no dudan en impulsar a los zapoetas a los peligros mayores, seduciéndolos con grandes promesas y exponiéndolos en lugares de peligro mayor, de donde la mayoría no vuelve para exigir el cumplimiento de lo prometido. Los sobrevivientes reciben con exactitud lo que les prometieron, como incentivo para que muestren nuevamente temeridad idéntica.

No preocupa a los utópicos la pérdida de muchos de dichos mercenarios, y aun piensan merecer el agradecimiento del género humano si alcanzan a purgar la Tierra de tan innoble y nefasta gente.

Emplean además en tiempo de guerra las tropas de los pueblos en cuyo auxilio guerrear, así como batallones auxiliares que les proporcionan los aliados restantes, y en último lugar, usan de sus propios ciudadanos, entre los cuales escogen un hombre de probado valor, a quien ponen a la cabeza de todo el ejército. Le agregan otros dos, que, mientras vive aquél, no tienen ninguna facultad; pero si el jefe es hecho prisionero o muerto, uno de ellos lo substituye como por herencia, y, en caso de necesidad, hácelo el tercero, a fin de que, siendo mudables las suertes de la guerra, no se comprometa el ejército por haber desaparecido el jefe.

Cada una de las ciudades alista y ejercita a los que se ofrecen voluntariamente. Nadie a la fuerza es inscrito en la milicia para expediciones exteriores. Estiman que un soldado poco valeroso por naturaleza, no sólo no ha de volverse valiente, sino que contagiará el miedo a sus compañeros.

Sin embargo, en caso de guerra interior, los cobardes de esta clase son utilizados, si son suficientemente robustos, en los buques, mezclándolos con los mejores o distribuidos por las fortalezas, de donde la fuga es imposible. Es así como el amor propio, la proximidad de los enemi-

gos, la carencia de una esperanza de fuga, acaban con el temor y frecuentemente el peligro extremado se convierte en valor.

A nadie se obliga contra su voluntad a guerrear más allá de las fronteras, y las mujeres pueden acompañar a sus maridos, si lo desean, en las filas del ejército, exhortándolas a hacerlo y alabándolas si así lo hacen. Ellas marchan con sus esposos y permanecen a su lado; se rodean todos de sus hijos, parientes y amigos, para que se ayuden más fuertemente aquellos a quienes la naturaleza impulsó a prestarse auxilio mutuo. Se tiene en el mayor oprobio al marido que retorna sin su esposa, o el hijo sin sus padres. Cuando por la resistencia del enemigo se ven obligados a combatir, luchan con gran furor y encarnizamiento hasta aniquilarse los combatientes. Por todos los medios buscan no combatir por sí mismos, usando de los auxiliares que a sueldo tienen; pero, cuando es indispensable entrar en combate, luchan con intrepidez tal como prudencia mostraron para evitarlo mientras posible les fue eludirlo.

No aparece su ímpetu al primer empuje, y los obstáculos y la duración de la lucha encienden progresivamente sus ánimos hasta el punto de que en su país existe todo cuanto paso atrás. Como tienen la certeza de que en su país existe todo cuanto se precisa para vivir, desaparece el temor por la futura suerte de su familia (y es dicha inquietud la que paraliza en todas partes los ánimos esforzados), y su valor es sublime, no tolerando la derrota. Debe añadirse a esto la confianza que les inspira su gran pericia en el arte de la guerra y la excelente educación que reciben desde su infancia en las escuelas e instituciones de la República, donde les fue enseñado que la vida no es cosa tan vil que deba ser prodigada, ni tan cara que haya de ser conservada torpe y cobardemente cuando el honor exija el renuncio a ella.

En lo más recio del combate, un selecto grupo de jóvenes juramentados en el cumplimiento de su misión se lanzan en busca del jefe del ejército enemigo, atacándole abiertamente o preparándole una emboscada. Desean alcanzarlo de cerca o de lejos. Atacan y combaten sin descanso en forma de cuña y combatientes nuevos reemplazan a los que se sienten fatigados. Es cosa rara que el general enemigo (a menos de huir), no perezca o no caiga vivo en poder de sus adversarios.

Al obtener la victoria, los utópicos no se encarnizan matando a los vencidos, puesto que prefieren capturar a los fugitivos en vez de matarlos. Pero nunca se lanzan a perseguirlos sin que tengan de reserva un cuerpo de ejército en orden de batalla bajo sus estandartes. Salvo en el caso de que, aunque contenidos por todos lados, puedan ganar la

batalla, merced a su retaguardia, prefieren dejar huir a sus enemigos en vez de perseguirlos, dado que así sus tropas romperían las filas y se desbandarían. Tienen la experiencia de lo que muchas veces ocurriría, o sea, que habiendo derrotado y puesto en fuga a los enemigos, y persiguiéndolos en desorden, unos pocos utópicos que constituían la reserva, aprovechando la ocasión, de improviso atacaron a los que se habían dispersado descuidando su seguridad por el exceso de confianza, y en esa forma cambiaron el aspecto de la batalla, arrancando los vencidos, de manos de los hasta entonces vencedores, la victoria que éstos ya segura consideraban.

Es difícil decir si los utópicos son más hábiles para preparar emboscadas que cautos en evitarlas. Cuando uno creería que preparan su fuga, ni siquiera piensan en ello. Por el contrario, si toman esta determinación, es imposible adivinarlo. Pues si estiman que por la posición o por su número se encuentran en peligro, silenciosamente abandonan, por la noche, el campamento, o eluden el peligro gracias a alguna estratagema, o bien se retiran poco a poco, pero en tan perfecto orden, que no es menos peligroso atacarlos durante la retirada que en plena batalla.

Con todo cuidado rodean los campamentos de fosos anchos y profundos; la tierra que de ellos sacan, la echan en el interior de la fortificación. Para estos trabajos no emplean peones. Son los mismos soldados los que los ejecutan con sus propias manos. Todo el ejército trabaja en ello, salvo los centinelas que están en la parte exterior para señalar ataques imprevistos. En esa forma, y con tantos trabajadores, acaban rápidamente y con seguridad fortificaciones potentes que rodean una vasta extensión de terreno.

Emplean armas y escudos sólidos, que no molestan ni el gesto ni los movimientos, tanto que hasta pueden nadar con ellos sin que lleguen a ocasionarles molestias. El poder nadar armados, es uno de los primeros elementos de su instrucción militar.

Lanzan saetas con gran fuerza y habilidad a la distancia, tanto los jinetes como los infantes. En el combate no usan espadas, y sí hachas que, por su peso y corte, causan heridas mortales tanto si hienden como si pinchan con ellas.

Inventaron ingeniosísimas máquinas de guerra, y las esconden cuidadosamente, no porque teman que puedan ser imitadas, sino porque no se burlen de ellas. Preocúpanse al fabricarlas sobre todo, de la posibilidad de transportarlas fácilmente y de los medios de que puedan dar vueltas en todos sentidos.

Con tanta escrupulosidad observan las treguas pactadas con los enemigos, que no las violan ni aun en caso de provocación. Tampoco devastan las tierras enemigas, ni queman las cosechas; al contrario, procuran en lo posible que no las pisen ni los hombres ni los caballos, con la esperanza de que algún día puedan utilizarlas.

Nunca maltratan a un hombre inerme, a menos que sea espía. Protegen las ciudades que se les entregan, y no saquean las tomadas por asalto; y condenan a muerte a los que se oponen a la rendición y esclavizan a los demás defensores. No molestan a la muchedumbre de los que no tomaron parte en la guerra. Si llegan a saber de algunos que aconsejaron la rendición, les otorgan una parte de los bienes de los condenados. Lo restante lo dan a las tropas auxiliares, no tomando nada para sí mismos.

Una vez acabada la guerra, no hacen pagar a sus amigos los gastos de la misma, sino a los vencidos, exigiéndoles por un lado la entrega de dinero, que conservan como reserva para el caso de otra guerra semejante, y de tierras de gran rendimiento que perpetuamente retienen para sí.

De esta manera, tienen ahora en distintas tierras rentas de esta clase, procedente de causas muy diversas, y cuyo monto total asciende a más de setecientos mil ducados anuales. Envían a tales tierras algunos de sus conciudadanos, llamados *cuestores*, para que magníficamente vivan en ellas comportándose como magnates. Una parte considerable de las rentas de dichas tierras va a parar al Erario público, salvo cuando prefieren prestarla al país en que se hallan las tierras, cosa que frecuentemente hacen, en espera de necesitarlo para sí. Raro es que reclamen su total reembolso. Parte del producto de dichas tierras lo asignan a aquellos que por instigación suya corrieron los riesgos de que hablé anteriormente.

En caso que algún príncipe se preparara a invadirlos con su ejército, salen de sus fronteras y se dirigen a su encuentro con grandes fuerzas, pues no guerrear en su territorio más que por muy graves razones, y ninguna necesidad, por grande que fuera, les hará admitir en su isla auxilios ajenos.

LAS RELIGIONES DE LOS UTÓPICOS

Diferentes son las religiones existentes no sólo en los distintos lugares de la isla sino en cada ciudad. Unos adoran al Sol, otros a la Luna o a algún planeta errante. También hay quienes tienen no sólo por dios sino por dios supremo a algún hombre que se hizo ilustre por su gloria o sus virtudes. Pero la mayor parte —y son también los más prudentes—, no acepta ninguna de tales creencias, y reconoce un solo dios, único, desconocido, eterno, inmenso, inexplicable, que se halla por encima de la mente humana y que llena nuestro mundo, no con su extensión, sino con su poderío. Lo llaman “el Padre”.

Lo atribuyen el origen, desarrollo y progreso de todas las cosas, así como también los cambios que han hecho semejantes las cosas a como las vemos ahora; y sólo a él otorgan honores divinos.

Hasta los restantes utópicos, a pesar de sus diversas creencias, convienen con ellos en la existencia de un Ser supremo, creador y providencia del Universo, al que comúnmente llaman *Mitra* en la lengua del país, aunque varía el concepto que tienen de él. Sean cuales sean sus opiniones individuales sobre esta cuestión, reconocen la identidad de la divina naturaleza con el poder y la majestad a las que todos los pueblos, de acuerdo mutuo, atribuyen la existencia del mundo. Por otra parte, los utópicos van abandonando poco a poco esta diversidad de creencias, para convenir en una sola religión que aparece a la razón como superior a las demás. Sin duda los dogmas restantes se hubieran desvanecido hace tiempo, si imprevistas desgracias no hubiesen dificultado la conversión de gran número de habitantes de la isla, que supersticiosamente consideran ciertos acontecimientos fortuitos como signos de la cólera celeste y creen que la deidad cuyo culto pensaban abandonar está vengándose de su impío propósito.

Una vez que les hubimos enseñado el nombre, la doctrina, la vida y los milagros de Cristo, y la constancia no menos admirable de tantos mártires cuya sangre derramada voluntariamente llevó la fe cristiana a tantas naciones, hasta en las regiones más lejanas, no podéis imaginaros los sentimientos de afecto con que a ella se adhirieron, ya por secreta

inspiración de Dios, o porque les pareciese próxima a la creencia que predomina en su país. También, y según creo, lo que contribuyó en gran manera a decidirlos, fue saber que Cristo se complacía en comer con sus discípulos, costumbre que aún perdura en las reuniones donde se conserva la más pura tradición cristiana. De todas maneras, lo cierto es que muchos adoptaron nuestra religión y fueron purificados en el santo bautismo.

Pero ninguno de nosotros cuatro (únicos sobrevivientes después de haber muerto dos de nuestros compañeros restantes) era sacerdote; y de ello me duelo, pues los utópicos, aunque iniciados en nuestra religión, aún esperan los sacramentos que entre nosotros únicamente pueden conferir los sacerdotes. Comprendiendo el valor de éstos, los desean con toda vehemencia, y aún disputan entre sí acerca de si alguno de ellos podría ejercer funciones sacerdotales sin permiso del pontífice de los Cristianos. Dispuestos parecían a elegir un Sacerdote, pero al partir yo todavía no habían elegido a nadie.

Aquellos que no adoptaron la religión cristiana no buscan disuadir a ninguno de ella, ni persiguen a sus adeptos. Sin embargo, uno de los nuestros fue encarcelado en mi presencia. Bautizado recientemente predicaba públicamente, contra mi opinión y con mayor fe que prudencia, la fe de Cristo, y tanto se inflamó que no solamente clamaba diciendo que nuestra fe era la mejor de las creencias, sino que condenaba en conjunto todas las demás, y vociferaba contra estas religiones tratando a sus ritos de profanaciones y a sus secuaces de sacrílegos impíos y dignos de ser entregados a las llamas eternas. Pronunció un largo discurso en este tono. Lo aprehendieron y fue acusado, no de ultrajar la religión del país sino de provocar tumultos populares, y por lo mismo fue desterrado. Así se hizo, porque uno de los principios más antiguos de Utopía establece que nadie debe ser molestado por causa de su religión.

Utopo había sabido desde un principio que antes de su llegada el país se hallaba sometido a continuas guerras de religión, y dióse cuenta de que estas sectas diferentes, incapaces de entenderse para una acción común y batiéndose aisladamente para defender su suelo, le brindaban la posibilidad de subyugarlos de una vez a todos. En cuanto hubo alcanzado la victoria, proclamó la libertad de que cada cual profesare la religión que le agradase; y aunque se permita hacer prosélitos, es menester que se proceda con moderación y dulzura y con argumentos racionales, no destruyendo brutal ni violentamente la ajena religión, si

no tuviere efecto la persuasión. La intolerancia en las controversias religiosas se castiga con destierro o esclavitud.

Con tales medidas, Utopo no sólo aspiraba a mantener una paz antes combatida por luchas incesantes y odios implacables; creía que era preciso proceder así en interés de la misma religión sobre la cual jamás osó tomar ligeramente ninguna determinación, no sabiendo si fue Dios mismo quien, deseando la multiplicidad de los cultos, a todos los inspiró.

En verdad, hacer uso de fuerza y de amenazas para que todos acepten lo que se cree que debe ser la verdad, es cosa que le parecía tiránica y absurda. Previa que si una religión era verdadera y todas las restantes vanas, conseguiría fácilmente superar a las demás y triunfar sobre ellas, mientras obrase en forma racional y moderada. Por el contrario, si las armas y turbulencias dominaban en la competencia, los peores —que siempre son los más grandes luchadores— atacan la mejor y más santa de las religiones, que parece ahogada por las supersticiones vanas como la cosecha entre el yuyo y las ortigas.

Fue así que dejó la cuestión intacta, y cada cual quedó en libertad de creer lo que quisiera. Sin embargo, prohibió severamente, en nombre de la moral, que nadie llegase a degenerar hasta el punto de creer que el alma perece con el cuerpo o que el mundo marcha sin ser dirigido por la Providencia. Los utópicos piensan que después de esta vida existen castigos para los vicios y premios establecidos para las virtudes. Aquel que cree lo contrario no es contado en el número de los hombres, dado que hace descender la sublime naturaleza de su alma a la corporal vileza de una bestia. No le cuentan tampoco entre los ciudadanos, pues, si el miedo no se lo impidiese, podría pisotear todas las instituciones y costumbres del país. ¿Cómo se podría saber si semejante hombre no querría infringir, astuta o violentamente las leyes de su país si obedeciera solamente a sus pasiones y por encima de las leyes humanas nada temiese, puesto que sus esperanzas no iban más allá de su vida corporal?

A quienes piensan de tal manera no les otorgan ningún honor, ni les confían magistratura ninguna ni cargo público. Los desdeñan como gente sin energías ni fuerza moral. Además, no los condenan a ninguna pena, pues se hallan persuadidos de que nadie puede forzar las ajenas convicciones. Tampoco emplean amenazas, que les harían disimulados, y no admiten la hipocresía ni la mendicidad, que odian tanto como el fraude

En verdad prohíben que se sostengan ante el vulgo semejantes opiniones. Pero no sólo permiten, sino que aconsejan su discusión con los sacerdotes y los graves varones, confiando en que desaparecerán ante la razón tales locuras.

Hay otros, y no pocos, que pueden exponer sus ideas, ya que sus doctrinas no dejan de ser racionales e inofensivas. Tales sostienen cayendo en el vicio contrario, que los animales también tienen un alma inmortal, no comparable en forma alguna a la del hombre, porque no les está destinada la misma felicidad.

Casi todos los utópicos están tan convencidos de la beatitud infinita que espera a los hombres después de la muerte, que lloran por los enfermos, y nunca por los difuntos, salvo cuando les ven que ansiosamente abandonan la vida temiendo la muerte. Esta ansia la tienen como de pésimo augurio, como si hubiera para las malas conciencias alguna secreta premonición de un castigo próximo. Creen que no ha de ser grato a Dios recibir a aquellos que al ser llamados no acuden gustosos a su llamada y se dejan llevar de mala gana. Un género tal de muerte los horroriza, y así en silencio y tristemente se llevan el cuerpo del difunto, y hasta que no han rogado a Dios que olvide en su clemencia las miserias del finado, no sepultan el cadáver.

Nadie, por el contrario, llora a los que parten alegremente y en la plenitud de la esperanza. Acompañan sus funerales con cantos, encomendando su alma a Dios con gran afecto, y queman su cuerpo reverentemente, pero sin tener tristeza. En el mismo lugar levantan una columna donde se inscriben los títulos del difunto. De regreso en la casa los acompañantes, recuerdan la vida y costumbres de aquél, pero ningún momento de su existencia más frecuentemente ni con complacencia mayor que el de su muerte tranquila.

Estiman este homenaje a la probidad como incitación eficazísima a la virtud para los vivos y gratísimo culto a los difuntos, los cuales se interesan por ello aunque sean invisibles a los débiles ojos de los mortales. No sería admisible que la suerte de los felices no llevase consigo la libertad de vagar por donde quisieren, y sería acusarlos de ingratitud si no sintieran el deseo de visitar a sus amigos, con quienes, en vida, se hallaren ligados por vínculos de amor y ternura mutuos. También piensan que estas alegrías de los buenos se acrecientan más después de la muerte en vez de disminuir. Creen, así, que los muertos se mezclan con los vivos y son espectadores de sus hechos y dichos. Tal convicción, y la confianza en defensores semejantes, les dan mayor

seguridad en sus empresas, y la creencia en la presencia de sus mayores les impide realizar en secreto acciones malas.

No dan crédito a los augures y tampoco a las vanas prácticas adivinatorias que tanto respetan otros pueblos, y se burlan de ellas. Mas veneran los milagros que se producen sin ayuda de la Naturaleza, como procedentes de la divinidad y testigos de su poderío. Según ellos, son abundantes en Utopía, y en momentos de crisis los invocan y consiguen con rezos públicos hechos con gran fe.

Estiman como culto grato a Dios la contemplación de la Naturaleza y las alabanzas a su Creador. No pocos de ellos, llevados del espíritu religioso, descuidan el estudio de las letras, no tratan de conseguir ningún conocimiento y se privan de todos los ocios. Se hallan convencidos de que sólo una vida activa y la práctica de la caridad hacia su prójimo podrán valerles la felicidad después de la muerte. Algunos cuidan enfermos; otros rehacen caminos, limpian fosos, reparan puentes, cavan la tierra para sacar de ella arena o piedra de construcción, cortan y podan árboles; en carretas de dos bueyes transportan a las ciudades leña, frutos y otros productos, obrando no solamente en favor del Estado sino de los particulares, y más como esclavos que como criados. Y de cualquier trabajo penoso, difícil, miserable que a los demás repugna por razón del cansancio, del fastidio o de la desesperación que provoca, ellos se ocupan con satisfacción. Procuran el descanso a los demás ocupándose continuamente en el trabajo, sin quejarse ni censurar lo que hacen los demás ni aprovecharse para mejorar su suerte. Cuanto más se rebajan a nivel de los esclavos, son más honrados por los demás.

Hay dos clases de ellos. Una que se compone de célibes, que no solamente se abstienen en total de todo comercio con mujeres, sino de ciertas carnes y aun de toda carne animal, renunciando a todos los placeres de la presente vida como siendo pecaminosos, pues con ayunos y penalidades aspiran a la felicidad futura y la esperanza de conseguirlo pronto los hace alegres y despiertos. Los de la otra secta, que no gustan menos del trabajo, se sientan inclinados al matrimonio y no desprecian sus dulzuras, pues consideran que se deben a las leyes de la Naturaleza y a la patria. No rechazan ningún placer, a condición de que su trabajo no sufra por ello. Comen carne de animales, pues creen que este alimento aumenta la resistencia contra la fatiga. Reputan los utópicos a éstos como más prudentes, más santos que aquéllos. Si los que anteponen el celibato al matrimonio y una penosa vida a otra

agradable, pretendiesen fundamentarlo en argumentos racionales, se burlarían de ellos; pero como creen que sólo los guía la religión, los respetan y reverencian, pues los utópicos procuran no proceder nunca con ligereza en cuestiones religiosas. Así pues, obran los que en su idioma llaman *Butrescos*, lo que se podría traducir a la nuestra por religiosos.

Los sacerdotes son extremadamente santos, por ello es que hay pocos. Hay solamente trece en cada ciudad, con igual número de templos, a no ser cuando van a la guerra. En esa ocasión, siete de ellos parten con el ejército, y eligen en la ciudad para substituirlos a otros tantos. Al regresar los ausentes, recuperan su puesto y los sobrantes los substituyen a medida que aquéllos van muriendo, y en tanto que tal sucede acompañan al Pontífice, pues uno de los sacerdotes tiene potestad sobre los demás.

Son elegidos por el pueblo, como los magistrados, siéndolo por sufragio secreto, para evitar intrigas, y los electos son consagrados en el Colegio sacerdotal a que pertenecen. Son los que presiden las ceremonias religiosas, cuidan de las creencias y en materia de costumbres son censores; en una gran vergüenza verse obligado a compensar ante ellos para responder de deshonrosas acciones.

Suya es la misión de aconsejar y amonestar, pero sólo incumbe al Príncipe y a los demás magistrados encarcelar y corregir a los criminales. Con todo, los sacerdotes pueden privar el acceso a las ceremonias religiosas a aquellos que consideran como endurecidos en el mal, y castigo alguno aterroriza tanto a los utópicos como éste, pues se ven marcados con infamante signo y les tortura un oculto religioso temor. Además, no dejan de sufrir corporalmente en lo futuro, pues si ante los sacerdotes no se arrepienten, el Senado les aplica las penas reservadas a los impíos.

También educan los sacerdotes a la infancia y a la juventud, ocupándose más en formar sus costumbres y carácter que en instruirlos. Con todo celo se aplican a inculcar en los niños, cuya alma es dócil y tierna, sanas y útiles ideas para el sostenimiento del Estado, las cuales, después que han sido introducidas en el alma de los niños, guiándolos durante toda su vida y contribuyen en gran manera a conservar el Estado cuya ruina siempre es causada por los vicios que son consecuencia de erróneas doctrinas.

Los sacerdotes (entre quienes no faltan las mujeres, pues su sexo no las excluye, aunque sólo las elijan raras veces, y aun viudas y de edad) escogen sus consortes entre lo más selecto de la población.

Entre los utópicos no hay magistratura más honrada que la sacerdotal; tanto, que si algún sacerdote comete deshonrosas acciones, no es sometido a juicio público; lo abandonan a Dios y también a su conciencia. Estiman que la mano del hombre no tiene derecho a tocar a aquel que fue solemnemente consagrado a Dios como una ofrenda. Y esto es de muy fácil observancia porque los sacerdotes son pocos y han sido escogidos con sumo cuidado.

Es raro que un hombre elevado a dignidad tan alta por sus virtudes y porque era uno de los mejores entre los buenos, caiga en el vicio y en la corrupción. Si en algún caso esto sucede —pues la humana naturaleza es frágil—, no tendría repercusiones graves para la salud del Estado, dado que, por razón del corto número de sacerdotes, éstos tienen los honores pero no el poder.

Si tienen los utópicos tan pocos sacerdotes es para no envilecer el prestigio de una institución que es ahora tenido en gran estima, pues entienden difícil al admitir en ella un gran número de personas que todas sean hombres virtuosos que merezcan ser investidos de una dignidad para la cual no basta el ser mediocre.

No son tenidos en menor estima entre las gentes extranjeras que entre las propias, cosa fácil de comprender. Durante los combates, los sacerdotes se arrodillan un poco apartados, pero no demasiado alejados del campo de batalla, revestidos de sus sagrados ornamentos, y alzan al cielo las palmas de las manos, implorando en primer lugar la paz y luego la victoria de los suyos, expresando a la vez su deseo de que no sea sangrienta para ninguno de ambos bandos en lucha. Si vencen los suyos, corren al lugar del combate para impedir toda carnicería. Aquel que al acercarse ellos los ve, se les aproxima y los llama, tiene salva la vida. El que puede tocar sus vestiduras flotantes preserva sus bienes de todos los daños que la guerra causa.

De ahí deriva la veneración que inspiran a todos los pueblos y el carácter de majestad verdadera, merced al que obtienen frecuentemente del enemigo la vida de sus conciudadanos, como de éstos habían conseguido la de los enemigos. Además, es fama que cierta vez que fue vencido el ejército utópico y debió replegarse y huir, cuando los enemigos se aprestaban a la matanza y al saqueo, intervinieron los sacerdotes para separar las tropas y consiguieron que se hiciera la paz en equitativas condiciones. Nunca se ha visto ninguna nación tan fiera, bárbara y cruel que no tenga por sagrado e inviolable, el cuerpo de los sacerdotes utópicos.

Celebran los utópicos con una fiesta los días primero y último de cada mes y año; se halla dividido éste en meses de acuerdo con las fases de la Luna, calculando el año por la rotación (en torno) del Sol. Lllaman en su lengua *cinemernos* a los primeros días del mes y *trapemernos* a los últimos, vocablos que podemos traducir por Primifestos y Finifestos.

En Utopía vense magníficos templos, no sólo por su riqueza sino también por sus dimensiones. Estos edificios —y lo exige así su reducido número—, pueden contener una multitud inmensa de fieles. Reina en todos ellos una penumbra que no es consecuencia de la ignorancia de los arquitectos, sino que responde a designio de los sacerdotes, los que estiman que una excesiva luz dispersa la atención, mientras que su escasez favorece el recogimiento del alma y la religiosa meditación.

A pesar de no profesar todos los ciudadanos la misma religión, todos los cultos tienden, en su variedad múltiple y por caminos diferentes, hacia un mismo fin, que es la adoración de la divina Naturaleza. Por esto, en los templos no se ve ni se oye nada que no cuadre perfectamente con lo que es común a todas esas religiones. Si una secta tiene ritos especiales, todos sus adeptos los celebran entre los suyos en su casa. El culto público se halla organizado de tal modo que no ofenda las creencias particulares, y por esto no se ve en los templos imagen alguna de los dioses, a fin de que cada cual pueda libremente concebir su dios en la forma que mejor parezca a su fe. No apelan al Señor bajo ningún nombre especial, salvo el de *Mitra*, con cuya palabra designan la naturaleza de la Divina Majestad, sea la que fuere. Y todas las oraciones que adoptaron son de tal manera que todos pueden pronunciarlas sin ofender sus convicción religiosas.

En los días Finifestos se reúnen en el templo a la hora de vísperas y en ayunas, para dar gracias a Dios de que el mes o el año que fenece con aquella fiesta haya transcurrido en felicidad. Al siguiente día, que es Primifesto, se reúnen de nuevo en el templo para pedir un fausto y feliz transcurso del año o mes que empieza.

En los Finifestos, antes de ir al templo, póstranse las mujeres a los pies de sus esposos, los hijos a los de sus padres, confesando sus pecados y las negligencias cometidas en el cumplimiento de sus obligaciones, y pidiendo perdón por sus errores. Así, con esa confusión de las culpas de cada cual, las domésticas nubecillas que pudieran alzarse se disipan, de manera que todos pueden asistir a las ceremonias con

puro y sereno ánimo, ya que no osan concurrir a ellas con turbio corazón. Quien está consciente de llevar en sí odio o ira, no toma parte en las ceremonias antes de que su alma se halle tranquila y purificada, temiendo una grande y rápida venganza de la divinidad.

Hallándose en el templo, los hombres se ponen en la parte derecha del edificio y las mujeres en la izquierda. Se ubican de tal manera que los hijos quedan sentados delante del padre de familia, mientras que la madre se halla situada detrás de las hijas y de las demás mujeres de su casa. Con esto los jefes de cada familia se hallan en condiciones de vigilar los gestos de todos aquellos a quienes gobiernan y educan en su casa. Cuidado especial tienen en que los jóvenes se mezclen con sus mayores, evitando así que los niños, entregados a sí mismos, pierdan en pueriles inepcias el tiempo que deberían emplear en concebir el temor de Dios, que es la más eficaz y casi única incitación a la virtud.

A ningún animal sacrifican en los sacrificios, ni creen que la sangre y la muerte de seres animados pueda causar algún placer a la divina demencia que les dio la existencia para que viviesen. Se limitan a quemar incienso y otros perfumes. Los fieles también llevan muchos cirios, aunque saben que la divina Naturaleza no necesita de tales ofrendas sino tan sólo de las preces de los hombres; pero les agrada el carácter inofensivo de aquel culto; y en aquellos olores y luces, y en las demás ceremonias, el hombre, siente, ignoro cómo, elevarse su alma y se entrega más intensamente al culto divino.

El pueblo va al templo con blancas vestiduras. El Sacerdote las lleva multicolores, de forma y trabajo admirables, aunque no sean de materiales preciosos, pues esas vestiduras no son de tejidos de oro, ni tienen tampoco incrustaciones de piedras raras. Están hechas con las plumas de diversas aves, dispuestas con tal gusto y arte, que las hechas de materias preciosas no podrían igualar trabajo tan prodigioso. También la disposición en determinado orden que se observa en alas y plumas de las vestiduras sacerdotales, tiene un oculto sentido. Conservan los sacerdotes ese sentido oculto de tales símbolos, que recuerdan los beneficios de Dios, el agradecimiento que se le debe y las obligaciones mutuas de los hombres.

Al penetrar en el templo el sacerdote revestido de tales ornamentos, se prosternan todos los fieles respetuosamente, en un silencio tan profundo que la escena sobrecoge el ánimo como si acabara de presentarse la Divinidad de improvviso.

Una vez que los fieles se han mantenido un rato en semejante posición, se alzan a una señal del sacerdote, todos, y cantan entonces las alabanzas al Señor, mezclando sus voces a las de los instrumentos, que en gran parte son muy diferentes de los que vemos en nuestro mundo, y casi todos ellos más armoniosos que los nuestros, tanto, que no hay comparación posible.

Los utópicos son en este aspecto extremadamente superiores, pues toda su música, ya sea instrumental como vocal, imita y expresa con perfección los naturales sentimientos, y adapta los sonidos a lo que pretenden expresar. El canto también expresa la alegría, la piedad, la turbación de ánimo, el dolor y la cólera; y la forma de la melodía corresponde con exactitud a los sentimientos que pinta, que el alma del auditorio siéntese conmovida, penetrada e inflamada por ella en maravillosa forma.

Llegado el fin de la ceremonia, el Sacerdote y el pueblo rezan a coro algunas preces que están compuestas de tal modo que cada uno de los que las rezan puede referir a sí solo lo que en conjunto recitan. Todos reconocen en ellas a Dios como Creador y Gobernador del Universo y como Autor de todos los bienes, agradeciéndole por tantos beneficios y especialmente por haberles hecho nacer, por favor especial, en la más feliz de las Repúblicas e iniciado en una religión que es la más verdadera a su parecer. Por si en ello errasen, o hubiera otra mejor y más agradable al Señor, le piden que en su bondad les permita conocerla, pues se hallan preparados a seguir el camino por el cual quiera conducirlos. Pero si su forma de gobierno es la más perfecta y su religión la que es más verdadera, ruegan que les sea permitido perseverar y atraer a todos los hombres a adoptar las mismas instituciones y la misma fe, a no ser que en sus inescrutables destinos Dios se complazca en la variedad de religiones.

Por último, piden a Dios que les conceda una dulce muerte y los acoja en su seno; pero no se atreven a pedir que les prolongue ni acorte la vida, aunque si exponen que quieren llegar a su presencia por una muerte dolorosa, antes que privarse de su contemplación por el transcurso de una feliz existencia.

Esta plegaria terminada, se prosternan de nuevo y se levantan poco después para ir a tomar su colación, terminando la jornada con juegos y ejercicios militares.

Describí tan fielmente como pude, las instituciones de la que considero, no sólo la mejor de las Repúblicas, sino la única que con derecho puede arrogarse la calificación de República.

Cuando en algún otro sitio os hablan del interés público, sólo cuidan de los intereses privados. Como allí no hay nada privado, se ocupan seriamente de los negocios públicos. Y ambas actitudes pueden explicarse. Pues en los otros países, si cada cual no se encarga de sus propios intereses, aunque la República sea floreciente, corre el peligro de agotarse por hambre. Todos vense obligados a preocuparse más de sí que del pueblo, es decir, de los demás conciudadanos.

En Utopía, por el contrario, donde todo es de todos, nadie teme que algo pueda faltarle en lo futuro cuando se han tomado las medidas para que los graneros públicos están repletos. La distribución de los bienes no se hace con malicia y no hay pobre ni mendigo alguno, y, aunque nadie tenga nada, son ricos todos. ¿Hay, en efecto, mayor riqueza que llevar una vida tranquila y alegre, carente de preocupaciones, sin tener que pensar en procurarse el sustento, ni ser molestado por las recriminaciones incesantes de una esposa, ni temer para su hijo la pobreza, o pretender una dote para la hija, y tener asegurada la vida y la felicidad de todos los suyos: esposa, hijos, nietos, bisnietos y tataranietos hasta la más larga posteridad de que pueda envanecerse un espíritu generoso? Máxime cuando ventajas tales no sólo afectan a los que trabajan, sino a aquellos que trabajaron en otro tiempo y hoy se encuentran en carácter de inválidos.

Desearía que alguien se atreviese a comparar con este régimen tan equitativo la justicia de otros países, en los que yo muriera antes de hallar la menor traza de equidad y de justicia. ¿Qué justicia es la que permite que cualquier noble, banquero, usurero u otro semejante de los que nada hacen, o que si hacen alguna cosa no tiene gran valor para la República, lleve una vida espléndida y deliciosa, en la ociosidad o en ocupaciones superfluas, mientras el obrero, el carretero, el artesano y el campesino tienen que trabajar tanto y tan asiduamente en labores propias de bestias, a pesar de ser tan útiles que sin ellos ninguna República duraría más de un año, soportando una vida tan miserable que parece mejor la de los asnos, cuyo trabajo no es tan continuado ni peor su comida, aunque el animal la encuentre más buena y nada tema del porvenir?

Pero aquéllos se sienten aguijoneados por la necesidad de un trabajo infructuoso y estéril, y los mata la perspectiva de una vejez indigente, puesto que el cotidiano jornal es insuficiente para cubrir las necesidades diarias y hace imposible que puedan aumentar su fortuna

y guardar algo diariamente para sostén y alivio de su vejez. ¿No es ingrata e inicua la República que se muestra tan generosa con los nobles —que así les llaman—, con los banqueros y otra gente ociosa, con los aduladores y los que proporcionan frívolos placeres, mientras no cuida de los campesinos, carboneros, peones, carreteros y artesanos, sin los que jamás existiría ninguna República? Mientras son robustos, abusa la sociedad de sus trabajos, y cuando, más tarde, los años o una grave enfermedad los inutiliza del todo, olvidando tantas vigiliass, tantos servicios realizados por ellos, y en forma harto ingrata los recompensa con la más miserable de las muertes. Reducen los ricos cada día un poco más el salario de los pobres, no sólo mediante combinaciones fraudulentas, sino también sancionando leyes acerca de ellos; así, pues, antes vimos la injusticia que suponía recompensar tan mal a los que más merecían de la Sociedad; de esta monstruosidad al sancionarla una ley hacen una injusticia.

Es así que cuando miro esos Estados que hoy día florecen por todas partes, en ellos no veo —¡Dios me perdone!—, otra cosa que la conspiración de los ricos, que hacen sus negocios al abrigo y en nombre de la República. Imaginan e inventan todos los posibles artificios, tanto para conservar (sin miedo a perderlos), los bienes adquiridos con malas artes, como para abusar de los trabajos y obras de los pobres, adquiridos a vil precio. Y los ricos promulgan los resultados de sus maquinaciones, haciéndolo los ricos en nombre de la sociedad y, por lo tanto, también en el de los pobres, dándoles fuerza de ley en esa forma.

Ello no obstante, esos hombres pérfidos, aún después de haberse repartido con insaciable codicia lo que bastaría a las necesidades de todos, ¡cuán lejos se hallan de la felicidad de la República de Utopía! Allí donde el dinero nada vale, no hay posibilidad de ninguna codicia. ¡Cuántas tristezas se evitan así! ¡Y cuántos crímenes extírpense de raíz! Pues, ¿quién ignora que los fraudes, los robos, las depredaciones, las riñas, los tumultos, las sediciones, los asesinatos, las traiciones, los envenenamientos cotidianos, que pueden ser vengados pero no evitados con suplicios, desaparecerían si el dinero desapareciera? Y de igual manera el miedo, las inquietudes, los cuidados, las vigiliass desaparecerían en el mismo momento en que el dinero desapareciese. La pobreza misma, única que parece necesitar del dinero, si desapareciese éste, también desaparecería y disminuiría notablemente.

A objeto de ilustrar esto, recordad algún año estéril e infecundo, en que muchos miles de hombres perecieron de hambre. Insisto que si se hubiesen podido abrir los graneros de los ricos al terminar la miseria, se habría hallado en ellos tanto grano que, a haber sido repartido entre los que murieron de hambre y de necesidad, ninguno de ellos se hubiese dado cuenta de las inclemencias del cielo y de la tierra. Tan fácil fuera dar sustento a todos si no fuese por el maldito dinero, inventado para mostrarnos el camino del bienestar pero que nos lo cierra en realidad.

No ignoro que los ricos lo saben perfectamente y que no ignoran que más vale no carecer de lo necesario que poseer de lo superfluo en abundancia, y también que es preferible evitar males numerosos que sentirse obsesionado por exceso de riquezas. Tampoco tengo duda alguna de que, bien por interés propio o por obediencia a la autoridad de Cristo (que en sabiduría infinita no pudo ignorar qué es lo mejor, y en su bondad pudo aconsejarles únicamente lo que mejor fuera, todo el mundo fácilmente habría aceptado las leyes de aquella República, si no lo impidiera el orgullo, bestia feroz, soberana y madre de todas las desdichas, que no mide su prosperidad por el bienestar personal, sino por la ajena desgracia. Aun cuando se convirtiera en dios, el orgullo quedaría insatisfecho si no hubiera miserables a quienes dominar e insultar, cuya miseria realzaría su felicidad, y si la exhibición de su opulencia, no oprimiese y encolerizase a la pobreza. Esta infernal serpiente, al arrastrarse por los pechos de los mortales, impídeles encontrar el camino hacia una vida mejor y sírveles de rémora. Por otra parte, está tan bien hincada en el corazón humano, que es difícil arrancarla de allí.

Me alegra que la forma de Estado que para toda la humanidad yo deseo la hayan encontrado los utópicos. Merced al sistema de vida que adoptaron han constituido no solamente la más feliz de las Repúblicas, sino también la más duradera, a juzgar por lo que pueden presagiar las humanas conjeturas. Extirparon de raíz, junto con los demás vicios, todos los gérmenes de ambición y todas las rivalidades, evitando de esta manera el peligro de discordias civiles que causaron la ruina de tantas ciudades. Asegurada la concordia interior, la solidez de sus instituciones, evita que la envidia de los príncipes vecinos turbe y conmueva su Imperio. Y tened presente que siempre que lo intentaron, fueron rechazados.

Así que Rafael terminó de hablar, recordé muchos detalles que me habían parecido absurdos en las leyes y costumbres de ese pueblo, no solamente su manera de guerrear, su culto y sus ideas religiosas y las demás instituciones, sino también, y en forma especial, el fundamento principal de todas ellas; la vida y el sustento en común, sin circulación alguna de moneda, lo que destruye toda la nobleza, magnificencia, esplendor y majestad que, de acuerdo a la opinión pública, constituyen el ornamento y el honor de las Repúblicas. Pero como conocí que el narrador se hallaba cansado, y no sabía si aceptaría fácilmente ser contradicho, recordando que había sorprendido a otros por hacerlo, inculpándoles que temían pasar por necios si no hallaban argumentos que oponer a las ajenas ideas, alabando su discurso y las instituciones utópicas, le tomé de la mano y le llevé a cenar, pensando que en otra ocasión tiempo tendríamos de meditar acerca de aquellos problemas y de discutirlos detalladamente los dos. ¡Quiera Dios que esto pronto suceda!

Mientras tanto, y aunque no puedo dar mi asentimiento a todo lo que dijo Rafael, eruditísimo y gran conocedor de las humanas cosas, he de confesar fácilmente que hay en la República de Utopía, muchas cosas que desearía ver en las ciudades nuestras.

Cosa que más que espero, deseo.



La cabeza de Tomás Moro, que estuvo primero expuesta en el *London Bridge*, salvada por su hija Margaret Roper.

ÍNDICE

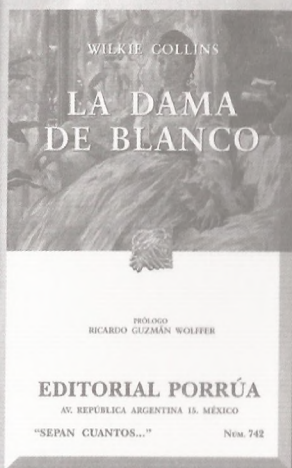
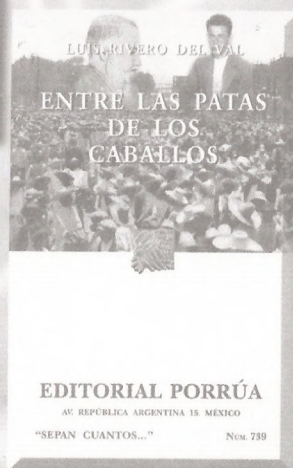
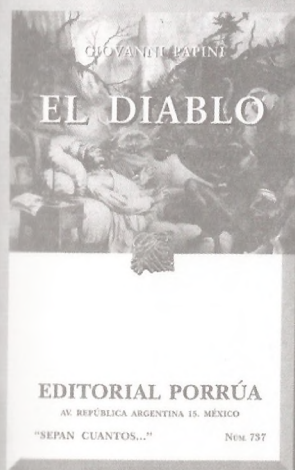
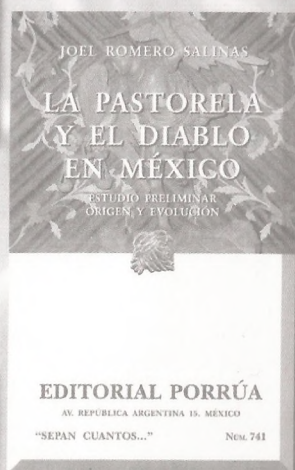
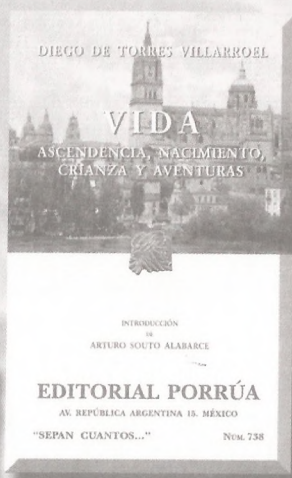
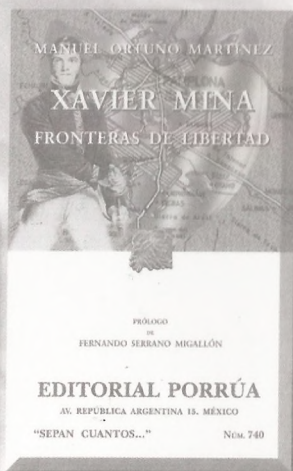
PRÓLOGO	vii
TOMÁS MORO EN EL TIEMPO	xxxv
ILUSTRACIONES	xivii

UTOPIÍA

Noticias, juicio y recomendación de la <i>Utopía</i> y de Tomás Moro. Por don Francisco de Quevedo Villegas	5
Tomás Moro a Pedro Egidio	7
LIBRO PRIMERO	13
LIBRO SEGUNDO	45
De las ciudades y especialmente de Amaurota	48
De los magistrados	51
De los oficios	53
De las mutuas relaciones	58
De los viajes de los utópicos	63
De los esclavos	80
Del arte de guerrear	87
Las religiones de los utópicos	95

SE TERMINÓ ESTA OBRA EL DÍA 6 DE JUNIO DE 2008 EN
CASA ALDO MANUZIO
Tennessee núm. 6, Col. Nápoles – 03810 México, D. F.





*Colección de
setecientos cuarenta números
y sepan cuantos más...*

Cultura al alcance de todos

TOMÁS
MORO

U T O P Í A



De entre todas las utopías, la de Tomás Moro ocupa un lugar de honor. Es, además, la que ha dado nombre al género; por ella se ha acuñado en casi todas las lenguas el sustantivo utopía.

No es *Utopía* la única obra que Moro escribió, aunque sí la más conocida y la que lo ha hecho famoso como escritor. En este libro, su autor nos da lo esencial y mejor de su pensar social, político y religioso.

El libro primero de *Utopía* es una crítica severa a los países y sistemas políticos europeos de la época de Moro, en especial, a Inglaterra. La pluma de este autor ataca el despotismo de las monarquías, el servilismo de los cortesanos, la venalidad de los cargos políticos, la obsesión de las conquistas, el lujo y la injusticia de nobles y monjes al parigual. A la realidad de que nos habla ese libro primero, Moro opone en el segundo la descripción pormenorizada de un lugar que no existe: un Estado socialista y democrático en el que las reformas que sería necesario hacer en Europa han sido ya logradas.



282

EDITORIAL
PORRÚA
MÉXICO